SCARLETT SIMMONS



MI VECINO MILLONARIO

ROMANCES DE MILLONARIOS, 9

MI VECINO MILLONARIO

Scarlett Simmons

Serie: Romance de millonarios (9)

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2026
Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons
Imagen de cubierta generada por IA (MidJourney)
Distribuido por Amazon
Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

SERIE ROMANCE DE MILLONARIOS

Scarlett Simmons

La serie Romance de Millonarios recoge historias en las que el protagonista es un hombre acaudalado y rico, que vivirá en diferentes situaciones en busca o huida del amor.

En esta novena entrega nos encontramos con una chica que llega a Nueva York y se aloja en casa de su hermano, en un edificio de lujo. Nada más llegar, conoce al vecino, Patrick, el CEO de una startup de inteligencia artificial, que la invita a su fiesta de cumpleaños.

Ella no quiere ir sin conocer a nadie y su hermano no está. Decide hacer la ruta de *Sex in the city,* sola, y regresa con demasiados cosmopolitan en el cuerpo. Patrick la cuida a pesar de que el hermano de ella le dijera que ni acercarse, porque él solo busca mujeres de una noche.

Pero hay promesas que no se pueden cumplir, trabajos que te alejan y secretos que no se pueden desvelar. ¿Quieres descubrirlos?

Todas mis novelas son autoconclusivas e independientes, por lo que puedes leer en el orden que desees, aunque puede que unas (solo las tres primeras) te hagan *spoiler* de otras, lo importante es la historia.

Encuéntralas aquí:



SOBRE MÍ

Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



S.S.


SCARLETT SIMMONS
MI
VECINO
MILLONARIO
ROMANCES DE MILLONARIOS, 9

Mi vecino millonario

1

Libby

2

Patrick

3

Libby

4

Patrick

5

Libby

6

Patrick

7

Libby

8

Patrick

9

Libby

10

Patrick

11

Libby

12

Libby

13

Patrick

14

Libby

15

Patrick

16

Libby
17
Patrick
18
Libby
19
Patrick
20
Libby
21
Patrick
22
Libby
23
Patrick
24
Libby
25
Libby
26
Patrick
27
Libby
28
Patrick
29
Libby
30
Patrick
EPÍLOGO
Libby

1

Libby

—¡Ya va!

El eco de mi propia voz rebota en el techo alto del apartamento y se mezcla con el sonido del timbre, que insiste por cuarta vez, largo y exigente. Me queda claro que quien esté al otro lado tiene prisa por algo que desconozco. Cierro el grifo de la ducha con un movimiento brusco y aparto el pelo de la cara mientras el vapor todavía me empaña la vista. Llevo en Nueva York menos de tres horas y ya siento que la ciudad me está poniendo a prueba.

El timbre vuelve a sonar.

—¿Quién será? —digo para mí antes de volver a gritar—. ¡Que ya va!

Salgo del baño dejando huellas húmedas sobre el suelo claro, me envuelvo el pelo con la toalla y me pongo lo primero que encuentro sobre la cama: el chándal gris que traje para el vuelo y una camiseta corta de algodón que me deja el ombligo al aire porque pensaba pasar la tarde organizando el armario, no atendiendo visitas. Voy descalza, con la piel aún caliente por la ducha y las mejillas encendidas por el vapor, cuando cruzo el salón amplio del piso de mi hermano y llego a la puerta. Me quito la toalla del pelo antes de abrir.

El timbre vuelve a vibrar en el aire justo cuando apoyo la mano en el pomo. Abro y el mundo se detiene un segundo exacto.

El hombre que tengo delante no debe pertenecer a este mundo. Lleva un traje oscuro perfectamente ajustado, camisa blanca sin una arruga y un reloj que brilla lo suficiente para dejar claro que cuesta más que mi alquiler mensual en Minnesota. Al verme, su expresión pasa de impaciencia a sorpresa y luego a…, ¡espera! ¿Le brillan los ojos al verme? Chequeo con disimulo que llevo ropa, no sea que con las prisas haya abierto desnuda, pero no. Voy vestida. De cualquier manera, pero vestida.

Sus ojos bajan lentos, conscientes. Suben de nuevo y por fin se detienen en mi cara con una intensidad que me hace olvidar qué hago aquí, y sobre todo, qué hace él y quién se cree que es para sacarme así de la ducha.

—¿Hay algún incendio o algo? Vaya prisas tenéis los de Nueva York. —Ni saludo. Estoy molesta y solo quiero que se largue. Estar bueno no le da derecho a molestarme. ¿O sí? Eso no me importa ahora.

Pasa de lo que digo y se apoya en el dintel con naturalidad, con un gesto que seguro que forma parte de un guion para seducir que domina a la perfección.

—¿Está Daniel? —Su voz es grave, firme, no titubea y, por lo que sea, me pone nerviosa—. Soy Patrick, el vecino.

Lo miro de arriba abajo con la misma calma con la que él me ha evaluado. No me achico con tipos así.

—Está de viaje.

—¿De viaje? —Se lleva la mano a la frente como recordando—. Es cierto, me lo dijo. Lo había olvidado.

—Pues ya te has acordado. Adiós. —Muevo la puerta para cerrar, pero él me lo impide.

—Pensaba que volvía hoy —murmura—. Espera. ¿No serás una *okupa*?

—Una, ¿qué? —Me cruzo de brazos, lo que solo consigue que la camiseta se eleve un poco más—. Para tu información, que no tengo por qué darte, soy su hermana pequeña.

Durante un instante muy breve, su mirada cambia. Hay sorpresa, sí, pero también otro tipo de interés. Me temo que empieza a divertirse y a mí se me está secando el pelo y me va a quedar horrible como no coja ya el secador.

—Vaya, vaya —murmura—. Eso no me lo comentó, qué raro.

—Será que no necesitas saberlo. ¿Quieres algo o puedo cerrar ya?

El vecino se incorpora un poco, deja de apoyarse en la puerta, aunque sigue invadiendo mi espacio con su presencia.

—Venía a recordarle una cosa, pero te la digo a ti. Organizo una pequeña fiesta mañana por la noche en mi apartamento, de precumpleaños. Iba a invitarlo. Normalmente, prefiere venir que aguantar el ruido metido en casa.

—Entiendo.

No añado nada más.

—Pues ya lo sabes; el ruido puede resultarte molesto —continúa —, así que, si te apetece, estás invitada, puedes traerte alguna amiga.

La invitación se queda flotando entre los dos, ligera en apariencia, y, estoy segura, cargada de intención.

—¿Una fiesta? —repito, apoyándome ahora yo en la hoja de la puerta, copiándole el gesto, sin dejarlo entrar—. ¿Con música alta y gente que habla a gritos?

—Con música —corrige, sin perder la calma—. En la celebración de mi cumpleaños siempre hay demasiados invitados por compromiso y por eso suelo hacer la pre unos días antes en mi casa, con los más allegados. Viene gente interesante.

—Eso siempre lo dice quien organiza la fiesta, supongo.

Sus labios se curvan, divertido.

—Podrías comprobarlo por ti misma.

—Paso, no me gusta ir a fiestas donde conozco a nadie.

—Me conoces a mí.

La respuesta es inmediata, segura y menos formal que las anteriores. Diría que ha bajado la voz. ¿Me está seduciendo? Lo miro unos segundos más de la cuenta con toda intención.

—Eso todavía está por ver.

Su mirada se afila un poco, como si acabara de aceptar un reto que no sabía que estaba sobre la mesa.

—Empieza a las ocho. En mi piso. Es aquella puerta —añade señalando la de la enfrente, la única que hay, por otra parte.

—Me lo pensaré. —Prefiero mentir y que se vaya de una vez. ¿Es que este tío no tiene nada que hacer?

Su mirada vuelve a descender por mi torso, esta vez más breve, pero suficiente para que un escalofrío discreto me recorra la espalda. No es descarado. Más bien, lo que tiene es seguridad y, no sé por qué, eso me molesta más que cualquier atrevimiento.

Sin que se dé cuenta, o eso espero, yo también lo he observado. Tiene la mandíbula marcada, el gesto firme, la boca golosa y los ojos le brillan al mirarme. No parece el tipo que improvisa invitaciones a desconocidas, ni de los que pierden el tiempo en conversaciones triviales. Dani me dijo que el edificio estaba lleno de ricachones; lo que no me contó es que, al menos uno, es joven y está para comérselo. ¡Ay!, cuando se lo cuente a mis amigas de Minnesota.

—Libby —digo al fin, porque no me gusta que me hablen sin saber mi nombre, alargando el brazo.

—Patrick. —Me estrecha la mano con fuerza, como a mí me gusta. En el trabajo trato de no dar dos besos al saludar, me parece una intromisión a mi persona; prefiero dar la mano y evaluar a la

persona por cómo aprieta la mía, la seguridad se transmite en detalles como ese.

—Sí, ya me lo has dicho, vecino.

—Empieza a las ocho, acuérdate —añade.

—Lo recuerdo desde la primera vez que lo dijiste. No hace falta repetirlo.

La comisura de su boca se eleva apenas un milímetro.

—¡Vaya con la fierecilla! —murmura de nuevo; no sé si piensa que no le oigo o lo hace a propósito. Si quiere hacerme perder la paciencia, no lo va a conseguir—. No faltes. Lo pasarás bien, pregunta a Dani si no te fías...

Se gira para marcharse y, durante un instante que no esperaba, siento una pequeña punzada de curiosidad. O quizá es de desafío. Cierro la puerta con suavidad y me quedo apoyada en ella, mientras el silencio vuelve a ocupar el apartamento de mi hermano.

Nueva York no se parece a ninguna ciudad en la que haya vivido. Tiene un pulso constante, una energía que no acaba nunca. Mañana jueves tengo una reunión importante con la matriz de la empresa en la que trabajo para promocionar de puesto; tal vez tenga que quedarme en la ciudad o quizá no, depende de lo que pase en esa reunión. He prometido a Dani que me quedaría unos días para verlo cuando regrese. No nos vemos desde verano y ya tengo ganas. En teoría debería estar hoy aquí, pero algo ha pasado en el rodaje en el que trabaja como adjunto de dirección y ha retrasado su vuelta.

Miro mi reflejo en el espejo del recibidor. El pelo sigue algo húmedo, las mejillas encendidas, y tengo una expresión que no se parece a la de esta mañana en el aeropuerto. Y mañana se presenta con una reunión vital para mí y una fiesta, a la que me han invitado sin conocerme.

La situación debería parecer absurda.

Sin embargo, mientras dejo que el pelo caiga sobre mis hombros y me lo empiezo a cepillar, lo único que recuerdo con nitidez es la forma en que el vecino me ha mirado. Con interés. No está mal para llevar solo un día en la ciudad de las oportunidades. Una ciudad que todavía no es mía, y que resulta peligrosamente estimulante.

2

Patrick

La puerta se cierra y el sonido seco de la cerradura me devuelve al rellano con una claridad casi humillante. Me quedo un segundo mirando la madera blanca, mientras asumo la sorpresa que me he llevado y recoloco lo que acaba de pasar. No suelo quedarme sin réplica, la verdad, no soy de los que se quedan en ninguna parte donde no tenga la ventaja y, sin embargo, aquí estoy, con la leve sensación de que acabo de recibir una negativa limpia y directa de una mujer descalza, con el pelo mojado y la camiseta subida hasta el ombligo.

Sonrío y sacudo la cabeza, la verdad es que me he divertido. Doy los pocos pasos que me llevan hasta mi apartamento y entro en el ático que tantas veces me ha parecido el lugar más estable de la ciudad. Las luces se encienden al detectar movimiento, el suelo de madera amortigua mis pasos y, al fondo, Manhattan se extiende tras los ventanales como un cuadro perfectamente iluminado. Aquí arriba todo responde a un orden que yo mismo diseñé. Todo está a mi gusto y para mi comodidad, desde los muebles en su sitio exacto hasta la barra de mármol impecable que separa la cocina del salón. En este espacio será la fiesta. El cuarto en el que de verdad paso las horas está al fondo, con mucho más desorden y confort.

Me quito la chaqueta despacio y la dejo sobre el respaldo de una silla mientras repaso la escena con la precisión con la que analizo una negociación importante. No fue solo que Libby me haya parecido una tía espectacular sin proponérselo; ha sido la forma en que me ha sostenido la mirada, sin ceder a mi desafío. Eso es algo

nuevo para mí. Claro, que ella no debe saber quién soy y no trabaja para mí. Pocas personas se cruzan conmigo sin tratar de impresionarme y Dani, su hermano, es una de ellas. Por eso hago la prefiesta de mi cumpleaños con pocos amigos, de los que me tratan como a uno más y no como al Presidente de AI-2 Tech. En la fiesta que mi madre me organiza en el Hilton hay demasiadas personas interesadas en mí que me importan poco o nada.

Quizá es la falta de costumbre, pero la forma en la que me ha tratado Libby ha sido como una sacudida. Cuando la he mirado sin disimulo, no se ha ruborizado, ni ha puesto la típica sonrisa automática que tantas veces he visto aparecer cuando alguien percibe que está siendo observado. En cambio, ha habido un desafío casi divertido, y con su gesto parecía decirme: «Sí, claro que estás mirando. ¿Y qué?».

Eso es lo que más me descoloca. Estoy acostumbrado a mujeres que calculan sus gestos hacia mí, las risas y hasta los silencios que creen que son sensuales. Modelos que se acercan en eventos, actrices que dominan el arte de parecer espontáneas mientras lo tienen todo ensayado, herederas que han aprendido desde niñas a conversar sin perder nunca la compostura, o mis empleadas que a veces parecen temerme cuando soy un pedazo de pan. Mujeres impecables, pulidas, perfectamente adaptadas a cualquier entorno.

Libby no parecía adaptarse a nada. Parecía ocupar el espacio como si el mundo tuviera que ajustarse a ella.

Camino hasta la cocina y me sirvo un whisky. El hielo choca contra el cristal y el sonido me ancla al presente. Recuerdo el momento exacto en que intentó cerrarme la puerta con ese «adiós» seco, convencida de que la conversación había terminado porque ella así lo había decidido. Me hizo gracia. Lo normal es que me hubiera puesto serio, es la salida que tomo cuando no sé qué hacer; sin embargo, su actitud me divirtió.

Cierro los ojos un segundo y, mientras saboreo el whisky, vuelvo a verla apoyándose en la puerta, imitando mi postura, con los brazos

cruzados con la naturalidad de quien no piensa en cómo le queda la camiseta. Una fierecilla, sí. Pero con cabeza. Su ironía no era torpeza, era agilidad.

Apoyo una mano en el ventanal y observo la ciudad que comienza a encenderse. Desde aquí arriba la vida parece sencilla, casi domesticada. Abajo, las calles hierven de luces y movimiento, pero todo se ve lejano, manejable.

Al otro lado de la pared, sin embargo, hay algo que no encaja en esa lógica. Dani no me habló de ninguna hermana. Conozco a mi vecino desde hace años, lo suficiente como para saber que es discreto hasta la exasperación con su vida privada. Y, aun así, su hermana acaba de aparecer en el rellano con la fuerza de una tormenta breve pero intensa.

Me pregunto qué la ha traído hasta aquí. ¿Habrá venido de turismo? Sola me parece extraño, aunque no tengo ni idea de si ha venido acompañada. Ya me enteraré.

El móvil vibra sobre la encimera y el nombre de Dani aparece en la pantalla. Abro el mensaje con una sonrisa anticipada.

Dani (vecino)

Tío, me retienen aquí unos días más.
Mi hermana pequeña está en mi piso.
El plan era encontrarnos hoy, pero me es imposible.
¡Malditos actores caprichosos!
Libby no conoce a nadie en la ciudad.
Si no te importa, le paso tu contacto por si necesita algo.
Y compórtate. Las manos quietas, que te conozco.

La carcajada me sale baja y sincera. Apoyo el móvil sobre la encimera y releo la última línea. Las manos quietas. Dani siempre exagera, pero lo hace con una puntería irritante.

Patrick

No te preocupes. De hecho,
la acabo de conocer en el rellano
y la he invitado a la fiesta de mañana que,
por cierto, te vas a perder.
Espero que sea verdad y no te estés tirando a una actriz.
Mi fiesta es mejor.

Dani (vecino)

Maldita sea, ¡la fiesta!
Ni acordarme.
Le diré a Libby que NO vaya.
No me fío de ti.

Patrick

Jajaja. Para no fiarte, le querías dar
mi teléfono.

Dani (vecino)

Es que de ella sí que me fío.

Patrick

La cuidaré, por supuesto.
Vuelve pronto, tío.

La imagen de Libby vuelve a mi cabeza, esta vez filtrada por esa palabra. Hermana pequeña. Y, de pronto, la diversión adquiere un borde más delicado. He coqueteado con muchas mujeres en mi vida; forma parte del juego social en el que me muevo. Pero la hermana de un amigo es territorio vedado. Que juegue mi papel no significa que sea un cabrón. Tengo principios y dignidad. Por eso no tengo pareja, a pesar de la insistencia de mi madre, que me ha presentado a todas las hijas de sus amigas, porque quiero enamorarme de verdad y no cumplir con lo que se supone que debo hacer con cualquiera que me haga ojitos pero solo tenga interés en mi posición. Lauren me la jugó, creía que estábamos enamorados, y

todo fue una farsa. Cuando la saqué de mi vida, me juré que no me volvería a ocurrir. Ahora sí, tengo fama de mujeriego, pero solo con las que me desean y se acercan a mí. Jamás he importunado a ninguna mujer si no me ha entrado ella primero. No me la juego.

Doy un sorbo al whisky mientras evalúo la situación con frialdad. Dani no está, Libby no conoce a nadie y yo tengo que compartir rellano con una mujer que no pertenece a mi círculo y que, por lo que he visto, tampoco parece interesada en entrar en él. Me esperan días en los que lo sensato sería mantener cierta distancia, aunque me toque hacer de niñero en algún momento. Espero que no me necesite para nada y que Dani vuelva lo antes posible.

Veo mi reflejo en el cristal y, no sé por qué, mi propia imagen me lleva a la de ella cuando la vi descalza sobre el suelo frío, con el chándal gris cayéndole bajo en la cadera y la camiseta corta que dejaba al descubierto la curva limpia de su vientre. El pelo, todavía húmedo, le oscurecía las puntas y le rozaba la clavícula con descuido, acariciando un pequeño tatuaje que me robó la atención. No había nada preparado en su aspecto, y no me extraña si fui tan insistente pensando que me abriría Dani con un cabreo monumental. Ella salió sin más, sin prepararse para resultar atractiva, y aun así lo era de una forma casi desconcertante. Tenía la piel ligeramente enrojecida por la ducha y los labios sin pintar, pero vivos, llenos, tensos por la impaciencia.

Un impulso físico, limpio, masculino y desconocido me recorrió como un latigazo. Sentí la necesidad de acercarme medio paso más y comprobar si ese aroma fresco que llegaba hasta mí era tan suave como parecía. El pulso se me aceleró apenas cuando bajé la mirada y regresé a sus ojos, porque en ellos no había timidez ni coqueteo, sino carácter. Me sostuvo sin pestañear, consciente de que la estaba mirando y sin concederme el privilegio de incomodarla. Esa mezcla de sensualidad involuntaria y seguridad firme se me ha quedado clavada en la memoria. Me intriga esta sensación de estar ante una mujer que no necesita agradar para resultar magnética.

Termino el whisky y dejo el vaso sobre la barra con un gesto decidido. Esto no es más que curiosidad, me digo. Una distracción momentánea provocada por la novedad y por esa energía indómita que no se encuentra todos los días en un edificio como este.

Pero mientras me dirijo al dormitorio y dejo el traje preparado para la mañana siguiente, admito algo que no suelo admitir ni ante mí mismo: hacía tiempo que nadie me despertaba ese tipo de interés sin proponérselo.

Ha sido su cuerpo, sería ridículo negarlo, pero también su actitud. Ahora, al pensarlo, me doy cuenta de que, en menos de un minuto, ha conseguido que dejara de ser el anfitrión seguro para convertirme en el hombre al que le estaban cerrando la puerta. ¡Uf!, esto me resulta peligrosamente estimulante. Pensaré en ello porque lo que está claro es que está prohibida. Además, no busco mujeres. Ellas vienen a mí y está claro que a Libby no le he caído bien. Mejor. Así no me la juego con su hermano.

Apago la luz y me quedo unos segundos en la oscuridad, escuchando el murmullo lejano de la ciudad. Al otro lado de la pared, quizá esté deshaciendo la maleta, o preparándose para lo que sea que haya venido a hacer a Nueva York. Me río porque quizá esté pensando que su vecino es un ricachón engreído al que conviene mantener a raya.

Aunque, como dicen Dani y la prudencia, debo mantener las manos quietas, algo mucho menos razonable me susurra que el desafío puede merecer la pena.

3

Libby

El sol se asoma por las rendijas de las persianas mientras me arreglo para la reunión. Me miro al espejo y respiro hondo. Nueva York es una ciudad que nunca se detiene, y hoy tengo que demostrar que estoy a la altura. La prueba que me van a hacer es crucial para mi carrera en la empresa de marketing digital donde trabajo, y tengo la oportunidad de trabajar con un cliente importante para una campaña que podría catapultar mi carrera, aunque no sé mucho más todavía. Me han convocado a una reunión para promocionarme, sin más información que esa, pero me han chivado que van a ponerme a prueba para darme una campaña importante y voy preparada con esa idea en la cabeza.

Mientras me visto, las palabras de Patrick resuenan en mi mente. Tengo la vaga sensación de que he soñado con él, ¿lo habré hecho? Me miro fijamente en el espejo y me hablo, como suelo hacer para autoconvencerme de mis propias ideas.

—¡Liberty! No has soñado con él. ¡Bah! A quién quiero engañar. Ese cuerpo no es fácil de olvidar. ¡Cállate, Liberty! A lo tuyo.

Mi autorriña no hace que me olvide de su invitación a la fiesta; por una parte me apetece, pero por otra, no estoy lista para socializar con desconocidos. Su propuesta me provoca un nudo en el estómago. La idea de enfrentarme a un grupo de personas que no conozco me asusta, pero también me intriga. ¿Por qué me importa tanto lo que él piense?

Llego a la sede de mi empresa en un taxi. Aquí el ambiente es eléctrico y la altura del edificio, impresionante. Me mareo solo de mirar hacia arriba y ver cómo toca el cielo. Una chica de uniforme me acompaña hasta la planta cuarenta y me lleva a una sala donde ya están algunos de mis compañeros. En cuanto llegan el director general y dos consejeros, la reunión comienza y el bullicio de la oficina es abrumador. Mis compañeros se mueven de un lado a otro, pero yo me concentro en las ideas que he preparado en mi cabeza. La sala está llena de caras expectantes, y cada vez que abro la boca para contestar a las preguntas que me lanzan los tres que me examinan, siento el peso de las miradas sobre mí. Explico la propuesta que me piden con firmeza, pero mi mente divaga.

—Señorita Crane, ¿tiene algo que añadir? —me pregunta el director, arrastrándome de nuevo a la realidad.

Me ruborizo y me disculpo, esforzándome por recuperar la concentración. La reunión avanza, pero no puedo evitar pensar en cómo me sentiría en Nueva York, si acepto llevar el trabajo, y en esa fiesta en particular. ¿Sería capaz de encajar en un grupo de desconocidos? La idea de ser el foco de atención me aterra, pero la curiosidad sobre Patrick es difícil de ignorar.

Cuando finalmente termina la reunión, me siento aliviada, pero también agotada. La adrenalina de sentirme examinada me deja un sabor agridulce. Todos me han felicitado y no puedo estar más contenta. Hasta que me hagan una propuesta en firme, puedo descansar.

Sin embargo, mi momento de gloria se ve interrumpido por una voz familiar.

—¿Libby? —me giro y descubro a Sara, una antigua compañera de la universidad, con la que hice las prácticas en la empresa—. ¡Qué sorpresa verte aquí!

Nos abrazamos y comenzamos a charlar. La conversación fluye de manera natural, y me siento aliviada de tener a alguien conocido en esta ciudad. Bajo con ella a tomar un café.

—¿Dónde te alojas? ¿En algún hotel? Porque puedes venirte a mi casa, si quieres.

—¡Oh!, gracias. No hace falta. Estoy en casa de mi hermano Dani.

—¡Genial! ¿Dónde vive?

Se lo explico mostrándole en mi móvil la ubicación exacta.

—Ahí… ¡Oh, no! No puede ser. En ese edificio vive Patrick. ¿Lo has conocido? —pregunta, con una chispa en los ojos—. ¡Qué casualidad!

—Creo que… sí. ¿Lo conoces?

Siento que me ruborizo ligeramente.

—¡No me lo puedo creer! Es mi primo. Somos como hermanos, nos hemos criado juntos y nuestras madres ahora comparten casa, desde que se quedaron viudas. ¡Imagínate!

—¿En serio? —Estoy tan atónita que no sé qué decir.

—Por cierto, que esta noche vamos a su fiesta de cumpleaños. Le puedo pedir que te invite, así hablamos. Viene Kevin, mi chico, así que…

—No tienes que decirle nada. Estamos invitados, solo que mi hermano está de viaje. No sé si me apetece mucho, la verdad.

Sara sonríe, como si la idea de no ir fuera absurda.

—Vamos, pásate, ¡será divertido! Además, Patrick siempre organiza buenas fiestas.

Sus palabras me hacen dudar. Pero la idea de meterme en un grupo de personas desconocidas me sigue dando mucha pereza. Me apetece descansar después de dar un paseo por la ciudad que llevo preparando años.

—Lo pensaré —respondo, aunque no estoy convencida—. Ya tenía planes.

Después de despedirme de Sara, regreso al apartamento de Dani. Al entrar, la soledad me golpea. La casa parece vacía y fría, y me encuentro de pie, contemplando el espacio desordenado de mi habitación.

Desde la cama puedo escuchar el murmullo de la gente entrando y saliendo en el piso de al lado. Debe ser el catering o quien sea que haya contratado Patrick. Las risas y la música comienzan a fluir a través de las paredes, y me doy cuenta de que la fiesta está a punto de comenzar, aunque aún faltan veinte minutos para las ocho.

De repente, suena el timbre. Me sobresalto y, tras un breve momento de duda, me acerco a la puerta. Al abrir, me encuentro con Patrick, que parece tan seguro y atractivo como la primera vez que lo vi.

—Hola, Libby —dice, sonriendo—. No quería que te olvidaras de que estás invitada a la fiesta. Y si necesitas algo, dímelo. Le he prometido a Dani que te cuidaría.

—¿Cui-qué? Dile a mi hermano que no necesito canguro. Sé cuidarme sola.

Me examina con atención y no puedo evitar sentirme algo cohibida por cómo se fija en mi atuendo de estar en casa, un chándal y una camiseta desgastada, mientras que él va impecable con un pantalón cargo beige y una camisa azul petróleo que le resalta el color azulado de sus ojos.

—No hay más que verte para saberlo. Tranquila, no soy ningún pesado y tengo una fiesta que atender. Solo tienes que saber que si necesitas cualquier cosa, ahí estaré. Dani y yo somos muy colegas, aunque ahora lo dudo, eso de no saber que tenía una fierecilla por hermana… —guiña un ojo que me saca más de mis casillas—. Sigues invitada, si te apetece.

—Lo sé, pero… no creo que vaya —respondo, intentando sonar firme, aunque mi voz tiembla un poco. Solo con las cosas que me ha dicho, se me han ido las pocas ganas que tenía.

—¿Estás segura? Siempre hay tiempo para cambiar de opinión. Si necesitas algo, no dudes en llamarme. —Su tono es amable, pero hay un destello de preocupación en sus ojos.

Le agradezco con un gesto, mientras él observa, como si esperara que cambiara de opinión. Siento la presión de su mirada. Quiero decirle que no soy como las otras chicas que se sienten cómodas en esas situaciones, pero no sé cómo explicarlo. Solo quiero que se largue de una vez.

—Bueno, me pensaré lo de ir. Gracias por el recordatorio, Patrick.

Él asiente y da un paso atrás, como si se estuviera despidiendo, pero no se va inmediatamente. En cambio, me lanza una última mirada significativa.

—Te veo luego —y pone una sonrisa pícara en su cara que acaba por cabrearme. Este tío es un pretencioso.

Cierra la puerta tras él, dejándome sola de nuevo. Su presencia sigue resonando en el salón, y me siento atrapada entre el miedo a lo desconocido y la curiosidad que él despierta en mí. Mientras me desplomo en el sofá, mi mente da vueltas. Tal vez debería ser valiente y hacer algo diferente.

—¿Por qué no? —me digo en voz alta—. La vida es demasiado corta para quedarme en casa. Saldré, pero no a su maldita fiesta. Voy a seguir con mi plan.

Abro la aplicación Visit New York y busco locales para tomarme un cosmopolitan. Soy fan de *Sex in the City* y me voy a comportar como ellas esta noche. Me lo merezco. No hay mejor excusa para ponerme el vestido verde esmeralda y las sandalias de tacón que traje por si acaso cumplía mi sueño de sentirme como Carrie al menos una vez en la vida.

4

Patrick

La puerta se cierra tras Libby, y el sonido seco de la madera me ancla de nuevo a la realidad. Me quedo mirando el pasillo, sintiendo la extraña mezcla de emoción y frustración. Es increíble cómo una mujer puede desestabilizarme con solo una mirada. ¿Por qué me importa tanto si decide venir o no a la fiesta?

A pesar de que tengo una celebración que atender, el recuerdo de su camiseta desgastada y su actitud desafiante no me deja en paz. Al final, me doy la vuelta y camino hacia mi casa. El sonido del catering en la sala me recuerda que tengo una responsabilidad: hacer que esta fiesta sea memorable.

Cierro la puerta de mi habitación tras de mí y me miro en el espejo del baño. Un rápido vistazo me dice que debo arreglarme. Me quito la camisa que llevaba y busco algo más adecuado para la ocasión. La fiesta de cumpleaños es solo una precelebración. La gran fiesta que organiza mi madre será la semana siguiente, con casi cien invitados y un aire de gala que no puedo evitar. Sin embargo, esta noche quiero que sea especial, un espacio en el que mis amigos más cercanos puedan relajarse y disfrutar, sin necesidad de vestir de etiqueta.

El catering ha comenzado a organizar el salón. Los aromas de la comida me hacen la boca agua, y miro por la puerta entreabierta. Veo a los camareros colocando bandejas de canapés y preparando la

barra. El lugar se llenará de risas y conversaciones, y aunque me encanta, siempre hay un pequeño temor de que algo salga mal.

Me visto con una camisa blanca y unos pantalones azul marino que me dan un aire casual pero cuidado. Me siento cómodo, pero sé que debo estar preparado para impresionar. La verdad es que me gusta tener el control, y esta fiesta es una oportunidad perfecta para mostrarlo.

Mientras me peino, me acuerdo de la conversación con Libby y me recuerdo que no debería preocuparme. No solo es atractiva, sino que parece tener una personalidad fuerte. ¿Quién necesita una chica que se pliegue a las normas?

Salgo de mi habitación y me dirijo al salón, donde el ambiente ya comienza a tomar forma. Cierro con llave la puerta que lo separa de mi zona privada para que nadie se cuele y me ocupo de la gente que empieza a llegar. La música suave llena el espacio, y los camareros están preparados. Al abrir la puerta, que dejo entreabierta para que nadie tenga que llamar, saludo a Tom, uno de mis mejores amigos.

—¡Patrick! —exclama, dándome una palmada en la espalda—. ¡Feliz cumpleaños, tío! ¿Listo para la fiesta?

—Siempre —respondo, sonriendo—. ¿Qué tal todo?

Mientras charlamos, veo que entra mi prima Sara con su novio Kevin. Su presencia es siempre bienvenida, y hoy en particular, me alegra ver a alguien que es familia.

—¡Sara! —la saludo, y ella me abraza con fuerza.

—¡Feliz cumpleaños! —dice, sonriendo.

Mientras la fiesta comienza a llenarse, Sara se acerca a mí, su mirada se ilumina con una chispa de complicidad.

—Oye, ya sé que tienes vecina nueva.

—¿Cómo sabes tú eso? En realidad, es la hermana de Dani y solo estará unos días.

—Resulta que la conozco de cuando hice las prácticas y hoy hemos tomado un café juntas. Trabajamos en la misma empresa —me cuenta—. Ya me ha dicho que te conoció en el rellano.

—Sí, he hablado con ella justo antes de que comenzara la fiesta —respondo, sintiendo un ligero cosquilleo en el estómago—. No sé si vendrá.

La música se eleva y las risas llenan el aire. La fiesta avanza, y mientras recibo a más amigos, no puedo evitar mirar hacia la puerta, esperando que Libby decida aparecer. La idea de tenerla aquí, de compartir este espacio con ella, me intriga. Mientras sirvo una bebida a Tom, la conversación fluye, pero mi mente sigue divagando hacia ella. ¿Por qué me importa tanto?

—Oye, Patrick —dice Tom, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Te has dado cuenta de que estás un poco distraído? ¿Alguna chica que no conozca?

Me río, pero no puedo evitar sentir que estoy a punto de entregarme a una situación que ni siquiera ha comenzado. La mente a veces va más deprisa que los hechos. Debo recordarme que Libby está prohibida. Si hoy quiero sexo, mejor será que espere a que me entre alguna en el bar al que iremos para cerrar la noche. De todas formas, me corrijo, Libby no es de esas, estoy seguro, y prefiero conservar la amistad con Dani.

El DJ pone música más bailable ahora, y me doy cuenta de que la fiesta está en pleno apogeo. La energía de la sala es contagiosa, pero en el fondo, siento que una parte de mí sigue esperando y me molesta sentirme así. Me bebo un whisky de un trago para disfrutar de mi propia fiesta. Tiene narices que me haga boicot a mí mismo.

Sara pasa a mi lado con Kevin y me lanza una mirada divertida que no sé muy bien cómo interpretar. A estas alturas ya debe haberse dado cuenta de que estoy más distraído de lo habitual. Y lo peor es que ni siquiera sé por qué. Porque, siendo sinceros, Libby no me ha dado ningún motivo para pensar que vaya a aparecer. Más bien al contrario. Cuando me abrió la puerta hace un rato, llevaba

ese chándal viejo y esa camiseta desgastada que parecían una declaración de principios. Su forma de mirarme decía claramente que una fiesta llena de desconocidos no estaba entre sus planes de la noche. Seguro que se ha ido a dormir.

O tal vez haya salido. Una chica como ella es muy probable que tuviera planes, cómo no lo he pensado. La idea aparece en mi cabeza con una claridad inesperada. Imagino a Libby caminando por la ciudad, descubriendo bares, perdiéndose entre luces y taxis amarillos, con sus amigas o algún tipo de la empresa. Nueva York tiene ese efecto en la gente que llega por primera vez, que todo parece posible durante unas horas. Curiosamente, esa imagen me resulta mucho más fácil de aceptar que la de ella cruzando mi puerta, después de decirme varias veces que no pensaba venir.

Apoyo los codos en la isla y dejo que el hielo del vaso se derrita despacio. La fiesta sigue creciendo a mi alrededor, cada vez más ruidosa, más animada, y casi idéntica a todas las fiestas que he organizado en los últimos años. Solo hay una diferencia, aunque no esté aquí, y tiene el pelo mojado, la lengua afilada y una forma de mirarme que todavía me dura en la piel.

5

Libby

Nueva York de noche tiene algo hipnótico. Quizá sea la cantidad de luces, o el murmullo constante de coches y conversaciones que nunca desaparece, pero caminar por estas calles produce la sensación extraña de que todo está ocurriendo al mismo tiempo y de que, aun así, nadie se fija demasiado en nadie. Esa idea me tranquiliza mientras me deslizo en el asiento trasero del taxi y le digo al conductor el nombre del bar que he leído tantas veces en blogs de fans de *Sex and the City*.

Durante el trayecto miro por la ventanilla con mucha curiosidad y la incredulidad que me acompaña desde que aterricé. Los edificios se elevan como gigantes iluminados, los semáforos cambian de color en un ritmo que parece coreografiado y las aceras están llenas de gente que camina deprisa, como si cada uno tuviera una historia urgente que atender. Pienso en Carrie, en Samantha, en esas escenas que he visto tantas veces en el sofá de casa, y me sorprende estar aquí, de verdad, en la ciudad donde todo eso ocurría en la pantalla.

Cuando el taxi se detiene frente al bar, pago con una sonrisa nerviosa y entro intentando parecer mucho más segura de lo que me siento. El local está lleno, pero no abarrotado; las luces son cálidas y hay música suave de fondo. Me acomodo en la barra, más tranquila desde que me he dado cuenta de que nadie me mira, y pido un cosmopolitan con la sensación de estar participando en un pequeño ritual personal, algo que llevaba años imaginando.

El camarero me lo sirve en una copa elegante, con el color rosado que siempre me pareció sofisticado cuando lo veía en la serie. Le doy el primer sorbo con cuidado, saboreándolo. Es más fuerte de lo que esperaba, pero también más delicioso. Me río sola al pensar que Carrie lo hacía parecer facilísimo. El segundo sorbo entra mejor. Y, con el tercero, ya me he enamorado de la bebida.

Cuando termino la copa, siento un calor agradable en el pecho y en las mejillas. El camarero me pregunta si quiero otro y asiento con una confianza que probablemente no habría tenido hace media hora. Mientras prepara el segundo, saco el móvil y busco algunos de los lugares emblemáticos que aparecen en la serie, para no quedarme toda la noche en el mismo. Ya que estoy... Hay varios no muy lejos.

—Esto hay que hacerlo bien —murmuro para mí misma.

El segundo cosmopolitan llega y lo bebo más despacio, aunque el efecto se nota enseguida. Empiezo a sentir la cabeza más ligera, como flotante, y me doy cuenta de que quizá no estoy tan acostumbrada al alcohol como pensaba. Aun así, la sensación no es desagradable. Al contrario, me siento más suelta, más valiente.

Pago, agradezco al camarero con una sonrisa demasiado entusiasta y salgo a la calle con el teléfono en la mano. Acabo de cumplir uno de mis sueños.

Caminar por Manhattan de noche tiene algo mágico. Las luces de los escaparates iluminan las aceras y los taxis pasan en ráfagas amarillas que parecen formar parte del decorado. Sigo el mapa de mi móvil con atención, buscando otro de esos lugares que tantas veces he visto en televisión. El aire es fresco, agradable, y cada pocos pasos me cruzo con alguien que va a su propio ritmo, con parejas que hablan animadas, grupos de amigos riendo y gente sola, como yo, caminando con decisión. Puedo observarlos porque nadie mira a nadie. La ciudad parece decirme que aquí ninguna persona se detiene demasiado a observar al resto. Y esa idea, curiosamente, me da seguridad.

El siguiente local está más tranquilo. Entro solo para echar un vistazo, me siento un rato y pido un refresco porque mi cabeza ya empieza a girar con una suavidad peligrosa. Mientras lo bebo, repaso mentalmente la reunión de la mañana, las felicitaciones de mis compañeros y la sensación de haber dado un paso importante en mi carrera. Por un momento, la imagen de Patrick se cuela en mis pensamientos. Él sí que me observaba, y me sonreía. Sacudo la cabeza y termino la bebida.

Al salir, el paseo continúa. Las calles se suceden como escenas de una película y, cuando paso frente a una pequeña pastelería aún abierta, el escaparate me detiene en seco. Los *cupcakes* están alineados en filas perfectas, con glaseados de colores imposibles. Carrie los mencionaba en varios episodios, y la simple idea me hace reír. Consulto mi móvil y sí, es la misma de la serie. No hay nada más que pensar, así que entro.

—Ese rosa, por favor —digo señalando el más espectacular de la bandeja, sin detenerme a saber qué lleva.

Salgo de la tienda con la caja pequeña en la mano y me siento en un banco cercano para probarlo. Está delicioso, dulce y suave, y durante unos minutos me permito simplemente disfrutar del momento.

Nueva York, un *cupcake* y dos cosmopolitans. Una extraña combinación que me hace feliz. No está mal para una noche improvisada.

Hago una última parada en otro bar donde me pido una copa de champán. Me quedo extasiada viendo cómo el camarero, al otro lado de la barra, se entretiene en secar una copa de vino grande, con una sensualidad que hace que un escalofrío me recorra entera. ¡Por todos los santos! ¡Cómo se puede ser tan erótico solo pasando un trapo por los bordes, mirar el cristal como si lo quisiera besar, acariciar el seno de la copa…! Uf. Estoy muy mal, me temo. Miro alrededor y veo que hay más hombres que mujeres en el bar. Por primera vez me siento incómoda. Aquí sí que me miran, no sé si por

la hora que es o por el tipo de local. «¿Dónde te has metido, Liberty?». Bebo de un trago lo que me queda de champán, las burbujas me hacen cosquillas y el frío me despierta del ardor que me ha provocado el camarero. Decido regresar, ya está bien por hoy.

Alcanzo la puerta del bar justo a tiempo de oír la cancioncilla del móvil que me indica que es Dani.

—Libby, ¿cómo estás? ¿Has ido a la fiesta de Patrick?

—Hola, Dani. No, tu vecino me invitó, pero he decidido hacer la ruta de *Sexo en Nueva York.*

—¿Sola? —grita.

—Eso es —trato de no balbucear—. Sabes que me apetecía mucho. El cosmopolitan me ha conquistado.

—Libby —me reprende—, no deberías estar sola por la noche. ¡Es Nueva York! ¿Estás loca? Coge un taxi ahora mismo y vuelve a casa.

—Oye, oye, cuidado, que no soy una niña.

—Pues por la decisión que has tomado, lo parece. A una mujer con dos dedos de frente no se le ocurre salir sola por Nueva York sin conocerlo.

—Tranquilo, que ya estoy de vuelta. Necesito dormir. Tengo ganas de verte, hermanito.

—Y yo, venga, coge un taxi y avísame cuando llegues a casa.

Cuelgo y miro a mi alrededor. No hay taxis, así que comienzo a andar hasta que aparezca uno. El paseo de vuelta resulta lento, entre que camino y observo. El alcohol empieza a hacerse notar y mi paso pierde precisión, aunque sigo sintiéndome extrañamente tranquila. La ciudad continúa viva a mi alrededor, pero ya no me impresiona tanto como hace unas horas.

Consigo por fin un taxi que me ahorra una buena caminata; con tacones, ha sido lo mejor. El movimiento del coche añade algo de mareo al que ya tenía por el alcohol, y procuro no cerrar los ojos

para mantenerme despierta mirando la ciudad. Al llegar al portal del edificio de Dani, la sensación de familiaridad me arranca una sonrisa. Subo en el ascensor apoyándome ligeramente en la pared. El reflejo del espejo me devuelve una imagen divertida de mí misma. Llevo el pelo algo despeinado, las mejillas rosadas y los ojos brillantes.

—Liberty —le digo en voz baja a mi imagen reflejada—, quizá dos cosmopolitan y una copa de champagne ha sido demasiado para ti, después de meses sin probar el alcohol.

El pasillo del ático está más animado de lo habitual cuando llego. Varias personas salen del piso de Patrick y avanzan hacia el ascensor entre risas y conversaciones animadas. Algunos llevan copas en la mano, otros se despiden con abrazos rápidos.

Paso entre ellos con una sonrisa educada. Nadie parece prestarme demasiada atención y eso me resulta cómodo. Cuando llego frente al apartamento de Dani, me detengo un segundo. Desde el piso de enfrente llega el sonido amortiguado de la música y las voces. La puerta de Patrick está entreabierta, imagino que para que los invitados entren sin llamar. Me acerco solo para mirar por el hueco, nada más. Pego la cara y el hombro al dintel para mirar sin caerme y, de repente, la puerta se abre del todo.

—Al final te has decidido a venir, bien, tarde pero a tiempo. Pasa, Libby.

6

Patrick

La fiesta lleva dos horas en marcha cuando la veo en la puerta.

No la esperaba. O me había convencido de que no la esperaba, que no es lo mismo. Me lo había repetido hasta la extenuación mientras saludaba a gente, rellenaba vasos y fingía atender la conversación de Tom sobre no sé qué inversión en no sé qué *startup*. Libby no vendría. Libby había dejado muy claro que no tenía ningún interés en conocerme a mí y a mis amigos ni en estar en mi casa, y no debería importarme. Y, aun así, ahí está, medio escondida tras la puerta. Me acerco sin que se dé cuenta y la sorprendo.

—Al final te has decidido a venir, bien, tarde pero a tiempo. Pasa, Libby.

Abro del todo. Entra despacio, como quien llega a un sitio que no esperaba que fuera a gustarle y descubre, con cierta resistencia, que quizá sí. Lleva un vestido verde que no necesita ningún otro adjetivo, el pelo suelto y un punto de color en las mejillas que podría ser el frío de la calle o algo más. Nada que ver con la chica del chándal que conocí ayer tarde. Se detiene un momento en el umbral, echa un vistazo al salón y su expresión no es de asombro, algo inusual para ser la primera vez que ve mi apartamento; normalmente las chicas que subo a casa alucinan con mi piso. Ella no, ella parece más bien alguien que evalúa antes de decidir hasta dónde entra. No la acompaño, prefiero que Sara se ocupe de ella, aunque parece no necesitar a nadie.

Trago despacio lo que me queda en la copa y aparto la mirada. Es mejor que me olvide de que está aquí y me ocupe de mis invitados. No sirve de nada. La vuelvo a buscar en cuanto puedo hacerlo sin que se note. De pronto me siento el peor de los anfitriones y cambio de idea; debería ofrecerle algo de beber, como mínimo.

Sara la ve antes de que yo pueda hacer nada. Cruza el salón con la energía de quien no distingue entre primera copa y quinta, y abraza a Libby como si llevaran meses sin verse, aunque se han visto esta mañana. Las observo desde la distancia. Libby se ríe de algo que dice mi prima y, por un momento, la tensión de sus hombros desaparece. Es una risa distinta a la que me dedicó a mí en el pasillo. Más suelta. Más real.

Me acerco porque sería raro no hacerlo y paso de que Sara me eche la charla.

—Vaya —digo cuando llego a su lado—. Pensé que nos habías descartado en tus planes.

Libby me mira con una calma que ya empieza a parecerme una forma de provocación.

—He cambiado de opinión. ¿Hay algún problema?

—Ninguno. —Le señalo la barra—. ¿Qué quieres tomar?

—Lo que haya.

—Primito, me llama Kevin. Trata bien a mi amiga.

Le doy una copa de vino blanco a Libby, que acepta sin comentarios, y me quedo un segundo demasiado cerca antes de dar un paso atrás. Tom aparece a mi lado, como siempre, en el momento menos oportuno, y me lanza una mirada de reojo que significa exactamente lo que creo que significa. Lo ignoro.

—¿Eres la vecina nueva? —le pregunta, alargando la mano.

—La hermana del vecino —corrige ella, con precisión—. Libby.

—Tom. —Sonríe—. Bien. Porque Patrick no suele invitar gente nueva, siempre somos los mismos. Eres la novedad de la que hablar esta noche.

—Tom —digo, en un tono que no deja mucho margen.

Él levanta las manos con una sonrisa y se aleja hacia el grupo donde está Kevin. Sara me lanza desde allí una mirada divertida de la que podría haber prescindido perfectamente. Libby bebe un sorbo de vino y echa un vistazo al salón con ese mismo gesto de quien evalúa sin comprometerse.

—¿Y bien? —digo—. ¿Cumple con las expectativas?

—Todavía es pronto para decirlo.

—Eso es un sí.

—Eso es un todavía no lo sé.

—¿Has estado en el piso de Dani toda la noche? Te imagino deshojando una margarita: voy, no voy, voy, no voy… —Hago el gesto de arrancar los pétalos de una flor sin dejar de mirar sus ojos, que ahora mismo brillan de ¿rabia? Espero no sonar demasiado borde. No sé qué me pasa con esta chica, yo no soy así.

—No, eso le gustaría a tu ego, supongo. He salido y ya volvía a casa. ¿No recuerdas que te dije que tenía planes? No era un farol. Al llegar me ha dado curiosidad y, como estaba abierto… Solo miraba cuando me has visto.

Me río sin querer. No es una risa calculada ni de cortesía. Es la que sale cuando algo te pilla desprevenido y no tienes tiempo de decidir si mostrarla o no.

—Nueva York tiene mucho que ofrecer, claro, no has venido para pasar la noche en un piso. Puedes mirar todo lo que quieras, allí tienes bebida y comida para picar. Si necesitas algo, me buscas. Gracias por venir —suelto mi parrafada y me alejo. No debo encapricharme de la hermana de Dani, ni en sueños.

La noche avanza. Libby habla con Sara, con Kevin, con algún otro que se acerca presentado por mi prima. La observo sin disimulo excesivo, aunque tampoco con discreción total. Me gusta cómo escucha, con atención real, sin ese gesto de quien está pensando ya en lo que va a responder. Me gusta cómo sostiene la copa, cómo se ríe cuando algo le hace gracia de verdad y no cuando le parece que toca. Y me gusta, sobre todo, que no me busca con la mirada. Que cuando hablamos es porque uno de los dos ha decidido acercarse, no porque esté pendiente de dónde estoy.

Eso también me descoloca. Estoy demasiado acostumbrado a lo contrario.

Sobre las dos de la madrugada, el grupo empieza a hablar de cerrar la noche en otro sitio. Un bar de jazz que Tom conoce a quince minutos a pie. La idea prende rápido, como suele pasar con las propuestas de Tom.

Me acerco a Libby, que está terminando su segunda copa apoyada en la pared del fondo.

—Continuamos en un bar. ¿Vienes?

Me mira un momento. Hay algo en sus ojos que no sé leer del todo, un cálculo que no termina de resolverse en su cara.

—¿Por qué no? —dice al fin, después de que Sara la animara a unirse.

El bar huele a madera vieja y a jazz en directo. Es exactamente lo que prometió Tom, que en estas cosas acierta casi siempre. Nos acomodamos en una mesa larga, pedimos una ronda y la conversación sigue con esa inercia fácil que tienen las noches que van bien.

Libby está sentada dos sitios a mi derecha, entre Sara y Kevin. La oigo reírse de algo, pero no escucho qué. Bebe champán, creo, aunque no estoy seguro. Sí noto que, a medida que pasa el tiempo, algo cambia en su postura. No de golpe. Poco a poco. Un leve descenso en los hombros, la mano apoyada en la mesa como si la

necesitara para sostenerse, los ojos que parpadean un segundo más de lo habitual.

Sara se levanta a bailar con Kevin. Los demás se van distribuyendo, algunos hacia la pista, otros a la barra. Libby se queda quieta en el sitio. Me acerco a ella, ahora preocupado. No parece la misma que hace unas horas.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —dice, aunque la palabra le sale con una precisión demasiado cuidadosa, de la que se usa cuando uno está asegurándose de no arrastrar las sílabas.

La miro con más atención.

—¿Cuánto has bebido esta noche?

—Lo suficiente. —Hace una pausa—. Puede que algo más que suficiente. —No lo dice con gracia, ni intentando quitarle hierro. Lo dice con una honestidad directa que me resulta más preocupante que si se hubiera reído.

—¿Has cenado? —Me mira como si la pregunta fuera absurda.

—Supongo, no…, no lo recuerdo —balbucea. Entrecierra los ojos como si quisiera hacer memoria y las imágenes que busca no llegarán a su cabeza. Noto que se mueve ligeramente. Me temo que lleva un mareo importante.

—Eso es un no. —Me levanto—. No puedes beber con el estómago vacío. Vamos.

—¿A dónde?

—A casa. Los dos. Tú a dormir, y yo a asegurarme de que llegas bien.

Abre la boca para protestar y cierra el gesto a medias, como si hubiera calculado que el esfuerzo no merece la pena. Eso me dice más que cualquier argumento que pudiera darme.

Me despido rápido del grupo. Tom me mira con una ceja levantada. Sara, con algo más parecido a la gratitud. Le digo en voz baja que Libby no está bien y que la acompaño. Mi prima asiente sin hacer comentarios, que es la versión más generosa de Sara que existe.

En la calle, el aire frío de la noche parece ayudar un poco. Libby trata de caminar derecha sin éxito; su ritmo es el propio de una persona que ha bebido demasiado y a ratos se cae hacia mí, chocando su hombro con mi brazo; así tardaremos demasiado, si es que llegamos. Llamo a un taxi que pasa en ese momento. Se sienta en el asiento trasero con los ojos entrecerrados. No dice nada en todo el trayecto. Yo tampoco. La observo en silencio. Ha apoyado la cabeza en el respaldo del asiento, respira despacio, con la boca entreabierta y el rostro más relajado que hace unos minutos. Quizá se ha dormido. Las luces de las farolas la iluminan de forma intermitente y veo su perfil recortado por la luz, la piel blanca muy poco maquillada, con pecas en las mejillas, la nariz fina y los labios carnosos. El pecho sube y baja con la respiración y, en el movimiento, un tirante cae del hombro. Mi primer impulso es subirlo, pero no debo tocarla. Me basta con ver la piel fina y blanca de su escote.

Cuando llegamos al edificio, salgo primero y le abro la puerta. Libby pone un pie en la acera y se detiene.

—Patrick.

—¿Qué?

—Creo que voy a vomitar.

No hay alarma en su voz. Solo una constatación tranquila y absolutamente inevitable. Me da exactamente el segundo justo para apartarme antes de que ocurra.

Después hay un silencio breve en el que ninguno de los dos dice nada.

—Venga —digo al fin, con la misma calma—. Arriba.

Libby se incorpora despacio. No me mira. Tiene el pelo cayéndole hacia delante y las manos ligeramente temblorosas, pero camina sola hacia el portal. La sigo de cerca sin tocarla porque no me lo ha pedido y porque con ella aprendo rápido que las cosas hay que esperar a que ella las pida.

En el ascensor se apoya en la pared con los ojos cerrados. Su cara ha perdido todo el color de antes.

—Estoy bien —murmura, sin que yo haya dicho nada.

—No estoy tan seguro.

—Solo ha sido demasiado en un día.

—Supongo que es eso. No puedes beber sin comer.

El ascensor se detiene en nuestra planta. Libby sale despacio, con una concentración exagerada propia de quien sabe que necesita parecer más entera de lo que está. Llega frente a la puerta del apartamento de Dani y se detiene. Se palpa los bolsillos del vestido. Luego para. Luego vuelve a palparse.

—El bolso —dice—. Mi bolso, ¿dónde está mi bolso? —grita con cierto descontrol, asustada.

—Tranquila, Libby, ¿qué pasa?

—Que no lo tengo. ¡Las llaves! ¡El teléfono! ¡Todo! Me vuelvo al bar…

—No vas a ningún lado. Tengo unas llaves de tu hermano en casa.

Cierro los ojos un segundo.

—Bien. —Se apoya en la pared, abatida, con cara de estar pensando. No estoy seguro de que esté acostumbrada a beber. La noto demasiado desorientada. —Necesito mi bolso —solloza.

—Le digo a Sara que lo busque. Ven, vamos a mi casa.

—Vale.

—No pasa nada —la calmo.

Sí pasa algo, aunque no es lo que ella cree. No es el bolso ni las llaves. Es que ahora tengo que meterla en mi casa, que es exactamente el sitio en el que no debería estar esta noche, con ese vestido verde y las mejillas encendidas y esa forma de mirarme que tiene incluso cuando apenas puede mantener los ojos abiertos.

Abro mi puerta y la luz del recibidor se enciende de forma automática.

—Pasa.

Libby entra sin decir nada, lo que ya es una señal de que está peor de lo que aparenta. Se detiene en mitad del salón y echa un vistazo alrededor con los ojos entornados.

—Es muy grande —murmura, como si no hubiera estado antes.

—Ya lo verás mañana. Ven.

La guio hacia el cuarto de invitados sin tocarla. Mantengo las manos a los lados, consciente de cada centímetro de distancia. Ella camina despacio, rozando la pared con los dedos como si necesitara confirmar que existe. En la puerta del cuarto se detiene y se gira hacia mí, y hay un momento, breve y peligroso, en el que su mirada se fija en la mía con una intensidad que no es del todo lúcida, pero tampoco del todo inocente. Da un paso hacia mí.

—Libby.

—¿Qué? —Su voz es suave, demasiado suave y sensual. Apoya la cabeza en mi pecho. Podría abrazarla ahora, me lo está pidiendo con el cuerpo. Respiro hondo y solo la toco por los hombros para separarla de mí.

—Que no.

Parpadea.

—¿Que no qué?

—Que no, a lo que estás pensando. —Y en lo que yo también pienso, pero me contengo. Con ella no.

Hay un silencio en el que puedo escuchar perfectamente los engranajes lentos de su cabeza intentando procesar eso. Luego frunce el ceño con una expresión de dignidad algo tambaleante.

—No estaba pensando nada.

—Perfecto. Entonces vete a la cama y duerme.

Me mira un segundo más. Luego se tambalea ligeramente hacia la izquierda y el momento se rompe solo, sin que tenga que hacer nada más.

—Voy al baño —anuncia—. ¿Dónde narices está? Este pasillo se mueve mucho.

—Es esa puerta.

—¿Sabes? Eres muy guapo —balbucea con la boca pastosa.

—Libby, ve al baño o tendré que llevarte yo.

—¿Lo harías? —Levanta la vista hacia mí con los ojos brillantes y completamente sinceros.

Pongo la mano en su espalda para dirigirla hacia el baño, hasta que entra y me quedo fuera de la puerta. No llega a tiempo de cerrarla del todo. Escucho lo que escucho y entro sin pensarlo dos veces, porque hay cosas que importan más que cualquier otra consideración. Libby está arrodillada frente al inodoro con el pelo cayéndole hacia delante. Me agacho a su lado, le aparto el pelo con cuidado y se lo sujeto con una mano mientras ella vomita. No digo nada. No hay nada útil que decir.

Cuando acaba, se queda quieta con la frente apoyada en el brazo, sin fuerzas para nada más.

Cojo dos toallas limpias y se las doy. La ayudo a incorporarse despacio, casi en volandas, y la acerco al lavabo. Ella se inclina hacia delante y yo la sujeto por detrás con las piernas para que no pierda el poco equilibrio que le queda. Le mojo una toalla con agua fría y le limpio la cara con cuidado. Ella deja que lo haga sin protestar, tiene

los ojos entornados y la cabeza apoyada ligeramente hacia mi mano como si no pudiera sostenerla del todo sola. Le doy agua con un poco de colutorio, le indico que se enjuague, y obedece con la docilidad silenciosa de alguien que ha cruzado el umbral del orgullo y ha llegado al otro lado.

La llevo al cuarto de invitados. Se deja sentar en el borde de la cama sin resistencia y le quito los zapatos. Busco en el armario la camiseta más discreta que tengo, de algodón gris, talla grande, y me pongo a trabajar con la misma concentración con la que resuelvo cualquier problema que no admite titubeos. Le desabrocho los dos botoncitos del hombro del vestido, tiro de la tela hacia arriba con cuidado y le saco la prenda por la cabeza. Ella levanta los brazos como puede, casi sin darse cuenta. Está más dormida que despierta. Me fuerzo a no mirar más de lo necesario. Le pongo la camiseta con la misma eficiencia, le paso los brazos por las mangas y la estiro para taparle lo máximo posible. Luego la tumbo despacio, le pongo la cabeza sobre la almohada y la tapo con el edredón hasta los hombros.

Libby murmura algo ininteligible.

—Shh —digo, sin más.

—Además de guapo, eres bueno —balbucea ya casi dormida. Luego murmura algo ininteligible. Esta vez suena vagamente a mi nombre, aunque no estoy seguro.

Le aparto el pelo de la cara con dos dedos y me incorporo. Recojo el vestido del suelo, lo doblo y lo dejo sobre la silla del rincón. Luego saco el móvil y escribo a Sara.

Patrick

El bolso de Libby se ha quedado en el bar.
¿Puedes recogerlo antes de irte?
Lleva las llaves del piso de Dani.

Los tres puntos aparecen casi de inmediato.

Sara

Oooh. ¿Está bien? ¿Está en TU casa?

Patrick

Está bien. Dormida. El bolso, Sara.

Sara

Jajajajaja Sí, lo tengo yo, lo recogí del suelo cuando os fuisteis. Te lo doy mañana. Cuídala 😊

Patrick

Buenas noches.

Sara

Buenaaas 😌

Guardo el móvil y me cambio en mi cuarto. Un pantalón de chándal y camiseta vieja será mejor que el pijama para dormir en la otra habitación y poder vigilar a Libby. Vuelvo al cuarto de invitados con una manta y me instalo en el sillón de la esquina como puedo. Es demasiado estrecho, la almohada es demasiado pequeña y el ángulo no es el de nadie que tenga pensado dormir bien. Pero no me importa. Desde aquí la escucho respirar, lenta y regular, completamente ajena a todo.

Pienso en Dani. En cómo le voy a explicar esto sin que suene a exactamente lo que no es. Me dijo que las manos quietas, y vaya si han estado quietas, han estado más quietas que en cualquier otra noche de mi vida adulta, pero eso no va a servir de nada cuando Dani sepa que su hermana ha dormido en mi cama con una camiseta mía.

Cierro los ojos. Necesito descansar. La ciudad sigue encendida al otro lado de la ventana, pero aquí dentro todo está quieto y oscuro. Una sensación extraña se me ha colado dentro y decido que no es momento de atender a eso ahora. Será el cansancio de haber acabado la noche de una forma inusual y totalmente diferente a lo

previsto. Me duermo antes de encontrar la manera de explicárselo a Dani.

7

Libby

Lo primero que noto es un dolor tan punzante en la cabeza que me despierta. El dolor se extiende, ya está en todas partes cuando vuelvo en mí, instalado con la comodidad de quien lleva horas esperando a que abra los ojos para presentarse. Las sienes laten con una insistencia sorda y la luz que se cuela por algún lugar que no identifico todavía me obliga a cerrarlos de nuevo de inmediato.

Me quedo quieta. Respiro despacio tratando de ubicarme.

El techo que hay sobre mí no es el techo del apartamento de Dani. No me hace falta ni mirarlo mucho, me basta con el instinto que tiene el cuerpo de reconocer los espacios en los que ha dormido antes. Este techo es diferente. Más alto. La almohada huele diferente también, a algo limpio y cálido que no soy capaz de identificar todavía con la cabeza en el estado en el que está.

Me meto despacio bajo el edredón y me quedo ahí, en la oscuridad templada de la tela, como si eso fuera a resolver algo. Bajo la vista hacia mi cuerpo. La camiseta que llevo puesta no es mía. Es gris, de algodón grueso, demasiado grande, y cuando me la acerco a la nariz, huele a una colonia que no es la mía ni la de Dani. Suave, limpia, con algo cálido debajo que no sé poner en palabras pero que me resulta, de manera completamente irracional, reconfortante.

Me quedo muy quieta. Bien. Vamos por partes.

Intento reconstruir la noche con la misma metodología con la que abordo un problema de trabajo, yendo hacia atrás desde el último

punto claro. El tour de *Sexo en Nueva York*, eso lo recuerdo bien. Los cosmopolitans también, con una nitidez que ahora mismo me resulta casi ofensiva. El *cupcake* rosa no lo he soñado. Luego me vine a casa y tomé la decisión de pasarme por la fiesta de Patrick solo un ratito, que en ese momento me pareció perfectamente razonable. Después…, ah, la entrada al bar de jazz, la mesa larga, el champán que alguien puso delante de mí y que no debí haber tocado. Y después todo se vuelve más borroso, con esa textura de sueño que tienen los recuerdos cuando el cerebro ha decidido no guardarlos del todo. El taxi. El frío de la calle. El pasillo de un piso que no es el mío y que recorro con las piernas dobladas y apoyada en, ¿quién? Creo que fui al baño. Abro los ojos al techo.

El baño de Patrick. ¡Dios! Las náuseas vuelven a mi garganta solo de pensar en lo que pasó allí dentro. El calor me sube a las mejillas con una velocidad que no tiene nada que ver con la fiebre. Me tapo la cara con el edredón y me permito exactamente tres segundos de horror silencioso antes de volver a respirar.

Levanto despacio la cabeza y echo un primer vistazo a la habitación. Es amplia, ordenada, con muebles sencillos y buena luz natural. Sobre la silla del rincón está mi vestido, doblado con una pulcritud que desde luego no es mía. En el suelo, junto a la cama, están mis zapatos, colocados con el mismo cuidado. No hay rastro de mi bolso ni de mi móvil, y la ausencia de ambos me da una sensación de vulnerabilidad que no me gusta nada.

Sobre el sillón de la esquina hay una manta revuelta, con una almohada hundida todavía con la forma que queda cuando alguien se ha apoyado en ella. ¿Ha dormido aquí? ¿Eso es posible o es mi imaginación? Me quedo mirándola un momento, tratando de recordar más, pero nada llega a mi mente. Sin embargo, algo se afloja levemente en mi pecho.

Me incorporo un poco en la cama. Me guste o no, debo salir de aquí. El olor a café, claro y directo, se cuela por debajo de la puerta con la precisión de alguien que sabe exactamente cómo encontrarte. Me llega a las fosas nasales como un bálsamo y mi cuerpo reacciona

antes de que mi cabeza tome ninguna decisión: necesito una taza. La necesito ahora mismo y con urgencia, y ese olor es lo único que me parece capaz de hacer algo por el estado en el que estoy.

Decido levantarme. Me siento en el borde de la cama despacio, esperando a que la cabeza acepte la nueva posición sin protestar demasiado. No la acepta, pero tampoco se rebela. Cojo la manta del sillón y me la enrollo a la cintura para taparme las piernas, porque la camiseta llega hasta la mitad del muslo, pero no más, y hay cosas para las que todavía no estoy preparada esta mañana.

Abro la puerta con cuidado y salgo al pasillo. Sigo el olor del café con la concentración de alguien que no tiene otro norte. Al pasar frente a la puerta del baño, me detengo un segundo. El recuerdo llega en forma de imagen borrosa, es más una sensación que una idea nítida, el frío del suelo, el pelo cayéndome hacia delante y una mano sujetándomelo con cuidado. Una mano que no era la mía.

Sigo caminando. El pasillo desemboca en el salón y me detengo en el umbral, parpadeando. Anoche, en el estado en el que estaba, no vi nada. Ahora sí lo veo, y lo que veo es que no queda ni un solo rastro de la fiesta. Las bandejas, los vasos, las botellas, todo ha desaparecido. El salón está exactamente como imagino que debe de estar siempre, ordenado y limpio, con la elegancia tranquila de los espacios lujosos y poco habitados.

Un pinchazo agudo me atraviesa la sien derecha y me obliga a cerrar los ojos y apoyar una mano en el marco de la puerta. Dios. Vaya resaca de mierda. Cuando vuelvo a abrirlos, veo a Patrick al fondo de la estancia, al otro lado de la isla de la cocina, de espaldas a mí, con una taza en la mano y la vista puesta en algún punto de la ventana. Lleva un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca que le marca los hombros y el resto de músculos de su torso con una claridad que es completamente innecesaria a esta hora de la mañana. Me riño en silencio. No es el momento. No está bien que me fije en eso. Me da igual, de todas formas.

Se gira antes de que pueda decidir qué hacer, como si hubiera notado mi presencia sin necesidad de mirar, y nuestros ojos se encuentran desde los dos extremos del salón.

—Buenos días —dice, con una calma que me resulta casi irritante.

—Yo… —Empiezo sin saber muy bien cómo terminar—. ¿Qué ha pasado?

—Nada que no tenga solución. Ven.

Lo dice con el mismo tono con el que probablemente resuelve cualquier cosa, sin burla ni alarmismo, sin que la situación parezca incómoda desde su lado, lo que automáticamente la hace más incómoda desde el mío. Cruzo el salón con la manta enrollada a la cintura y me siento en uno de los taburetes de la isla mientras él ya está girándose hacia la cafetera.

—¿Cómo lo tomas?

—Solo, sin azúcar, por favor.

Deja una taza frente a mí y la llena sin añadir nada más. Le doy el primer sorbo con las dos manos alrededor de la taza porque necesito el calor tanto como el café en sí, y por un momento simplemente me permito existir dentro de esa sensación.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, apoyando los codos en la isla desde el otro lado.

—Como si alguien hubiera usado mi cabeza como instrumento de percusión.

—Normal.

—¿Y esto? —Señalo vagamente el salón, porque no quiero hablar de mí—. ¿Cómo está tan recogido? ¿A qué hora te has levantado? ¿O es que la fiesta de anoche la he soñado?

Hay una leve curva en su boca, casi imperceptible.

—El servicio de limpieza ha venido temprano. Me alegro de que no te hayan despertado.

—Ah. —Doy otro sorbo—. Bien.

Hay un silencio que resulta raro dadas las circunstancias. Me empiezo a poner nerviosa porque no sé qué hago aquí y solo quiero meterme en la cama hasta el año que viene. Patrick bebe su café con una tranquilidad que empieza a parecerme menos pretenciosa de lo que creía y más, simplemente, que es su manera de ser.

—Tengo que preguntarte algo —digo al fin, porque aplazar lo inevitable nunca ha sido mi fuerte.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Qué pasó exactamente anoche? Después del bar, quiero decir. —Hago una pausa—. Recuerdo partes, pero hay cosas que...

—Que no están del todo claras.

—Exacto.

Me mira un momento antes de responder, como evaluando cuánto detalle es útil y cuánto es innecesario.

—Vinimos en taxi. En la puerta del edificio te pusiste mal y vomitaste. Subimos. No tenías las llaves porque el bolso se había quedado en el bar, así que entraste aquí. Te lavé la cara, te cambié porque el vestido no era lo más cómodo para dormir, además estaba manchado, y te metí en la cama. Yo dormí en el sillón por si me necesitabas.

Lo dice sin énfasis, con el mismo tono que usaría para dar el resumen ejecutivo de algo que no requiere más explicación que los hechos. Eso, curiosamente, es lo que más me descoloca.

—¿Me desnudaste? —repito, asustada y muerta de vergüenza. Espero que no pasara nada más.

—Con todo el respeto del mundo —añade, con una seriedad que no sé si es real o está calculada.

Noto el calor en las mejillas y bajo la vista a la taza.

—Dios mío.

—Estabas en un estado en el que no eras dueña de tus actos, Libby. No pasó nada que no debiera pasar. —Hace una pausa breve —. El sillón da fe de eso.

Levanto la vista. Hay algo en su expresión que no es burla. Es más cercano a la honestidad directa, sin adornos, y por alguna razón eso me resulta más fácil de sostener que cualquier otra cosa que pudiera haberme dicho.

—El bolso —digo, porque necesito cambiar de tema antes de que el agradecimiento me salga por algún sitio que no controlo.

—Sara lo tiene. Te lo trae hoy.

—¿Sara sabe que estoy aquí?

—Mi prima sabe que estabas en un estado lamentable y que dormiste en el cuarto de invitados. Lo que Sara haga con esa información es problema suyo. Necesitaba pedirle que cogiera el bolso.

Me río sin querer, con un sonido breve y algo doloroso porque la cabeza protesta de inmediato. Me llevo los dedos a la sien.

—¿Tienes ibuprofeno?

—Por supuesto.

Lo saca él antes de que yo pueda moverme y lo deja en la isla junto a un vaso de agua que también aparece sin que lo haya pedido. Me tomo las dos pastillas en silencio.

La mañana entra por los ventanales con una luz blanca y limpia que Manhattan solo tiene los sábados a esta hora, antes de que la ciudad acabe de despertar del todo. Desde aquí arriba los edificios de enfrente parecen más tranquilos que de noche.

—Gracias —digo al fin, sin mirarle.

—Ya me lo dijiste anoche.

Levanto la vista.

—¿Lo hice?

—Más o menos. —Hay algo en su expresión que sugiere que hay una versión más larga de esa historia, y que ha decidido guardársela.

No pregunto. Algunas cosas es mejor no saberlas con la resaca del siglo encima. Se levanta, va a un cajón al fondo de la cocina y vuelve con un llavero pequeño que deja sobre la isla frente a mí.

—Las llaves de repuesto de Dani. Para que puedas entrar hasta que tengas las tuyas.

Las cojo sin decir nada. Son frías en la palma de la mano y su peso es el del regreso a la normalidad, o a lo que sea que venga después de esta mañana.

—Puedes ducharte aquí si quieres —añade—. Hay toallas limpias en el baño de invitados.

—No, gracias. Prefiero ir a casa de Dani.

Asiente. No insiste, lo que agradezco más de lo que parece. Me levanto del taburete con la manta todavía enrollada a la cintura, las llaves en la mano y la taza vacía sobre la isla. Estoy descalza, despeinada, con una camiseta que no es mía y una resaca que va a acompañarme buena parte del día. Probablemente sea la imagen más alejada de cualquier primera impresión que me hubiera gustado dar a un tipo como él.

—Oye, Patrick.

Se gira desde donde está, apoyado ahora en la encimera con los brazos cruzados.

—¿Qué?

Quiero decir algo que esté a la altura de lo que ha hecho, pero no encuentro las palabras exactas y no soy de las que fingen encontrarlas cuando no están.

—A mi hermano, ni una palabra. ¿Me lo prometes?

—Prometido. Ya veré qué te pido a cambio.

—Nada, por supuesto —sonrio apenas—. ¡Ah! Y otra cosa más.

—Dime, pero la última, o sí que tendré que pedirte algo a cambio.

—Que no eres tan insoportable como pensaba.

La comisura de su boca se eleva apenas un milímetro.

—Qué alivio.

—No te acostumbres —añado, y me dirijo hacia el pasillo antes de que la situación se vuelva más blanda de lo que ya está.

Detrás de mí, creo escuchar una risa muy baja y muy breve. Pero no me giro para comprobarlo.

8

Patrick

La veo irse de mi casa con el vestido doblado sobre el brazo y mi manta todavía enrollada a la cintura, descalza, con las llaves de Dani en una mano, los zapatos en la otra y la espalda recta de alguien que se niega a irse de cualquier sitio con menos dignidad de la que llegó. En la puerta se gira un momento, como si hubiera olvidado algo, y luego decide que no.

—La manta —digo antes de que salga.

Se mira la cintura, como si hasta ese momento no hubiera caído en la cuenta de que la lleva puesta.

—Te la devuelvo más tarde.

—No hay prisa.

Asiente una vez y cierra la puerta. Me quedo un momento mirando el espacio que acaba de dejar, que es demasiado silencioso para la cantidad de presencia que ha tenido esta mujer en las últimas doce horas. Luego recojo las dos tazas de la isla, las llevo al fregadero y abro el grifo. El agua fría me devuelve al sábado por la mañana con una claridad que agradezco.

Tengo comida en casa de mi madre a la una.

Me meto en la ducha, dejo que el agua caliente haga su trabajo y procuro no pensar en nada en particular, que es exactamente lo que no consigo. La camiseta gris, el pelo suelto sobre la almohada, la forma en que se ha sentado en la isla con la manta enrollada a la cintura y las manos alrededor de la taza, sin intentar parecer otra

cosa que lo que era, una mujer con una resaca monumental que necesitaba el café antes que cualquier otra conversación. Libby ocupa todo y me molesta darme cuenta de ello. Hay algo en esa falta total de artificio que no consigo sacudir de la cabeza.

Me visto, llamo a un taxi y bajo. La mansión de mi madre está en el Upper East Side, a veinte minutos en taxi cuando el tráfico acompaña, que los sábados a mediodía no suele ser el caso. Es una casa de principios del siglo pasado, con fachada de piedra gris oscura y una escalinata de cinco peldaños que mi madre insiste en decorar con macetas cada primavera, a pesar de que el jardín trasero tiene espacio de sobra para todas las flores que quisiera. La escalinata es lo primero que se ve al llegar y por eso son las macetas las que importan, dice ella. La imagen es lo que queda. Llevo escuchando esa frase desde los ocho años.

Toco el timbre porque tengo llave, pero entrar sin avisar en casa de mi madre es una experiencia que solo se comete una vez. Elena Castner, o Elena Whitford desde que volvió a usar el apellido de soltera después de enviudar, tiene una forma muy particular de hacer sentir a quien entra sin anunciarse, que ha interrumpido algo de una importancia extraordinaria, aunque en ese momento esté leyendo una revista en el salón.

Me abre Rosario, que lleva en la casa desde antes de que yo naciera y que me saluda con la misma expresión de afecto contenido de siempre.

—Ya están en el jardín, señor Patrick. Han sacado la mesa fuera porque hace sol.

—Gracias, Rosario.

El interior de la casa huele a madera encerada y a las flores que mi madre pone en el recibidor cada semana sin excepción, esta vez rosas blancas en un jarrón de cristal alto. El suelo de mármol en blanco y negro lleva ahí toda mi vida y todavía me parece el mismo que pisaba de pequeño con los zapatos del colegio, cuando el sonido de mis pasos me parecía el de una persona importante.

Atravieso el salón principal, que tiene esa cualidad de los espacios muy cuidados de parecer siempre listos para recibir a alguien, y salgo al jardín por las puertas acristaladas del fondo.

La mesa está puesta bajo la pérgola, con el mantel de hilo blanco que mi madre reserva para los domingos y, aparentemente, también para los sábados con sol. Alrededor hay cuatro sillas y en dos de ellas están ya mi tía Amanda y Sara, que levanta la vista cuando me oye llegar y me lanza una sonrisa que contiene demasiada información para ser inocente.

—¡Por fin! —dice mi madre desde el extremo de la mesa, donde supervisa la disposición de las copas con la concentración de estar coordinando algo de mayor envergadura—. Llegas tarde.

—Llego a la hora, mamá.

—Llegas a la hora que te conviene, que no es lo mismo.

Mi tía Amanda levanta la mejilla para que la bese y me aprieta el brazo con afecto.

—¿Estás bien, cariño? ¿Dormiste bien?

—Más o menos.

Sara tose. La fulmino con una mirada que ella recibe con la serenidad de quien está completamente por encima de cualquier represalia.

Nos sentamos. Rosario trae la entrada, una ensalada de burrata con tomate y albahaca que mi madre pide cada vez que hay sol suficiente para justificarla, y la conversación arranca con la facilidad de siempre entre estas cuatro personas que llevan décadas comiendo juntas. Mi madre y mi tía son hermanas, se parecen en la voz y en la forma de inclinar la cabeza cuando escuchan, pero en casi nada más. Mi madre es precisa, elegante, siempre pendiente de la forma en que las cosas aparecen ante el mundo. Mi tía Amanda es más suave, más dada a reírse a mitad de sus propias frases, menos

interesada en la impresión que causa y más en la conversación que tiene delante.

Las dos enviudaron con pocos años de diferencia y desde entonces comparten la casa, que es de mi madre, con una convivencia que funciona precisamente porque las dos son suficientemente distintas para no molestarse.

—¿Qué tal la fiesta de anoche? —pregunta mi tía, sirviendo agua.

—Bien. Vino poca gente, como quería.

—¿Cuántos?

—Quince, veinte. Luego fuimos a un bar.

—Perfecto —aprueba mi tía—. Una fiesta íntima está bien para poder compartir con todos.

Mi madre, que ha estado esperando su turno con paciencia, deja el tenedor sobre el plato con un gesto suave pero definitivo.

—Hablando de fiestas.

—Mamá.

—Déjame terminar. La del Hilton está confirmada para el viernes de la semana que viene. He hablado con el coordinador esta mañana y necesito que me confirmes el número de invitados antes del miércoles. ¿Vas a llevar a alguien?

—Ya te dije que voy solo.

—Ya te dije yo que eso no es aceptable. —Lo dice sin subir la voz, que es la marca de fábrica de mi madre cuando está siendo inflexible—. Es tu cumpleaños, Patrick. Hay noventa personas invitadas. Ir solo manda un mensaje que no me parece conveniente para el puesto que ocupas.

—¿Qué mensaje?

—Que no tienes a nadie a tu lado. Con tu porte y tu posición, da lugar a habladurías que no necesitamos.

—Es que no tengo a nadie.

—Eso no hace falta que los demás lo sepan.

Sara, que lleva un rato comiendo con la expresión de estar asistiendo a una función que ya ha visto antes, pero sigue encontrando entretenida, decide en este momento intervenir.

—Oye, primo. ¿Y Libby? Podrías invitarla.

Tardo exactamente el tiempo justo en mirarla.

—No.

—¿No qué?

—Que no voy a llevarla.

—¿Tiene una amiga y tú la conoces? —pregunta mi madre a Sara, tenedor en ristre, con la antena ya levantada.

—Es la hermana de mi vecino. Está de paso unos días en Nueva York y vino a la fiesta. La conocí ayer, es decir, que no sé nada de ella.

—Pero ha dormido en tu casa —dice Sara, con una inocencia que no le creo en absoluto.

El silencio dura dos segundos exactos.

—Gracias, Sara —digo con los dientes apretados.

—De nada. —Se ríe la muy payasa.

Mi madre me mira con una expresión muy familiar, que no es de reproche, sino de análisis, que en algunos sentidos es peor.

—¿Qué chica es esa? —pregunta mi tía, que no se está enterando de nada y ahora mira de uno a otro con interés inocente.

—Una chica que no viene a la fiesta del Hilton —digo, dando por zanjado el tema.

—No la conozco —añade mi madre, como si eso fuera el argumento definitivo—. Llevar a alguien que no conozco a un evento

así no es lo que había pensado.

—Entonces estamos de acuerdo. No viene.

—Lo que digo es que podría venir alguien a quien sí conozca. La hija de los Marchetti, por ejemplo, que es una chica encantadora y además trabaja en…

—Mamá.

—Solo digo que…

—Sé lo que dices y la respuesta es no.

—O Vanessa…

—Que no. No sigas o me marcho ya.

Rosario aparece en este momento con el plato principal, un solomillo con guarnición de verduras asadas, y el cambio de tema que supone su llegada es el más agradecido de los últimos cinco minutos. Mi madre acepta el plato con una sonrisa perfecta y pospone la discusión con la satisfacción que le da el saber que una batalla aplazada no es una batalla perdida.

Comemos y la conversación deriva hacia otros asuntos. Mi tía habla de un viaje que está planeando a Lisboa con unas amigas. Mi madre tiene opiniones sobre el hotel que ha elegido. Sara come con apetito y aporta comentarios en los momentos justos. La pérgola da sombra suficiente y el jardín está en ese punto del otoño en que todo parece recién estrenado.

Es una comida como tantas otras, tranquila y familiar, y aun así noto que mi cabeza no está del todo aquí. Sara lo nota también, porque mi prima se da cuenta siempre lo que no debería.

Cuando mi madre y mi tía se levantan a supervisar el postre y nos quedamos los dos solos un momento, me mira directamente.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Te has ido tres veces a otro sitio mientras hablaban.

—Estoy pensando en trabajo.

—Claro. —Bebe un sorbo de agua—. ¿Te dije que conozco a Libby desde hace más de cinco?

La miro.

—Me dijiste que os conocíais de la empresa.

—Sí. La conocí cuando hice las prácticas en la oficina de Minnesota Éramos las dos las más jóvenes del departamento y nos hicimos amigas rápido. —Hace una pausa—. Es buena en lo que hace, Patrick. Muy buena. No es de las que hacen ruido para que las vean; es de las que entregan resultados y punto. Por eso desde la central llevan tiempo queriéndola para un proyecto importante aquí en Nueva York.

—¿En Nueva York?

—Un proyecto grande, de los que no se delegan fácilmente. Se lo ofrecieron dos veces y las dos veces lo rechazó. No quería dejar Minnesota, su vida está allí. Pero hace unos meses algo cambió y al final aceptó hacer la entrevista. —Me mira—. La reunión de ayer era esa entrevista.

Proceso eso en silencio.

—Si la aprueban —continúa Sara—, se queda. No unos días. Se queda a vivir aquí, al menos mientras dure el proyecto.

No digo nada, porque ni siquiera estoy seguro de que eso me tenga que importar.

—Solo te lo cuento porque me parece que es información relevante —añade mi prima, con una inocencia en la que no creo.

—Sara.

—¿Qué?

—Come y cállate.

Ella sonríe con la satisfacción tranquila de haber dicho exactamente lo que quería decir y no necesita añadir nada más.

Rosario vuelve con una tarta de manzana que mi madre supervisa desde detrás como si la hubiera horneado ella misma, cosa que no ha ocurrido en los últimos veinte años. Me sirven un trozo que es demasiado grande y lo acepto sin protestar porque hay batallas que no merecen el gasto de energía.

Mientras bebo el café, escucho a mi madre retomar con delicadeza el tema del Hilton, esta vez por la vía de los detalles logísticos, que es su táctica favorita cuando atacar de frente no funciona. El menú, la música, el orden de los discursos. La voz de mi madre llega con la cadencia y seguridad habitual de una mujer que ha organizado suficientes eventos para saber que los detalles son los que deciden si algo se recuerda o se olvida. La escucho a medias. He delegado en ella, como todos los años, y no me importa lo que elija. Aun así, le hago caso porque quiero distraerme y olvidar que, en algún lugar de mi cabeza, hay una mujer con resaca y una manta enrollada a la cintura que prometió devolver, caminando por el pasillo de mi apartamento hacia una puerta que no era la suya.

Que puede que, si las cosas salen como Sara acaba de sugerir, termine siendo la de al lado durante más tiempo del que ninguno de los dos había calculado. Y eso es un problema porque no debo ni quiero pensar en ella. Luego llamaré a Tom para salir esta noche y quitarme a Libby de la cabeza.

Justo cuando decido no pensar en ella, me llama Dani.

9

Libby

La ducha ayuda. No soluciona nada, pero ayuda. Pierdo la noción del tiempo bajo el agua caliente, que dejo correr por el cuello y la espalda, con la frente apoyada en los azulejos y los ojos cerrados. Dejo que el vapor haga lo que el ibuprofeno todavía no ha conseguido. La cabeza sigue latiendo con una constancia que no puedo ignorar, pero el ruido de fondo ha bajado un par de decibelios y eso ya es algo.

Me visto despacio cuando ya veo que los dedos empiezan a arrugarse. Verlos así me recuerda a los baños en la piscina con Dani, que eran interminables, y no salíamos hasta que mi madre nos amenazaba con dejarnos sin cenar. Saco los vaqueros viejos que traje para estar por casa, una camiseta de manga larga y las zapatillas. Me siento en el borde de la cama un momento antes de levantarme, porque el cuerpo todavía pide más tiempo del que voy a darle, y dejo que el apartamento de Dani me envuelva con su silencio familiar. Aquí sí reconozco el techo. Aquí sí huele como tiene que oler.

En la cocina encuentro pan de molde, mantequilla y un bote de crema de cacahuete a medias. Lo como de pie, sin plato, mirando por la ventana el trozo de cielo gris claro que se ve entre los edificios de enfrente. Las tripas agradecen algo sólido con una intensidad casi conmovedora.

No sé qué hora es. Busco el móvil. Los recuerdos llegan como un torbellino: me dejé el bolso en el bar, Patrick dijo que Sara lo

recogería, no avisé a Dani al llegar a casa, como prometí, ni le he llamado hoy… Debe estar preocupadísimo. A no ser que…, ¡Dios, no! Espero que Patrick no le haya contado nada. Me quedo quieta con el pan en la mano, evaluando las posibilidades de que mi hermano se haya enterado de mi primera noche triunfal en Nueva York.

Me acabo el sándwich. Busco por el apartamento por si hay algún teléfono fijo, aunque sé perfectamente que Dani no tiene, nadie tiene ya, y la búsqueda es más un acto reflejo que una esperanza real. Nada. Necesito el móvil y todo lo que dejé en el bolso, mis tarjetas, mi documentación, las llaves…

Sara, según dijo Patrick, me lo traerá hoy, aunque hoy es un concepto muy amplio que no especifica ni hora ni momento y que, a efectos prácticos, no me sirve de nada ahora mismo. Lo pienso durante un minuto entero antes de aceptar la única solución disponible. Tengo que ir al piso de Patrick y preguntar, aunque las ganas de verlo son cero coma cero. ¿Qué cara debo poner después de todo lo que ha pasado? ¿De arrepentimiento, de me da igual todo, de vergüenza…? Esa es la más natural, la verdad.

Cojo la manta doblada del sillón, porque prometí devolverla y no soy de las que dejan las cosas pendientes, y salgo al rellano con la misma determinación y nervios con los que iría al dentista, sin entusiasmo pero aceptando que no hay más remedio.

Llamo al timbre. Espero. No pasa nada. Acerco la oreja a la puerta y no escucho ningún movimiento. Tal vez esté durmiendo. Me da igual. Llamo otra vez, por si acaso, aunque ya sé lo que hay. El silencio al otro lado de la puerta es el silencio inequívoco de un piso vacío, sin el murmullo de presencia que tienen los apartamentos cuando hay alguien dentro, aunque no haga ruido.

Está claro que no está en casa, y yo estoy bloqueada. Necesito mis cosas y hablar con mi hermano cuanto antes. Vaya sábado de mierda en la Gran Manzana. Espero un momento más en el rellano por si acaso, con la manta en los brazos, mirando la puerta blanca con una mezcla de alivio y frustración que dice cosas poco

halagadoras sobre mi estado mental actual. Me había preparado para el encuentro, había ensayado mentalmente una versión de mí misma que entraba, pedía el teléfono con naturalidad, preguntaba si Dani sabe algo y se marchaba sin que la situación tuviera más importancia. Y ahora no hay nadie a quien aplicar esa versión.

Vuelvo al apartamento de Dani con la manta en la mano. La dejo doblada sobre el sofá y me tumbo a su lado con los pies sobre el cojín del brazo, mirando el techo. La cabeza ha bajado otro escalón en la escala del dolor, lo que es un progreso objetivo, aunque modesto. Por la ventana entra una luz blanca y quieta de sábado por la tarde que no invita a nada en particular. Cierro los ojos. No sé cuánto tiempo pasa, aparte de que no llevo reloj ni tengo el móvil, porque me quedo medio dormida, mucho más relajada que esta mañana.

El timbre me despierta con un sobresalto que le manda un aviso inmediato y nada amable a la sien derecha, que se queja a base de un pinchazo agudo. Me incorporo despacio, parpadeando, y voy a la puerta con el pelo aplastado por el cojín del sofá.

Es Patrick. ¿Es que este hombre solo va a verme con mis peores *looks*? Qué desastre. En cambio, él va superelegante; lleva un abrigo azul, todavía puesto, que deja ver el cuello blanco de su camisa. Tiene pinta de que acaba de llegar. Sube el brazo y me enseña mi bolso. Sonrío aliviada y algo en el pecho se afloja con una intensidad que no me esperaba.

—Sara me lo dio hace un rato. Hemos comido juntos —dice, alargándolo hacia mí.

Lo cojo y lo abro sin esperar a que se vaya. El móvil está dentro, con la pantalla llena de notificaciones que no leo todavía, pero cuya cantidad ya me dice todo lo que necesito saber.

—Gracias —digo, y esta vez no añado que no se acostumbre porque no es el momento.

—Llama a tu hermano. Lo tienes desesperado —sonríe de medio lado.

—¿Has hablado con él? ¿Qué le has contado?

Hay una pausa muy breve durante la que respira profundo y apoya el hombro en el marco de la puerta. Estoy segura de que habrá estado en casa de mi hermano más veces que yo, pero no me vale como argumento para dejarlo entrar.

—Que saliste con nosotros anoche, que bebiste más de la cuenta, que no tenías las llaves y dormiste en el cuarto de invitados. —Me sostiene la mirada con tranquilidad—. Eso es lo que pasó.

—¿Y el resto?

—No hay resto que contar.

Tiene razón y lo sabe, y yo también lo sé. Asiento una vez más.

—De acuerdo.

Da un paso atrás, con las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, gracias.

—Que te mejores. No te preocupes por Dani, por mí no sabrá nada más.

Se gira y yo cierro la puerta antes de que la situación encuentre la manera de volverse más larga de lo que necesita ser. Ya me he tragado la vergüenza sin que me costara, gracias a que él ha sido amable. No sé qué esperaba, la verdad, ¿que se burlara de mí? Me siento en el sofá con el móvil en la mano y reviso las notificaciones despacio. Diez llamadas perdidas de Dani, muchos mensajes de texto y dos de voz. Leo primero los mensajes, antes de llamarle.

El primero, a las once de la noche: «*Oye, ¿llegaste bien? Avísame».*

El segundo, a las once y veinte: «*Libby. Llámame cuando puedas».*

Los siguientes son parecidos: *«¿Dónde te has metido? Espero que estés durmiendo», «¿Dónde estás? »,«¿Por qué no me has avisado? »,«Voy a pensar que estás en casa, porque ¿estás, verdad?».* El último es a las tres de la mañana. Ni idea de dónde estaba yo a esa hora.

El de voz lo escucho con el teléfono pegado a la oreja. La voz de Dani tiene ese punto de tensión contenida que reconozco de toda la vida, la que usa cuando está preocupado pero no quiere parecer exagerado.

«Soy yo. Son las dos pasadas y no sé nada de ti. Voy a llamar a Patrick. Tiene llaves de mi casa por si lo necesitas. ¡Llámame! Estoy preocupado».

El siguiente es a las seis de la madrugada. Creo que mi hermano no ha dormido por mi culpa y me siento fatal.

«Patrick me ha dicho que estás bien y que dormiste en su casa, que no tenías las llaves. Vale, me alegra saberlo, pero la próxima vez avísame tú, ¿eh? Llámame mañana».

Inspiro antes de marcar su número. Dani lo coge al segundo tono.

—Pero bueno —dice, sin saludar—. ¿Estás viva?

—Estoy viva.

—¿Y bien?

—Más o menos. Tengo una resaca considerable.

—Eso me han contado. —Hay un silencio breve y luego un suspiro que conozco perfectamente, el que suelta cuando ha estado preocupado y el alivio todavía no ha terminado de sustituir al cabreo —. Libby, son las cinco de la tarde del sábado.

—Lo sé —miento porque en realidad no tenía ni idea de la hora hasta que he recuperado el teléfono.

—No supe nada de ti en toda la noche. He estado muy preocupado. Me dices que andas sola por Nueva York y luego desapareces, ¿qué esperabas que pensara?

—Lo siento, Dani. Al llegar, entré en casa de Patrick, en la fiesta, y se me pasó llamarte. Luego estaba muerta y encima no tenía el móvil conmigo. De verdad que lo siento.

Otro silencio. Cuando habla de nuevo, su voz es más suave y cariñosa. Mi hermano nunca riñe con dureza. Lo hace con una calma que, en cierta manera, es peor, porque no te da nada contra lo que defenderte y me hace sentir muy culpable.

—¿Qué pasó exactamente?

—Lo que te he dicho. No pensaba ir a la fiesta de Patrick, pero resulta que conozco a su prima, ¿no es casualidad? Me vio y me convenció. Luego fuimos a un bar de jazz con su gente. Bebí más de lo que debía, lo sé, sabes que nunca bebo. Se me fue la mano con el champán, y cuando llegamos al edificio, me di cuenta de que había dejado el bolso en el bar con las llaves dentro. Patrick me acompañó y me dormí en su casa. En vez de despertarme, me dejó quedarme.

—¿En su casa?

—En el cuarto de invitados. —Hago una pausa en la que trato de adivinar qué está pensando Dani—. No pasó nada, si es lo que te preocupa.

—Eso me dijo.

—Porque es verdad.

—Ya sé que es verdad —dice Dani, y en su voz hay algo que suena más a conocer a su vecino que a dudar de mí—. Lo que me pregunto es cómo acabaste en ese estado con la reunión que tenías ayer.

—La reunión fue por la mañana.

—Ya, pero…

—Dani. —Me froto los ojos con el pulgar y el índice—. Fue un día largo. La reunión, los nervios, salir a celebrar que había ido bien... Se me fue un poco de las manos. No volverá a pasar.

—¿Fue bien la reunión?

—Creo que sí. Me dijeron que me llamarán durante la semana.

—Bien. —Y en esa sola palabra hay todo el orgullo de hermano mayor que Dani nunca hace explícito, pero que siempre está ahí—. Me alegro de oír eso.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana por la noche, si no hay más sorpresas en el rodaje. El lunes por la mañana estoy en casa.

—Te espero despierta, no te preocupes.

Se ríe, suave y breve.

—Descansa hoy. Bebe agua. Y, Libby…

—¿Qué?

—La próxima vez que salgas de noche en una ciudad que no conoces, avísame antes de dormirte en casa del vecino.

—Era el cuarto de invitados.

—Eso has dicho, sí.

—Dani.

—Buenas noches, peque.

Cuelga antes de que pueda responder, que es exactamente lo que habría hecho yo en su lugar. Me quedo con el teléfono en la mano, mirando la pantalla apagada. Por la ventana, la luz de la tarde empieza a cambiar de color, tirando ya hacia el naranja suave del final del día. En el sofá, a mi lado, la manta de Patrick sigue doblada donde la dejé, esperando a que alguien decida qué hacer con ella. Me la acerco a la nariz y aspiro el olor, el mismo que noté en su ropa y que me acunó por la noche. Cierro los ojos y sonrío al darme

cuenta de que ya no me duele la cabeza. Ahora a decidir qué hago el resto de la tarde y mañana. Todo el domingo para mí. Podría cocinar algo para Dani y pedirle así disculpas. O llamar a Sara, o… Es increíble estar en la ciudad que nunca duerme y no saber qué hacer.

10

Patrick

Las dos chicas son exactamente lo que buscaba cuando salí de casa.

Eso es lo primero que pienso cuando Tom me las presenta en el reservado del bar, pasada la medianoche. Siempre me admira la habilidad con las mujeres; le dije que necesitaba evadirme y él enseguida lo entendió. Estas chicas son guapas, las dos, con la típica belleza trabajada y consciente que se lleva a estos sitios precisamente para que alguien como yo la vea. La morena lleva un vestido que no deja demasiado a la imaginación y me mira con la sonrisa de la que ya sabe cómo va a terminar la noche. A eso he venido. La rubia habla poco y se ríe de todo lo que dice Tom, que es una táctica tan conocida como efectiva.

Me siento con ellos y pido un whisky con hielo. La morena, ¿Pam? ¿Sam? ¿Megan?, no me acuerdo, se me acerca tanto que casi puedo apoyar mi copa en su pecho, que no es pequeño. Sonrío, bebo, miro el bombón que tengo delante, sonrío de nuevo, vuelvo a beber y me pierdo en sus labios sugerentes, en su contoneo y en la forma de mover la boca al hablar, que más parece una llamada a la mía que una conversación. Pone la mano en mi muslo y doy un respingo, noto cómo la sube hacia mi entrepierna y yo, lejos de dejarme, me tenso. ¿No es lo que querías, Patrick?, me recuerdo. Me remuevo y me giro un poco como si quisiera decirle algo a Tom y lo veo morreándose con la rubia. Se supone que debería hacer lo mismo con Pam, Sam o como se llame. Así que me acerco y le muerdo el labio inferior. Ella sube el otro brazo para rodearme por el cuello y

veo un pequeño tatuaje que me hace pensar en la persona que pretendo sacar de mi cabeza. Y en algún punto entre el segundo y el tercer beso me doy cuenta de que no estoy aquí.

Sí, lo estoy físicamente, con la lengua de la chica en mi boca, con su mano en mi entrepierna y sus pechos rozando mi camisa, con un whisky en la mesa y la música demasiado alta. Pero hay una parte de mi cabeza que sigue en mi habitación de invitados, con Libby respirando despacio, su cuerpo cansado por el alcohol, también está en la puerta de mi amigo, con Libby medio vestida, sin intimidarse con mi presencia, mirándome con una calma que no es indiferencia, sino todo lo contrario, y esa parte no consigue apagarse por mucho whisky que le eche encima.

No lo entiendo. Eso es lo que más me descoloca, que no lo entiendo. No conozco a este Patrick que no está sintiendo nada con una mujer que muchos querrían llevar a su cama y, sin embargo, solo pienso en la fierecilla flacucha, desgarbada y deslenguada, que ocupa el piso de mi vecino.

Llevo años manejando esto con una claridad que me enorgullecía. Sé distinguir entre lo que quiero y lo que no quiero, entre lo que conviene y lo que no conviene, entre el deseo y la complicación. Es una habilidad que Lauren me regaló sin saberlo cuando me demostró que confundir las dos cosas tiene un precio que no estoy dispuesto a volver a pagar. Desde entonces el sistema funciona: hay mujeres que se acercan porque quieren al presidente de AI-2 Tech y hay momentos en que eso me basta para pasar una buena noche, sin expectativas de ninguno de los dos lados y sin que nadie salga herido.

El sistema esta noche no funciona, está claro. La morena se da cuenta, se separa un poco y pone la mano sobre la mía encima de la mesa; yo la miro un segundo antes de retirarla con suavidad, con la excusa de coger el vaso. Ella no pierde la sonrisa. Es una profesional del flirteo y mi falta de entusiasmo no la desarma, lo que en otras circunstancias habría encontrado admirable.

Esta noche solo me cansa. Tom me lanza una mirada desde el otro lado de la mesa, por encima de la cabeza rubia de su ligue. Es una mirada breve, casi imperceptible para quien no lo conozca, pero yo lo conozco desde los dieciséis años y sé leer cada milímetro de su cara. Esa mirada me pregunta *¿qué te pasa?*

Le devuelvo una que dice: *nada*.

La suya responde: *mentira*.

Me termino el whisky.

—Me voy —digo, cuando hay una pausa en la conversación.

Tom se separa de su chica y me mira.

—Ni siquiera es la una —dice.

—Lo sé.

—¿Vamos a otro sitio?

—No. Lo siento —le digo a la morena—. Debo irme. Otro día…

—Patrick. —Se acerca a mí y baja la voz mientras las chicas hablan entre ellas—. Llevas toda la noche en otro sitio.

—Estoy cansado. Apenas he dormido después de la fiesta.

—Ya. Y pretenderás que te crea. Tío, es sábado y tenemos a estas tías a tiro. ¿Qué más quieres? —Me mira con el gesto de paciencia exasperante que suele usar cuando decide que quiere llegar al fondo de algo—. Tío, te conozco. ¿Qué está pasando?

—Nada que no se arregle durmiendo. —Me levanto, saco la cartera y dejo un par de billetes sobre la mesa, suficiente para cubrir la noche entera—. Quedaos. Pasadlo bien.

La morena me mira desde su sitio con una sonrisa que ahora tiene un punto de pregunta.

—¿Te vas de verdad?

—De verdad. —Le sonrío, porque no tiene la culpa de nada—. Lo siento. Me pareces una tía estupenda, pero no estoy bien. No lo pasarías bien conmigo, no te lo mereces.

Salgo a la calle y el aire frío de la madrugada me recibe con una bofetada limpia que agradezco. Camino hasta la esquina, levanto la mano y en treinta segundos tengo un taxi. Me siento en el asiento trasero y me quedo observando Manhattan desfilar por la ventana sin pensar en nada concreto, o eso intento, mientras la ciudad me devuelve el mismo pulso de siempre, incansable y completamente indiferente a mis problemas.

En el edificio subo en el ascensor y me detengo un segundo frente a la puerta de Dani. Está cerrada y en silencio. Por supuesto que está cerrada y en silencio, es la una de la madrugada y Libby debe de llevar horas durmiendo como una persona normal que no tiene ningún motivo para estar despierta pensando en su vecino.

Entro en mi apartamento y me paro un momento en el recibidor, en la oscuridad, a dos pasos del detector automático que enciende la luz.

—Estoy cansado —digo en voz alta, para nadie.

Suena bastante poco convincente. Entro al salón y me sirvo otro whisky que, en lugar de adormecerme como esperaba, espabila lo que la morena despertó, solo que en mi cabeza hay otro rostro, otras manos que imagino tocando mi polla. En el sofá, abro el pantalón tras acabar la copa de un trago, y me masturbo como hacía tiempo. Dani me pidió las manos lejos de Libby, pero eso no cuenta para mi cabeza, que va por libre. ¿La deseo porque me gusta o porque no la puedo tener?

El domingo amanece con un cielo azul pálido que Nueva York parece reservar para los días en que no tiene intención de disculparse por nada. Lo veo desde la cama antes de que el despertador suene, con los ojos ya abiertos porque he dormido mal

y a estas alturas seguir en la cama es solo una forma de perder el tiempo.

Me pongo la ropa de correr y salgo, como la mayoría de los domingos. Podría decir que es un momento de soledad que adoro, pero a esta hora, en Nueva York, Central Park está en hora punta de corredores.

Aun así, reconozco que Central Park a primera hora del domingo es uno de los pocos sitios en Manhattan donde la ciudad respira de otra manera. Las calles de alrededor ya empiezan a llenarse de taxis y furgonetas de reparto, pero dentro del parque el aire tiene una calidad distinta, más limpia, casi improbable para una isla de cemento y cristal. Conozco el circuito de memoria, los mismos cuatro kilómetros de siempre, el mismo ritmo con el que empiezo despacio y acelero en la segunda vuelta cuando los pulmones ya han entrado en calor.

Corro y me siento bien, muy bien. El ritmo ayuda. Siempre ayuda. Hay algo en el impacto repetido del pie contra el asfalto que ordena las cosas, que las pone en su sitio con una eficiencia que ninguna conversación consigue igualar. Para cuando llevo un kilómetro y medio, ya he decidido tres cosas. Una es que Libby se irá en pocos días y esto no va a ningún sitio. Dos, que Dani llega esta noche y mañana todo vuelve a la normalidad. Y tres, que lo que sentí en el sofá anoche fue el resultado de una semana rara, demasiado vino y la novedad de una mujer que no encaja en ningún molde conocido. Nada más.

Las tres conclusiones me parecen sólidas y razonables.

Las tres duran exactamente hasta que la veo.

Está sentada en un banco a unos veinte metros, con los codos apoyados en las rodillas y la vista puesta en el estanque que tiene delante. Lleva una chaqueta azul marino que no es suficiente para la temperatura de esta mañana, a juzgar por cómo tiene los hombros ligeramente encogidos, y el pelo suelto le cae por la espalda con el mismo desorden que tiene siempre, como si hubiera decidido hace

tiempo que el pelo puede hacer lo que le dé la gana. Tiene el móvil en la mano, pero no lo mira. Solo observa el agua.

Hay algo en esa imagen que me detiene antes de que yo lo decida. La observo un momento desde donde estoy, con la respiración todavía acelerada por la carrera y el pulso que no termina de bajar, aunque empiezo a sospechar que no es solo por los kilómetros. Libby no sabe que estoy aquí. Podría seguir corriendo y no se daría cuenta. El circuito continúa hacia la izquierda y en veinte pasos habría dejado el banco atrás sin que ella levantara la vista.

Me acerco, a pesar de haber decidido lo contrario.

—¿Qué hace una chica de Minnesota sola en Central Park a las ocho de la mañana? —digo, cuando estoy lo suficientemente cerca para que me oiga sin que tenga que gritar.

Se gira despacio, sin el sobresalto que habría tenido otra persona. Me mira con la misma calma que es característica en Dani.

—Pensar —dice.

—¿En qué?

—En mis cosas. —Baja la vista a mi ropa de correr—. ¿Sales a correr todos los domingos?

—Casi todos.

—¿Y siempre por aquí?

—Siempre.

—Qué mala suerte la mía, entonces. —Pero no aparta los ojos.

Me siento a su lado en el banco sin preguntar, porque ya hemos establecido que pedirle permiso para cosas razonables con ella es una pérdida de tiempo. El banco es de madera fría y está húmedo por el rocío de la mañana. Libby no se mueve para darme más espacio, lo que significa que nuestros brazos quedan a un centímetro

el uno del otro con el contacto sin llegar a producirse, que es exactamente el tipo de distancia más incómoda que existe.

—¿No tienes frío? —pregunto, mirando su chaqueta.

—Un poco.

—Esa chaqueta no abriga nada.

—Ya lo sé, pero es la que tenía más a mano.

—¿A qué hora has salido?

—Hace media hora. No quería irme de Nueva York sin correr por Central Park.

La miro de reojo. Ella sigue con la vista en el estanque, donde dos patos navegan con la indiferencia soberana de quien no tiene ningún problema pendiente.

—¿Y qué tal la experiencia?

—Regular. Correr no es lo mío.

—Ya no tienes resaca. —Me mira con cara de sorpresa. Seguramente esperaba algo sobre lo bueno de correr y he cambiado de tema de golpe.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tienes un color en la cara que no tenías ayer.

Se gira hacia mí entonces, despacio, y me mira con una expresión que no sé leer, siempre tan intrigante, pero que me hace consciente de repente de que llevamos dos días acumulando cosas sin nombre y que el banco en el que estamos sentados es demasiado pequeño para todo lo que hay entre los dos sin que ninguno lo haya dicho.

—¿Y tú? —dice—. ¿Has dormido bien?

—Razonablemente.

—Bien —dice sin más y yo me muerdo la lengua cuando me asaltan los recuerdos de la noche que he pasado fantaseando con

ella.

Ninguno añade nada y eso me pone algo nervioso. Pienso que este es un silencio embarazoso entre dos personas que se conocen poco y que, a la vez, tienen demasiado que decirse, al menos por mi parte. Ella se mueve ligeramente cuando un perro pasa corriendo frente al banco persiguiendo algo invisible y su dueño le grita desde lejos con más esperanza que convicción. Libby lo sigue con la mirada y sonríe, una sonrisa pequeña y espontánea que no va dirigida a nadie, y durante ese segundo en que no sabe que la estoy mirando, hay algo en su cara que es completamente diferente a todo lo que me ha mostrado hasta ahora. Sin embargo, dejo de mirarla cuando me doy cuenta de que llevo un rato sin acordarme de que está prohibida.

—Te invito a desayunar. Estás helada, necesitas entrar en calor.

Me mira desconcertada. Es posible que no se lo esperara.

—Sabes que no tienes que encargarte de mí, sea lo que sea lo que te haya pedido Dani, ¿verdad?

—Venga, hay un sitio a cinco minutos. Voy todos los domingos, no tiene que decirme Dani lo que debo hacer. —Sonríe. Eso es que acepta.

—¿Es bueno?

—El mejor de la zona.

—¿Lo dices porque es verdad o porque es el único que conoces?

—Las dos cosas pueden ser compatibles.

Se levanta del banco, se sacude los pantalones con un gesto práctico y se pone de pie frente a mí con el pelo revuelto por el aire de la mañana y los ojos más despiertos que hace diez minutos. Tiene un punto de color en las mejillas que es del frío, y no del vino, y que le queda, aunque no voy a decirlo, considerablemente bien.

—¿Vamos? —dice, como evaluando si la oferta es aceptable.

Echamos a andar por el camino del parque, los dos en paralelo con esa distancia que ya se ha convertido en nuestra distancia, ni demasiado lejos ni lo suficientemente cerca para que nadie pueda decir nada, y el domingo se extiende por delante con la calidad abierta e improbable de los días que no tienen todavía ningún plan decidido.

Dani llega esta noche. Lo sé. Ella lo sabe. Y los dos caminamos un poco más despacio de lo necesario para llegar a un sitio que está a cinco minutos.

El sitio se llama Sundays, que me parece un nombre excesivamente literal para el local al que voy cada domingo, pero el café es el mejor del barrio y los huevos revueltos justifican solos los cinco minutos de paseo. Nos dan una mesa junto a la ventana desde la que se ve la calle todavía medio dormida, y Libby estudia la carta con una concentración que no le conocía aún, como si la elección del desayuno fuera una decisión que merece tomarse en serio.

—¿Qué me recomiendas? —pregunta sin levantar la vista.

—Los huevos Benedictine, o la tostada de aguacate, si prefieres algo más ligero.

—¿Tú qué vas a pedir?

—Los huevos.

—Pues yo también.

Deja la carta sobre la mesa y me mira como si lanzara dardos, pero ya no me descoloca tanto como los primeros días, aunque sigo sin estar completamente inmunizado.

—¿Cuánto tiempo lleváis sin veros tú y Dani? —pregunto.

—Desde verano. —Coge el café que acaba de traer el camarero y lo envuelve con las dos manos—. Vivimos lejos. Él acabó aquí, yo me quedé en Minnesota cerca de mis padres. Nos vemos cuando podemos, que nunca es suficiente.

—¿Y tus padres están bien?

—Muy bien. Mi madre lleva años diciéndole a Dani que se vuelva, pero él ya tiene su vida aquí. —Hace una pausa—. ¿De verdad no sabías que existía?

—¿Perdona?

—Que si Dani nunca te habló de mí. Somos hermanos, no primos lejanos.

—Dani habla poco de su vida personal. Es la persona más reservada que conozco.

Libby suelta una carcajada corta y genuina.

—Eso sí es verdad. De pequeño era igual. Mi madre decía que guardar secretos se le daba mejor que respirar. —Bebe un sorbo—. ¿Y nunca preguntaste?

—¿Por qué iba a preguntar si tenía hermanos?

—No sé, por conversación. Por conocerle.

—Ya te digo que Dani no da mucho margen para ese tipo de conversación.

—No, eso también es verdad. —Sonríe para sí misma con la ternura contenida de quien quiere mucho a alguien y lleva años acostumbrada a sus manías—. ¿Cuánto tiempo lleváis siendo amigos?

—Cuatro años. Desde que se mudó al edificio.

—¿Y en cuatro años nunca mencionó que tenía una hermana pequeña?

—En general habla de la familia de Minnesota sin especificar, sobre todo cuando va a veros. Nada más.

Me mira con una expresión entre divertida e indignada que claramente va dirigida a su hermano y no a mí.

—Voy a matarle —murmura.

—Es su forma de ser. No lo hace con mala intención.

—Lo sé. —Pincha el huevo con el tenedor—. Es que a veces me pregunto si le da vergüenza o qué.

—No creo que sea eso.

—¿Entonces?

—Creo que compartimenta. Tiene su vida aquí y su vida allí y no las mezcla. No es nada personal. O que te quiere proteger demasiado.

Libby me mira un momento con una expresión que no termino de leer.

—Tú le defiendes mucho para ser alguien que dice que no sabe nada de él.

—Lo conozco lo suficiente para saber cómo funciona.

—¿Y cómo funciono yo? —Lo dice con una ligereza que no es del todo inocente—. ¿También lo sabes ya?

El camarero pasa a rellenar el café y los dos bajamos la vista un momento. Cuando vuelvo a mirarla, está dando vueltas a la cucharilla despacio, con la misma calma que su hermano y que ya sé que los dos usan cuando están pensando.

—Todavía no —digo.

—Bien. —Levanta la vista—. Tampoco soy fácil. ¿Tú tienes hermanos?

—No, soy hijo único. Sara es como si fuera mi hermana, nos hemos criado juntos.

—¿Ves? Ella nunca me habló de su primo, que yo recuerde—. Se lleva el tenedor a la boca, le cae un poco de huevo por la comisura y me tengo que agarrar a la taza para no seguir el impulso de limpiarla con mis dedos. —Gracias por lo del viernes.

—No hace falta que me las des. Ya me había olvidado —le guiño un ojo; es mi manera de decirle que no le contaré nada a Dani.

—Te fastidié la noche. Lo siento.

—No te preocupes, hay días que no salen como uno tiene previsto.

—¿Y eso te molesta? ¿Que las cosas no salgan como tienes previsto?

—Depende de lo que sea.

—Lo del viernes, obvio.

La frase se queda flotando entre los dos con el vapor del café. Libby me mira por encima del borde de la taza con una expresión que no es tan inocente como parece, aunque tampoco estoy seguro de que sea completamente consciente de lo que está preguntando. Dudo que recuerde cómo se me insinuaba y las cosas que me dijo.

O quizá sí lo es. Con ella nunca estoy del todo seguro.

—Eso —digo despacio, con la voz algo más ronca de lo normal— todavía no sé cómo clasificarlo.

Hay un silencio breve en el que algo cambia en su expresión, algo muy pequeño que no habría visto si no llevara tres días aprendiendo a mirarla.

Son casi las once cuando salimos de Sundays a una calle que ya ha despertado del todo. Caminamos de vuelta al edificio con una lentitud que ninguno de los dos propone, pero que los dos mantenemos, y la conversación ha derivado hacia territorios más tranquilos, su trabajo, el proyecto que le tiene nerviosa, Minnesota, la diferencia entre vivir en un sitio y pertenecer a él.

—¿Tú perteneces a Nueva York? —me pregunta.

—Nací aquí.

—Eso no es lo mismo.

—No —admito—. Pero sí. Creo que sí.

—¿Y nunca has querido irte?

—Alguna vez. Cuando era más joven, pensaba que vivir en otro sitio me haría ser otra persona.

—¿Y?

—Estuve unos años por Europa, con intención de quedarme. Pero volví. Mi padre enfermó y debía coger las riendas de la empresa. Descubrí que uno es la misma persona en todos los sitios, lo cual es una noticia a la vez tranquilizadora y algo decepcionante.

Se ríe. Una risa corta y limpia que le sale sin avisar y que hace que un par de personas que pasan por la acera se giren sin saber muy bien por qué.

Llegamos al edificio. Subimos en el ascensor con ese silencio cargado que ya es nuestro, y en el rellano nos detenemos frente a la puerta de Dani con la mañana todavía entre los dos y ninguno con prisa por terminarla.

—Gracias por el desayuno —dice.

—Ha pagado cada uno el suyo.

—Ya, pero el sitio era tuyo.

—De nada entonces.

Saca la llave, la mete en la cerradura y, entonces, se da cuenta de que la puerta ya está abierta, con el picaporte cediendo solo bajo su mano. Frunce el ceño.

—¿La dejé abierta esta mañana?

—No lo sé.

Entra. La sigo porque algo en el gesto me dice que es lo que toca, no sea que alguien se haya colado en su casa. El apartamento de Dani es más pequeño que el mío, y tiene la calidez desordenada de los pisos que están habitados de verdad. Hay una chaqueta sobre el

sofá que no reconozco y una maleta a medio abrir junto a la puerta del dormitorio.

Libby se detiene en mitad del salón.

—¡La maleta de Dani! Ha llegado antes.

No da tiempo a más. La puerta del baño se abre y Daniel, al que conozco desde hace cuatro años y al que tengo en suficiente estima como para guardar las llaves de su piso, sale en camiseta con el pelo mojado y una expresión que recorre en décimas de segundo la sorpresa, el reconocimiento y algo que no me gusta nada.

Se queda mirando a su hermana. Luego me mira a mí. Y después mira el espacio que hay entre los dos, que en este momento es de aproximadamente cuarenta centímetros, y hace el tipo de cálculo silencioso que hacen los hermanos mayores cuando llegan antes de lo esperado y encuentran lo que no querían encontrar.

—Dani —dice Libby, con una voz que intenta sonar normal y no del todo lo consigue—. ¡Has llegado antes!

Corre hacia él y lo abraza. Los celos se apoderan de mí por sorpresa.

—El rodaje terminó anoche —dice él, sin apartar los ojos de mí por encima del hombro de Libby—. Cogí el primer vuelo. Me tenías preocupado, peque.

—Qué bien —dice ella sin dejar de darle besos en la mejilla. Otro pinchazo de envidia me recorre el pecho.

—Sí —dice él.

—Venimos de desayunar —digo, porque alguien tiene que decir algo y prefiero que sea yo—. Me la encontré corriendo en Central Park.

—No estaba corriendo —dice Libby—. Estaba sentada.

—Estabas en el parque —corrijo.

—En un banco —sigue con la broma.

Dani nos mira alternativamente con la expresión de alguien que está escuchando una explicación que no ha pedido y que eso en sí mismo ya le dice bastante.

—¿Y habéis desayunado? —pregunta, aunque ya se lo hemos dicho, señalando con la barbilla la bolsita de papel que Libby lleva con los restos de la magdalena que se ha traído a mitad.

—Sí—dice ella—. En un sitio del barrio, el Sundays. Buenísimo. ¿Lo conoces?

—Solo hemos desayunado —añado sin necesidad porque ya me temo lo que está pensando.

—Solo —repite él.

—Dani.

—Libby. —La voz de su hermano es ahora más suave y ya no tiene nada de la sorpresa del principio—. ¿Nos dejas solos un momento?

—Para —dice ella, y hay algo en su voz que corta el aire—. Para ahora mismo.

—Libby… Solo quiero que…

—Que qué, Dani. —Da un paso hacia su hermano con los brazos cruzados y los ojos muy quietos. Se masca el peligro—. ¿Que qué exactamente? ¿Qué he hecho mal? ¿Salir a dar un paseo? ¿Desayunar con tu amigo?

—No he dicho que hayas hecho nada mal.

—Tu cara sí lo dice.

—Mi cara no dice nada.

—Tu cara dice muchísimas cosas, llevas veintisiete años siendo mi hermano y sé leerla perfectamente.

Me quedo donde estoy, que es pegado a la pared junto a la puerta, en el lugar más discreto disponible, con la esperanza

razonable de que, si no me muevo, ninguno de los dos se acuerde de que estoy aquí. Pero no funciona.

—Patrick. —Dani me mira con la calma que conozco tan bien y que no presagia nada bueno—. Te pedí que cuidaras de ella.

—Y lo he hecho.

—No, te has pasado, tío. ¿Qué quieres que piense? Llego a las ocho de la mañana y ella no está y aparece contigo, con esa actitud… —Parece que ni él sabe qué decir—, con esa actitud. Te has pasado.

—No lo creo. Déjame que me duche y hablamos luego.

—¿No lo crees? —Señala el espacio entre los dos con un gesto que abarca demasiado—. Parecéis muy amigos de pronto.

—Solo ha sido un desayuno, Dani. Y por casualidad.

—¡Exactamente! —interviene Libby, con una energía que llena el apartamento entero—. Un desayuno. D-E-S-A-Y-U-N-O. Pan, huevos, café. No es un delito, Dani, por Dios.

—No he dicho que lo sea.

—Pues deja de decir tonterías porque no soy una cría de catorce años a la que hay que vigilar y no necesito que ni tú ni nadie me diga con quién puedo desayunar.

Dani abre la boca, la mira con desconcierto y luego con cariño. Es increíble lo que cambia cuando está ella.

—Solo me preocupo por ti. Y ya sabes por qué.

—Ya lo sé. —La voz de Libby también se suaviza, aunque sigue tensa—. Pero hay una diferencia entre preocuparse y tratar a alguien como si no supiera lo que hace.

—No te trato como si no supieras lo que haces.

—No lo parece.

Se abrazan y Libby suelta un sollozo que me conmueve. Me muevo hacia la puerta con el mismo sigilo que usaría para salir de una habitación donde hay un animal que no quiero asustar.

—Me voy. Bienvenido, Dani.

Me mira.

—Luego hablamos.

—Cuando quieras —respondo.

Salgo al rellano y cierro la puerta detrás de mí con cuidado y la duda clavada en el pecho. ¿De qué estaban hablando realmente?

11

Libby

Dani duerme dos horas en el sofá como si llevara una semana sin hacerlo, que probablemente sea verdad. Lo observo desde el sillón, con el libro que estoy leyendo en la mano, y pienso que mi hermano mayor, al que todo el mundo describe como sereno y reflexivo, ronca como un oso pardo en hibernación. Nadie lo diría viéndole trabajar.

Me levanto sin hacer ruido, voy a la cocina y me preparo un té que no me apetece demasiado, pero que me da algo que hacer con las manos mientras espero a que se despierte y me explique qué es exactamente lo que sabe de Patrick que yo no sé, porque esa frase lleva dos horas dándome vueltas y no pienso dejarla pasar.

Cuando por fin abre los ojos tiene el pelo aplastado por el cojín y la marca roja de la costura en la mejilla y aun así me mira con esa placidez de quien ha descansado exactamente lo que necesitaba.

—¿Cuánto he dormido?

—Casi dos horas.

—Bien. —Se incorpora despacio, estira los brazos por encima de la cabeza con un crujido que recorre toda la columna—. ¿Tienes hambre?

—Desde hace una hora.

—Vamos a comer fuera. Sé de un sitio que te va a encantar. Prepárate que salimos en diez minutos.

El sitio resulta ser una trattoria italiana en el West Village tan pequeña que las mesas casi se tocan entre sí y la decoración no ha cambiado desde que alguien decidió en 1987 que los manteles de cuadros rojos y blancos eran una buena idea y aparentemente nadie le ha llevado la contraria desde entonces. Huele a ajo y a tomate desde la calle, antes incluso de que Dani abra la puerta, y ya sé que me gusta sin haber entrado todavía.

El camarero lo saluda por su nombre y le pregunta por el rodaje y Dani le responde en un italiano tan básico y tan confiado que me hace gracia, y nos da la mesa junto a la ventana sin que nadie la pida. Cojo el menú y lo dejo sin abrirlo porque el olor ya me ha dicho todo lo que necesito saber.

—¿Siempre pides lo mismo? —le pregunto, mirando cómo él también deja el menú sin consultarlo.

—Los *rigatoni alla norma* desde el primer día que vine. Nunca me han decepcionado. —Me mira—. En la vida hay pocas certezas, Libby. Hay que aferrarse a las que funcionan.

—Qué profundo para ser un hombre con la marca del cojín en la cara.

Se la toca con los dedos y suelta una carcajada.

Pedimos, nos traen pan y vino, y durante un rato estamos simplemente los dos sin que ninguno sienta la necesidad de hablar por hablar, que es una de las cosas que más me gustan de Dani, que con él el silencio no hay que forzar la conversación. Fuera, el West Village pasa a su ritmo de domingo, veo pasear parejas con perros, grupos de amigos y, al otro lado de la calle, en un banco, alguien que lee el periódico con una concentración que parece casi religiosa.

—Te he echado de menos —confieso.

—Yo a ti más. —Parte un trozo de pan y me lo pasa—. Siento lo de esta semana. No era el plan.

—No pasa nada. Me las arreglé.

—Eso lo tengo clarísimo, peque.

Y ahí está otra vez, ese tono que no es reproche pero que tampoco es neutral. Lo miro un segundo y él sostiene la mirada sin pestañear, que es lo que hace Dani cuando quiere que sepas que sabe algo pero ha decidido esperar a que saques tú el tema si de verdad te interesa. Si no lo haces, lo deja pasar.

—¿Qué sabes exactamente? —pregunto con retintín.

—Lo suficiente.

—Dani, que te conozco. Suéltalo ya.

—Libby. —Bebe un sorbo de vino con una calma que en este momento me resulta bastante irritante—. Que dormiste en su casa, que Sara recogió el bolso, que saliste con ellos al bar de jazz. Nada que no me hayas contado tú.

—Entonces no hay nada de qué hablar. Ya lo sabes todo.

—No he dicho que haya nada de qué hablar.

—Pues tú dirás, aunque creo que sacas las cosas de quicio.

—Estoy masticando. —Señala la cesta del pan—. ¿Quieres más?

—No quiero más pan, quiero que me digas qué es lo que sabes de Patrick que crees que yo no sé, porque lo dijiste antes y luego te quedaste dormido y llevo dos horas pensando en ello.

Deja la copa sobre la mesa despacio. Fuera pasa un autobús y la luz cambia un momento en el restaurante y luego vuelve a ser la misma de antes. Dani me mira con una expresión que conozco de toda la vida, la que pone cuando tiene que decir algo de lo que no le apetece hablar, pero sabe que si no lo hace, yo se lo voy a sacar de todas formas.

—Patrick es mi mejor amigo aquí —empieza—. Y es un buen tío, te lo juro, no te lo diría si no lo creyera. Pero lleva años con el mismo patrón con las mujeres. Aparecen, desaparecen, y él sigue exactamente igual que antes. Ninguna dura más de una semana. No

porque sean malas personas ni porque les haga nada malo, sino porque no deja entrar a nadie. Para él son de usar y tirar. Lo aprecio muchísimo, pero en ese aspecto me da repulsión. Y él lo sabe. Desde lo de Lauren cerró algo por dentro y no lo ha vuelto a abrir.

—¿Quién es Lauren?

—Una novia con la que estuvo dos años. Él pensaba que era la definitiva y resultó que ella estaba más interesada en lo que él tenía que en lo que él era. Cuando se enteró, lo pasó muy mal. —Hace una pausa—. Y desde entonces prefiere no arriesgarse. Ha dejado de confiar, dice.

—Vaya —digo, porque no se me ocurre nada mejor.

—No te lo cuento para que lo entiendas ni para que lo justifiques. Te lo cuento porque no quiero que seas una más en esa lista, especialmente ahora.

—¿Especialmente ahora por qué?

Me mira un momento, como midiendo cómo tirar el dardo que me va a lanzar.

—Porque acabas de salir de dos años con Russell y no necesitas otro tío que te trate bien tres días y luego la joda, o desaparezca como si nada.

El nombre de Russell en boca de Dani tiene siempre ese efecto de agua fría a la que una no termina de acostumbrarse por mucho que se repita. No porque me duela, que ya no lo hace, sino porque me recuerda que hubo un tiempo en que sí me dolía muchísimo y que ese tiempo no está tan lejos como a veces me parece.

—Russell y Patrick no tienen nada que ver —digo.

—No, son distintos. Russell era tóxico y manipulador y me alegro de que lo hayas dejado. Patrick no es nada de eso y no tienen el mismo problema. Pero el resultado puede ser el mismo para ti si te enganchas a alguien que no va a darte lo que quieres.

—Nadie se ha enganchado a nadie, Dani. Nos acabamos de conocer y solo hemos hablado un par de veces. Estás haciendo un castillo con dos granos de arena. Te preocupas demasiado, a ver si ahora resulta que debo encerrarme en una urna para no conocer a otro imbécil como Russell.

—Ya lo sé. Prefiero exagerar a ver cómo te hacen daño. Por eso te lo digo ahora y no cuando sea demasiado tarde. Sé lo atractivo que es Patrick para las tías y no quiero que te encapriches.

—Solo ha sido amable conmigo. Nada más. Y creo recordar que se lo pediste tú.

—No debía hacerlo, pero estaba preocupado por dejarte sola. Sí, es muy amable, ahí está el peligro. Lo es mientras tenga lo que quiere y luego desaparece.

Llegan los platos y los dos bajamos la vista con un alivio silencioso en agradecimiento a la interrupción. Los *rigatoni* huelen exactamente como tiene que oler la pasta cuando alguien sabe lo que está haciendo y entiendo perfectamente por qué Dani lleva años pidiendo lo mismo.

Comemos un rato sin hablar. La conversación se ha quedado flotando entre los dos sin resolverse, y está bien; no siento la necesidad de seguir tirando de ella ahora mismo. Hay cosas que se dicen y luego necesitan tiempo para asentarse, y esta es una de ellas.

—¿Y la entrevista? —pregunta Dani en algún momento, cuando los platos están casi vacíos y el vino ha bajado hasta la mitad.

—Bien, creo. Esta semana me llaman.

—Ya, me lo dijiste. Te preguntaba cómo te sentiste tú.

—Bastante segura, la verdad. Creo que fue bien.

—¿Seguirás aquí si te dan el proyecto?

—Dependerá de las condiciones.

—¿Y de si te gusta la ciudad?

—También.

—¿Y te gusta?

Lo pienso un momento de verdad, sin la respuesta automática que uno da cuando le preguntan si le gusta un sitio nuevo.

—Me está gustando más de lo que esperaba —digo—. Aunque ha sido una semana bastante rara para empezar.

—Un poco, sí. —Sonríe—. La culpa es mía por no estar.

—La culpa es de los actores caprichosos que alargan los rodajes.

—También —se ríe y eso me alivia—. Puedes quedarte en mi casa, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Gracias.

Pedimos el postre porque Dani insiste en que la tarta de queso es obligatoria y no se equivoca, y después salimos a la calle con la lentitud que da el haber comido bien y no tener ninguna prisa por llegar a ningún sitio.

Paseamos durante casi dos horas. Dani conoce el West Village como si llevara toda la vida aquí, de hecho, vivió en el barrio antes de mudarse al edificio de Patrick, y me lo va enseñando con esa mezcla de orgullo y afecto de quien ha hecho suyo un sitio que al principio también era desconocido. Su librería preferida, un parque pequeño que casi no se ve desde la calle, el puesto de flores que abre solo los domingos y otros rincones de los que disfruta cada vez que viene. Le escucho y le miro y pienso que mi hermano ha construido una vida entera aquí, lejos de Minnesota, lejos de nuestra madre que le llama todos los domingos y le pregunta cuándo vuelve, y que esa vida le sienta bien aunque a veces eche de menos la otra.

En algún momento se mete en una librería a recoger un libro que ha encargado y me quedo fuera sentada en un banco con el sol de la tarde dándome en la cara. Saco el móvil sin ninguna intención

concreta, lo juro, solo para ver si tengo mensajes, y el dedo va solo hasta el buscador antes de que yo tome ninguna decisión consciente al respecto.

Patrick Castner.

El perfil de Instagram es verificado y tiene ciento veinte mil seguidores, lo que me parece una cantidad absurda para alguien que vive en el mismo rellano que mi hermano. Las fotos son escasas y elegantes, eventos, paisajes desde el ventanal del ático, alguna foto con Tom que reconozco del bar de jazz. Nada íntimo, nada que revele gran cosa.

Bajo despacio.

Tres semanas atrás, una chica morena con una sonrisa que llena toda la foto lo ha etiquetado en una imagen desde un restaurante que debe ser de lujo por lo poco que veo. La foto en sí no dice nada especialmente relevante. Lo que dice algo son los comentarios debajo, donde otras dos chicas con fotos similares de meses anteriores han respondido con el mismo emoji de corazón negro, y hay en ese pequeño intercambio una familiaridad que habla por sí sola sin necesidad de que nadie añada nada más.

Cierro Instagram.

Lo abro y miro la foto otra vez. Vuelvo a cerrar con un nudo en el pecho.

Dani sale de la librería con una bolsa y la expresión satisfecha que cambia en cuanto me ve.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Se sienta a mi lado, mira mi móvil que tengo boca abajo sobre el muslo, y luego me mira a mí con la paciencia infinita del que lleva veintisiete años siendo mi hermano y sabe perfectamente cuándo estoy mintiendo. Le doy el móvil sin decir nada. Lo mira un momento, los comentarios, las fotos anteriores, y me lo devuelve

con gesto de saber que esperaba encontrar exactamente eso y no le alegra haberlo adivinado.

—Así que sí —digo.

—Así que sí —confirma.

—Todas esas chicas.

—No todas al mismo tiempo, que conste.

—Dani. —Mi tono de reproche no deja lugar a dudas.

—Perdona, no era el momento.

Me río a pesar de todo, una risa breve y algo torcida, y él me pasa el brazo por los hombros y me aprieta un momento sin decir nada, que es la mejor versión de Dani, la que no necesita palabras para decir lo que hay que decir.

—No iba a pasar nada —digo al fin.

—Ya lo sé.

—En serio. Solo ha sido un desayuno.

—Libby, no tienes que convencerme a mí. Quiero que disfrutes de esta ciudad y de tu vida, sin que te hagan daño.

Me quedo callada un momento mirando la calle. Una pareja pasa discutiendo en voz baja con una intensidad que me indica que llevan un rato dando vueltas a lo mismo y ninguno de los dos quiere ceder. ¿Quiero yo ceder ante la evidencia de lo que me cuenta Dani? La observo hasta que doblan la esquina y desaparecen, dejándome una sensación de alivio que me desconcierta.

—¿Por eso insististe en que viniera? —pregunto—. ¿Por Russell?

—En parte. —Me mira de frente—. Minnesota está llena de él. Sus amigos, los bares de siempre, la gente que os vio juntos dos años. Necesitabas un sitio donde respirar sin tropezarte con su sombra a cada paso.

—Ya no me afecta.

—Lo sé. Pero hay una diferencia entre que no te afecte y que todavía estés en el mismo sitio donde ocurrió todo. El aire es distinto cuando cambias de ciudad, aunque sea por un tiempo.

Tiene razón y lo sabe, y yo también lo sé, así que no lo discuto.

—Dos años con ese tío —murmura Dani, más para sí mismo que para mí.

—Ya está. No quiero hablar de Russell. Es agua pasada.

—Bien. No hablamos de él.

—Ni de Patrick.

Hace una pausa muy pequeña, durante la que parece que va a brotar una sonrisa, pero la corta.

—Tampoco de Patrick —acepta.

—Quiero pasar dos días contigo viendo Nueva York de verdad. Sin complicaciones extra.

—Sin complicaciones —repite, y se levanta tendiéndome la mano para ayudarme—. Mañana te llevo al MoMA y al High Line y a comer los mejores *bagels* de la ciudad.

—¿Y esta tarde?

—Esta tarde hay partido y no pienso perdérmelo.

—Qué romántico.

—Eso es lo que hay con los hermanos, Libby. —Me lanza el brazo por encima de los hombros mientras echamos a andar—. Autenticidad sin filtros.

Camino a su lado por las calles del West Village con el sol bajando ya hacia los edificios del oeste, el móvil en el bolsillo y la foto de la chica morena guardada en algún rincón de la cabeza donde no molesta demasiado, pero tampoco desaparece del todo. No debería importarme qué haga Patrick con su vida. O al menos eso intento,

que en esto, como en casi todo, la intención y el resultado no siempre coinciden.

12

Libby

La llamada me pilla en el baño, con el pelo envuelto en la toalla y la crema de la cara a medio poner, que es exactamente como una no quiere recibir la noticia que puede cambiarle la vida.

Es Helen, la directora de recursos humanos de la central, que me habla con una voz que suena como si estuviera leyendo un comunicado oficial, y que usa incluso cuando te pregunta si quieres azúcar en el café.

—Liberty, queremos ofrecerte el puesto. —Hace una pausa breve, del tipo que usan las personas acostumbradas a dar buenas noticias y que saben que el silencio forma parte del efecto que quieren causar—. El proyecto es tuyo si lo quieres, con la condición de que te mudes a Nueva York.

Me quedo mirando mi reflejo en el espejo del baño. La crema de cara a medio extender, la toalla en la cabeza ladeada, los ojos muy abiertos. No es exactamente la imagen de una profesional que acaba de conseguir el proyecto de su vida.

—Sí —digo, antes de que mi cabeza tenga tiempo de organizar ningún argumento en contra—. Lo quiero. Gracias por valorar mi trabajo.

Helen me da detalles que escucho con la mitad de la atención porque la otra mitad está procesando lo que acabo de hacer. Fecha de incorporación, contrato, alojamiento temporal que la empresa cubre el primer mes mientras encuentro piso, aunque eso debo hablarlo con Dani. Digo que sí a todo. Cuelgo y me quedo con el

móvil en la mano mirando el espejo otros treinta segundos más. Lo he conseguido. Acabo de decidir que me quedo a vivir en Nueva York y doy carpetazo a mi vida en Minnesota.

Nueva York. Indefinidamente, de momento.

Me siento en el borde de la bañera porque las piernas han tomado la decisión de no seguir sosteniéndome y me parece una decisión razonable dadas las circunstancias. Es una promoción, es más dinero y, como dice mi hermano con toda la razón, está lejos de la persona que me ha hecho sufrir. No huyo, solo miro por mí, que ya es hora. Sacrifico estar cerca de mi familia y amigas, de todo lo que he conocido, excepto los años de universidad. No sacrifico nada por otra persona, lo hago por mí y solo por mí, haciendo lo que significa mi nombre: libertad. El baño de Dani es pequeño y el borde de la bañera no es el lugar más glamuroso del mundo para tener una revelación vital, pero aquí estamos.

Pienso en Minnesota. En mi piso, en mis amigas, en el café de la esquina donde me conocen el pedido de memoria. Pienso en Russell, que sigue en esa ciudad con sus amigos y sus bares y su manera de aparecer en los sitios donde menos te lo esperas, y en cómo los últimos meses he aprendido a calcular rutas alternativas para no cruzarme con él como si mi propia ciudad fuera un campo de minas.

Y pienso en que aquí llevo cuatro días y todavía no he tenido que calcular ninguna ruta alternativa.

Me levanto. Termino de extender la crema. Me quito la toalla del pelo y lo dejo caer sobre los hombros. Y entonces, sin que sea exactamente una decisión consciente, pienso en Patrick.

Debería concentrarme en el trabajo, en hablar con mis padres, organizar la mudanza, en el piso que tengo que buscar o plantearme vivir con Dani. Sin embargo, pienso en Patrick. Es la primera cara que me viene a la cabeza cuando me planteo contarle esto a alguien, y ese dato, pequeño e involuntario y completamente inoportuno, me para en seco delante del espejo con la toalla en la mano, porque solo hace cuatro días que lo conozco.

Sacudo la cabeza, me pongo lo primero que encuentro, vaqueros y el jersey azul, y salgo al pasillo. Dani está en un rodaje, tiene un imprevisto de última hora que le ha surgido esta mañana y no vuelve hasta la noche, a pesar de que se había cogido el día libre para pasarlo conmigo. Su profesión es lo que tiene. El apartamento está en silencio y la noticia me rebota por las paredes sin tener dónde aterrizar.

Necesito contárselo a alguien ahora mismo o voy a explotar. Llamo a Sara, que debe de estar trabajando a estas horas del lunes, pero no contesta. Luego llamo a mi amiga Patricia de Minnesota y tampoco contesta. Es maestra de infantil y es probable que ni siquiera tenga el móvil cerca. A mis padres se lo contaré después de hablar con Dani y decidir qué hago, cuando esté más serena.

Miro el móvil con la indignación silenciosa que me produce tener una noticia importante y el universo entero ha decidido estar ocupado.

No lo pienso. Abro la puerta y salgo al rellano. No sé exactamente cómo he llegado aquí, el proceso entre pensar en Patrick y estar delante de su puerta ha sido tan rápido que me he saltado varios pasos intermedios donde normalmente resido yo, la parte de mí que evalúa, que considera, que decide si algo es buena idea antes de hacerlo.

Llamo al timbre del vecino. Espero. Escucho pasos al otro lado, un ruido sordo, alguien que se mueve y mi estómago se tensa. Estoy a punto de darme la vuelta, comida por el arrepentimiento, cuando la puerta se abre y la que aparece no es Patrick. Es una mujer de unos cincuenta y tantos años con una fregona en la mano, el pelo recogido con un clip de plástico y expresión de que no le gusta que le interrumpan por cosas que no son el suelo que tiene que fregar.

—¿Sí?

—Hola, perdone. Buscaba a Patrick. A Patrick Castner.

—Está trabajando y no sé a qué hora vuelve.

—Ah. —Me quedo sin saber qué decir. Es lo lógico a esta hora, debería haberlo pensado—. Claro. Gracias.

La mujer me sostiene la mirada un segundo con cara de querer interpretar mi gesto. Luego asiente y cierra la puerta. Me quedo sola en el rellano y giro para volver al apartamento de Dani.

La noticia de mi trabajo sigue rebotándome por dentro sin encontrar dónde asentarse, y ahora encima tengo que añadirle el ridículo discreto de haber llamado a la puerta de un hombre que ni siquiera está. Entro en el apartamento de Dani, me siento en el sofá, y me quedo mirando la pared durante un rato indeterminado con la tristeza que me deja el haber tomado la decisión más importante de los últimos años y no tener con quién celebrarlo.

Nueva York. Me quedo en Nueva York. Todavía no me lo creo. Lo repito varias veces en silencio, por si la repetición hace que aterrice de una vez, pero no funciona especialmente bien.

Abro el portátil y busco una página inmobiliaria, lo cierro, porque no sé ni por dónde empezar; necesito a mi hermano. Abro una novela, pero no me concentro y decido que mejor enciendo la tele. Paso por varios canales sin quedarme en ninguno. Me levanto, con el sonido de un programa de viajes de fondo, y voy a la cocina a beber un vaso de agua como si la hidratación fuera a resolver algo. Me asomo a la ventana. Abajo, la calle sigue con su vida propia, ajena por completo a que yo acabo de decirle que sí a una ciudad entera, a una nueva vida que ya me ahoga y aún no ha comenzado.

Veo el nombre de Dani al iluminarse la pantalla de mi móvil, que vibra sobre la encimera.

—Libby, lo siento muchísimo. No sé cuándo podré irme del set. Hoy nos ha tocado el actor que solo se equivoca. Es desesperante. No creo que llegue a cenar. Te juro que te compensaré.

—No te preocupes —lo calmo, y lo digo en serio porque estoy aprendiendo que la profesión de mi hermano funciona así y

enfadarse no cambia nada—. En serio, Dani. Voy a bajarme a comprar algo de cenar.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Luego te cuento. Disfruta del caos del cine.

—Eso hago.

—Sé que te encanta, Dani. Me pondré una peli y hablamos cuando vuelvas.

Cuelgo antes de que insista, me visto sin mucho entusiasmo y bajo al burguer de la esquina. La calle de noche en Manhattan tiene algo de lo que Minnesota carece, que es la sensación de que el mundo no se ha acabado por el hecho de que sean las nueve de un lunes. Hay gente y luz en los escaparates. El deli por el que paso huele a ese café que llevan todo el día calentando y que sabe raro, pero reconforta igualmente.

Me pido una hamburguesa sencilla y unas patatas fritas, algo que no suelo comer y que parece vulgar para celebrar mi ascenso, pero es lo que me apetece si voy a cenar sola sin que parezca triste. Añado dos cervezas, aunque juré nunca más beber desde lo de Russell, a excepción del viernes, cuya resaca aún me dura. No me arrepiento, era mi noche *Sex in the city* y la ocasión lo merecía. Cuando voy a pagar, cojo una chocolatina porque una celebración sin dulce, no es una celebración.

Vuelvo al edificio con la bolsa en la mano.

El ascensor se abre en el vestíbulo y en el habitáculo me encuentro a Patrick Castner, con pantalón oscuro y una camisa gris que lleva las horas del día encima, la chaqueta del traje sobre el brazo y el pelo ligeramente revuelto. Está mirando el móvil, y cuando levanta la vista y me ve, hay un segundo muy breve en el que su expresión hace algo que yo no sé catalogar, pero que noto perfectamente.

—Libby.

—Hola, vecino.

Baja la vista a la bolsa con el logo de la hamburguesería. Luego me mira a mí.

—¿Eso es para cenar?

—Eso parece.

Tuerce la cabeza ligeramente, esa milésima de movimiento que en él sustituye a lo que en otra persona sería un gesto completo.

—Ese olor… si es de la hamburguesería de la esquina, no es para Dani.

—Es para mí. Él no está.

—¿Cenas sola?

Lo dice sin alzar la voz. Sin el tono de quien propone ni el de quien pregunta. Patrick tiene esa manera de hablar que no impone, y que sin embargo no suena a prepotencia, sino a algo distinto, a alguien que ha tomado una decisión y la comparte contigo como cortesía, no porque necesite tu validación para ejecutarla.

—Sí—. Le miro sin añadir nada más. Yo con la bolsa en la mano y él con la chaqueta sobre el brazo y los dos en el ascensor de un edificio de Nueva York a las nueve de la noche de un lunes, y la situación tiene toda la lógica del mundo para acabar aquí, con un «hasta mañana» y cada uno a su puerta, que es lo correcto y lo sensato y lo que debería pasar.

—Déjame ver —dice, señalando la bolsa con la barbilla.

Se la enseño. Él la examina con la seriedad de quien evalúa algo de verdad importante.

—Eso no es una cena.

—Para mí sí. Es lo que me apetece, aunque no tenga el *glamour* de lo que sea que cenes tú.

Le he provocado una carcajada que me hace cosquillas en los oídos.

—Soy más sencillo de lo que crees. Pero eso —dice señalando la bolsa— es una cena de alguien que ha cogido lo primero que ha encontrado sin pensar demasiado. Y no es nada sano.

—No voy a discutirte eso.

Hace un gesto con la comisura de su boca, que no llega a ser una sonrisa entera pero tiene todos los ingredientes. A mí me basta para que yo sonría por dentro.

—Ven —dice al llegar al ático—. Cenas en mi casa.

Sale del ascensor con calma, sin volverse a comprobar si le sigo, porque ya ha decidido que voy a hacerlo. Debería decir que gracias, que no hace falta, que estoy bien y quiero estar sola. Aunque sea mentira, porque nada me apetece más que pasar la noche con él.

—No hace falta, tengo mi cena, un televisor de plasma que parece un cine y, además, Dani no lo aprobaría —contestó.

Algo en su boca se mueve. No llega a ser una sonrisa completa, pero se le acerca bastante.

—Dani se alegrará de que su hermana no cene comida basura.

—¿Cómo te atreves? —le increpo siguiendo sus pasos. Estoy en su casa aunque he dicho que no. «¡Liberty!, qué poca resistencia tienes».

La cocina de Patrick es lo que una esperaría de alguien a quien le importa lo que come y no le falta dinero para demostrarlo. No hay nada ostentoso, pero sí de buena calidad. La encimera está despejada, los cuchillos colgados en un imán de pared con precisión, y estoy segura de que en la nevera hay ingredientes de los que no vienen ya en bolsas de plástico.

Abre la nevera y se queda mirando el interior un momento.

—Rosa ha dejado pollo y… a ver qué es esto —dice mirando un *tupper* por arriba y por abajo.

—¿Rosa es la señora de la limpieza?

—Rosa es Rosa. Viene tres días a la semana desde hace años.

Saco la cabeza para ver. En la balda de en medio hay una fuente tapada con film transparente, y debajo se adivina el color oscuro de una salsa que huele, incluso en frío, a algo que ha estado mucho tiempo a fuego lento.

—¿Qué lleva?

—Nunca lo sé hasta que lo pruebo.

—Y aun así te lo comes.

—Rosa no ha fallado en cuatro años.

Me aparto para dejarle espacio. Él saca la fuente, retira el film, y acerca la nariz con la misma expresión seria con la que ha examinado mi bolsa de la compra en el vestíbulo. Asiente para sí mismo, como confirmando algo.

—Pollo con ciruelas. Arroz y esto parece tarta de queso —añade enseñándome el *tupper* que miraba antes.

—No me digas que también ha dejado arroz.

Abre el cajón de abajo. Hay un recipiente de cristal con tapa azul.

—Ha dejado arroz con pasas.

Me siento en el taburete alto que hay junto a la isla y le observo moverse por la cocina con la eficiencia que da la costumbre, aunque simplemente caliente las cosas y ponga los platos. Hay algo en eso, en la manera en que una persona se mueve por su propia cocina, que dice más de cómo vive que cualquier cosa que pueda contarte.

—¿Vino? —pregunta, sin volverse.

—No —dudo. La imagen de Russell obligándome a beber vino me cruza la mente como un rayo que quema a su paso—, yo no bebo.

—¿Cómo dices? —me mira sorprendido y no es para menos después del numerito de la hermana borracha de su amigo que monté el viernes.

Abre una alacena. Hay tres botellas. Las examina un segundo valorando algo que se me escapa, porque no habla.

—No te importa si me sirvo una copa de tinto, ¿verdad?

Me río complacida por ese detalle que jamás hubiera tenido mi ex.

—En absoluto.

—Es más costumbre que otra cosa. —Se excusa y eso me choca. No tiene por qué hacerlo.

Sirve una copa con la misma economía de movimientos con la que hace todo, y deja la mía delante de mí sobre la isla, vacía, antes de volver a ocuparse del fuego.

El pollo calienta despacio y el olor va llenando la cocina poco a poco, esa clase de olor que te recuerda que llevas varias horas sin comer de verdad y que lo que has comprado en el burguer, con todo el cariño, no era una cena. Era resignarse.

—¿Rosa sabe que cenas solo casi siempre?

—Evidentemente, sabe que vivo solo. —Me mira con una media sonrisa en sus labios—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque deja cantidad para dos personas o más.

Patrick sonríe sin contestar. Remueve el arroz, baja el fuego, y cuando se da la vuelta hay en su cara algo que podría ser muchas cosas y que prefiero no clasificar esta noche.

—Rosa tiene sus teorías sobre cómo debería ser mi vida —dice al fin—. Yo no las comparto todas, pero tampoco me quejo del resultado. Además, no me importa comer lo mismo dos días seguidos, no soy tan caprichoso.

Me río. No puedo evitarlo. Y él me mira desde el otro lado de la isla con una expresión que no es exactamente una sonrisa pero que

la contiene, y por un momento la cocina es un sitio muy pequeño y muy cálido y completamente ajeno al resto del mundo.

Cenamos en la isla, en los taburetes altos, con los platos delante y las copas cerca, la suya con vino y la mía con agua, aunque me doy cuenta de que él apenas ha bebido un par de sorbos y eso me gusta. El pollo con ciruelas es exactamente tan bueno como prometía el olor, una salsa densa con un punto dulce que no esperaba y que funciona de una manera que no sabría explicar, pero que agradezco. El arroz está suelto y tiene algo de limón que lo levanta.

—Rosa tiene razón en sus teorías —digo, después del segundo bocado.

—Eres muy temeraria al afirmar eso sin saber qué dice. Aunque lo pienses, no se lo digas a ella o no habrá quien la pare.

—¿Es simpática?

—Es Rosa. —Hace una pausa—. Sí. Es simpática, cariñosa conmigo, pero distante con los que no conoce. No regala su simpatía a todo el mundo. ¡Ah!, y opina sobre todo. Ese es su defecto.

—¿Sobre ti también?

—Especialmente sobre mí. Le encanta meterse en mi vida.

—¿Y qué opina?

Me mira. Coge la copa. Nuestras miradas se cruzan justo cuando el vino toca sus labios, y la deja. No sé cómo tomarme eso.

—Que trabajo demasiado y como solo con demasiada frecuencia.

—Coincido con Rosa. ¿Ves como sabía cuáles son sus teorías sin que me lo digas?

—Ya me lo imaginaba.

Patrick no ha puesto música ni el televisor, como hago yo cuando estoy sola. Por eso, mientras masticamos a la vez, solo hay silencio. No pienso en llenarlo como haría si estoy con un desconocido en un

ascensor, sino que pienso en que es el silencio de dos personas que no necesitan hablar todo el rato para sentirse cómodas, un tipo de silencio que no se da con tanta frecuencia y que cuando aparece, una aprende a reconocerlo. Fuera, Nueva York sigue con su ruido sordo de fondo, ese murmullo constante que al principio cuesta ignorar y que ahora, cuatro días después, ya empieza a parecerme normal.

—¿Qué tal el día? —pregunto antes de comer otro bocado, porque me doy cuenta de que llevo un rato en su casa y no se lo he preguntado.

—Largo.

—Eso ya lo intuía.

—Reuniones. Luego más reuniones. Después una llamada con Tokio que debería haber durado veinte minutos y ha durado dos horas.

—¿Y ha servido de algo?

Considera la pregunta con más seriedad de la que probablemente merece.

—Probablemente no.

—Qué satisfactorio, ¿no?

—Así es esto la mayoría de los días. Pero también los hay más entretenidos. Depende. Dirigir una empresa no es fácil, y menos ahora que somos tantos queriendo un trozo del pastel de la inteligencia artificial.

—Wow. No sabía que trabajas en eso.

—Sí. Heredé la parte de la empresa de mi padre, que lideraba el mercado inmobiliario en la ciudad, pero a mí no me interesaba demasiado. Vendí mis acciones a mi tío paterno y con ese dinero creé una *startup* de inteligencia artificial, y no me va nada mal. A costa de echarle horas, claro.

Lo dice sin amargura. Es solo un hecho, uno más de los que componen su vida, y él lo ha aceptado con la misma tranquilidad con la que acepta aparentemente todo lo demás. Me pregunto si eso es paz o si es simplemente la distancia que uno pone entre sí mismo y las cosas cuando lleva demasiado tiempo solo. O quizá prefiere estar solo porque la empresa ocupa su vida entera. La verdad es que no debería preguntarme esas cosas.

—¿Y el tuyo? —dice.

Y entonces se lo cuento.

—Me han dado la promoción en la empresa para llevar un proyecto con más presupuesto.

Patrick me mira desde el otro lado de la barra. Hace una pausa y veo como se dibuja una sonrisa en sus labios, lenta pero sincera.

—¡Enhorabuena! ¿Entonces?

—Sí, me quedo en Nueva York, si es lo que preguntas.

Algo cruza por su cara que no termino de leer. No es exactamente sorpresa, pero tampoco me parece la reacción de alguien a quien le resulta indiferente lo que acaba de escuchar. Algo se tensa dentro de mí.

—¿Y qué vas a hacer?

—Vivir, ¿no? Es para eso para lo que sirven los trabajos. Dani todavía no lo sabe. Cuando hable con él empezaré la búsqueda de piso y organizaré la mudanza…, todo eso. De momento, me dejo llevar.

No dice nada durante un momento. Luego se levanta, recoge los platos con eficiencia robótica, y cuando se gira hacia mí, ya ha cambiado algo en el ambiente, aunque no sé explicar exactamente qué.

—Vamos al sofá a tomar el postre —dice, señalando a la sala—. ¿Quieres celebrarlo con champán o con agua?

—Un brindis no estaría mal —concedo. Solo que no dé por hecho que vaya a tomarlo, hace que quiera—. Todavía no he tenido ocasión de celebrar. Eres el primero al que se lo he dicho. Nadie de mi círculo ha cogido el teléfono hoy. ¡Si hasta he venido a decirtelo esta mañana! ¡A tí que apenas te conozco!

—Entonces ya conocerás a Rosa.

—Lo que se puede en menos de un minuto, no ha sido muy amable.

—Por eso preguntabas por ella.

Me río, no puedo evitarlo, y me levanto y me llevo las dos copas vacías que me ha dado hasta el sofá. Patrick lleva la tarta de queso y una botella de champán que acaba de abrir. Las sirve por la mitad, solo para brindar, dice, y me sirve un poco de tarta. No estoy acostumbrada a que me mimen y ese pensamiento me hace recordar lo que dijo Dani de que Patrick me trataría bien hasta conseguirme y luego me abandonaría. Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Es lo que quiero? No lo sé, la verdad es que no sé si una noche con él en su cama es suficiente para calmar el deseo que siento, aunque luego pase de mí.

Patrick enciende la tele con el mando y la deja en algún canal antes de que yo pueda ver qué es, y cuando se sienta, lo hace en el otro extremo con toda la distancia razonable del mundo, que es exactamente la distancia correcta para no tocarme ni por casualidad, y a la vez, de alguna manera que no sé cómo argumentar, demasiada.

—¿Qué estamos viendo? —pregunto, sentándome en el suelo, como si estuviera en mi casa. Apoyo la espalda en el sofá y me acomodo.

Miro la pantalla. Es un concurso de cocina donde dos equipos están intentando hacer sushi con ingredientes que claramente no son para hacer sushi, y un jurado de tres personas observa con la expresión solemne de estar juzgando algo de verdad importante.

—No tengo ni idea de cómo ha llegado esto aquí —dice Patrick, mirando la pantalla con una especie de perplejidad digna.

—Es un concurso de cocina.

—Ya veo que es un concurso de cocina.

—El del centro está usando calabacín en lugar de aguacate.

—Todos están haciendo cosas raras.

El concursante del centro intenta enrollar el arroz con una cara de concentración que me parece desproporcionada y el arroz no coopera en absoluto, y yo me río primero y Patrick me mira, y luego él también suelta algo que en su caso es más contenido. En algún momento deja de estar en el otro extremo del sofá con toda la distancia razonable del mundo y está sentado en el suelo, más cerca, sin que ninguno de los dos haya hecho ningún movimiento concreto y medible hacia ese resultado. Bueno, él sí, ha tenido que bajarse.

El arroz del concursante acaba en el suelo. El jurado reacciona con la teatralidad que la situación merece.

Y entonces Patrick se gira hacia mí.

—¿En serio prefieres el suelo?

—Ahí arriba, con el plato de la tarta en la mano, parecía estar tomando el té con un conde inglés. Esto es más natural.

—Y más incómodo.

Me río, pero no digo nada. Él tampoco. Hay un momento que una reconoce mientras sucede, en el que la cabeza dice «aléjate» pero el cuerpo no obedece. Es la peor clase de momento porque no te deja la coartada de haber llegado sin darte cuenta.

Me besa en los labios. Al separarse, me quita el plato de las manos sin dejar de mirarme a los ojos y yo solo veo fuego en sus púpilas. Se inclina de nuevo hacia mí y me vuelve a besar. Es un beso tranquilo, del tipo que dice «llevo un rato pensando en esto»

sin necesitar decirlo. Yo respondo durante exactamente el tiempo suficiente para saber que es un error seguir.

Me separo.

—Para. —Lo digo en voz baja, sin parecer molesta, porque no lo estoy—. No podemos.

Patrick no se aleja de mí. La mano con la que sostenía mi mejilla al besarme sigue ahí, y me acaricia la piel con el dedo pulgar.

—Tienes razón —dice de una manera que suena a que lo piensa de verdad, no a que lo dice por decir o por darme la razón—. Se lo he prometido a Dani.

—Lo sé.

Baja la mano y se yergue un poco; solo nuestras piernas se rozan. En la tele, el concursante del centro recibe su veredicto y la cara que pone es exactamente la de alguien que sabe que ha perdido, pero no consigue creerselo. Un poco como yo me siento ahora.

—Pero que no deba no evita que me gustes —se sincera Patrick.

Lo suelta como un hecho que pone sobre la mesa, igual que si dejara las llaves al llegar a casa, sin ningún tipo de ceremonia, con total naturalidad y sin inmutarse. ¿De verdad le gusto?

Lo miro mientras pienso en lo que debería decir. Sonrío, mirando hacia delante.

—Creo que debería irme ya. Dani debe estar al llegar.

Noto que algo se mueve en él, aunque no lo vea.

—Libby, me gustaría que te quedaras.

Lo miro entonces, de verdad, y en su cara hay algo que no había visto antes, o que sí había visto pero no me he querido fijar. Una especie de honestidad que le sienta distinto a todo lo demás que le he conocido. Yo niego con la cabeza. No voy a decirle que me quedaría, ni que me gusta, ni nada de lo que siento porque me da

miedo que todo se esfume y debo estar con los sentidos a tope mañana, cuando empiece en la oficina de Nueva York.

—Si no podemos tocarnos —añade, con una calma que le cuesta más de lo que aparenta— al menos podremos soñar el uno con el otro. No creo que Dani se meta en lo que soñamos. Serás mía y seré tuyo, si quieres.

Hay algo en esa frase que me descoloca más que el beso. Porque el beso podría haberlo descartado, archivado, puesto en la carpeta de cosas que no debieron pasar y ya está. Pero esto no. Esto es distinto. Esto es alguien que sabe exactamente lo que está diciendo, lo ha pensado y me lo lanza, dejando que yo decida. No dejo de mirarle y memorizar cada uno de sus rasgos, de su contorno que necesitaré para mi sueño.

—Me gusta esa idea —reconozco en voz baja.

Y es verdad. Aunque él no lo hubiera dicho, yo sé que hubiera soñado con él, con el beso que nos hemos dado, con sus manos acariciándome y despertando sensaciones en mi piel.

—Te está sonando el móvil —me advierte Patrick sacándome de mi ensoñación.

—¡Oh! Gracias. Es Dani —lo informo con el terminal en la mano.

—¿Dónde estás? —dice Dani, y ya en el tono hay algo que no es exactamente una pregunta—. Acabo de llegar.

—En casa de Patrick.

Al otro lado se hace un silencio cortante y muy elocuente, de los que significan más que diez frases seguidas.

—¿Se puede saber qué haces ahí? Voy ahora mismo.

Cuelga y en tan solo treinta segundos escuchamos tocar la puerta. Patrick, que ya se había levantado, abre y Dani, que entra con una rapidez que no le conocía, me encuentra poniéndome de pie.

—¿Qué hacías ahí tirada? —gruñe.

En la tele, el concurso ha terminado y han pasado a los anuncios. Patrick recoge las copas sin prisa, con una calma que a estas alturas ya sé que no es indiferencia, sino contención, y yo me pongo la chaqueta porque no sé qué otra cosa hacer con las manos.

13

Patrick

Recojo las copas despacio. No es que sea especialmente ordenado a estas horas de la noche con mi vecino hecho una furia, aunque se contenga, ni que me importe demasiado la cocina, sino que necesito moverme con calma, darle algo concreto que hacer a las manos, porque si no me muevo despacio, voy a hacer alguna de las dos cosas que no debo hacer, que son decir algo de forma reactiva, de lo que me arrepentiré, o mirarla a ella mientras Dani la fulmina con los ojos. Las dos conducen al mismo sitio y ese sitio esta noche está cerrado.

Dani ha entrado por la puerta con la energía particular de alguien que lleva horas en un rodaje caótico y ha llegado a casa a encontrarse exactamente lo que más temía, aunque lo que ha visto en realidad sea a su hermana levantándose del suelo frente a mi televisor con un plato de tarta de queso junto a ella. La diferencia entre lo que Dani imagina y lo que ha ocurrido es considerable. La diferencia entre lo que Dani imagina y lo que casi ocurre es algo más estrecha, y eso es información que mi amigo no necesita esta noche ni ninguna otra.

Menos mal. Eso es lo que pienso mientras dejo los platos y escucho su voz al otro lado de la barra. Menos mal que ha tardado lo que ha tardado y no cinco minutos menos.

—¿Qué hacías ahí tirada? —le gruñe a su hermana en el tono que ya conozco de Dani cuando está enfadado, pero que aún no está

seguro de si debe estarlo. Yo lo llamo un enfado preventivo y él se ríe.

—Estábamos cenando —contesta Libby, y en su voz hay una tranquilidad que me resulta llamativa, porque no se pone a la defensiva—. Hola a ti también, por cierto.

—Hola. —Dani se gira hacia mí—. ¿Qué hacía aquí?

—Cenar, ya te lo ha dicho —recalco, porque es la verdad y la verdad a veces tiene la ventaja de ser suficiente—. Rosa había dejado pollo y tu hermana traía una hamburguesa de la esquina que no me parecía lo más sano bajo ningún criterio razonable. Tú odias ese sitio, ¿no?

Libby da un paso hacia su hermano.

—Dani, tenía una buena noticia y nadie me cogía el teléfono —dice, con una sencillez que desarma cualquier argumento antes de que pueda construirse—. Ni Sara, ni Patricia, ni tú… Nadie. Iba a celebrarlo en casa con una hamburguesa hasta que apareció Patrick. Y me dijo que cenar sola no es una celebración.

Dani la mira.

—¿Qué noticia?

—Me han dado el trabajo, Dani. Me quedo en Nueva York.

El silencio que sigue dura exactamente lo que tarda Dani en procesar la frase, separar el enfado de la alegría, y dejar que la segunda gane, que es lo que hace siempre con su hermana aunque tarde unos segundos en llegar. Lo veo en su cara. Lo conozco desde hace suficiente tiempo.

—Libby. —La voz le cambia de golpe.

—Me han llamado esta mañana. Me he pasado el día intentando contárselo a alguien y el universo entero estaba ocupado. —Se encoge de hombros con una naturalidad que hace que hasta las

cosas importantes suenen manejables—. Patrick ha sido majo al compartir conmigo la cena que dejó Rosa.

—Es cierto —confirmo desde la cocina, porque la situación lo merece y porque además es exactamente lo que pasó—. Y ya deberías conocer a tu hermana y su tendencia a sentarse en el suelo en lugar de usar el sofá como el resto de la humanidad.

Dani me mira. Luego la mira a ella. Luego vuelve a mirarme, y en su cara ocurre algo que no llega a ser una rendición completa pero se le parece bastante. El músculo de la mandíbula, que llevaba tenso desde que ha entrado por la puerta, se afloja un milímetro.

—Ven aquí —le dice a su hermana, y la abraza con esa brusquedad cariñosa que tienen los hermanos que no saben ser delicados pero lo intentan, y Libby se ríe contra su hombro con una risa corta y aliviada que me llega desde el otro lado de la barra y se me queda instalada en algún sitio del pecho.

Se la lleva. Claro que se la lleva, eso estaba decidido desde que ha entrado por la puerta, y yo lo entiendo y es lo correcto y no tengo nada que objetar. Libby coge su chaqueta, me lanza una mirada desde la puerta que dura menos de un segundo y que, sin embargo, tiene suficiente contenido para una conversación entera, y luego desaparece al otro lado con su hermano.

La puerta se cierra y me quedo solo en el apartamento, algo que es lo normal, pero que hoy siento de una manera diferente. Debe ser increíble tener un hermano con quien celebrar y que te acompañe en los momentos importantes.

Me sirvo otra copa. Tinto, el mismo de antes, y me siento en el sofá con los pies encima de la mesa, algo que nunca hago y que esta noche me sale sin pensarlo, como si el cuerpo hubiera decidido saltarse sus propias normas ahora que no hay nadie mirando. La tele sigue encendida. Hay un presentador hablando de algo con mucho entusiasmo. No escucho nada de lo que dice porque en mi cabeza solo está Libby.

Pienso en ella instalada en el suelo con la espalda apoyada en mi sofá, con el plato de tarta en el regazo y los calcetines de rayas que llevaba, que no pegaban con nada y que sin embargo encajaban perfectamente con ella, con su manera de no esforzarse en resultar otra cosa distinta de lo que es. He conocido a muchas mujeres que saben exactamente qué imagen proyectan en cada momento, que calculan la distancia entre lo que sienten y lo que muestran con una precisión que a veces roza el arte. Libby no hace eso. O no sabe hacerlo, o ha decidido que no merece la pena, y el resultado es alguien que ocupa el espacio que ocupa sin disculparse por ello, sin achicarse, sin agrandarse. Solo ella, con sus calcetines de rayas y su hamburguesa y su manera de reírse del concurso de cocina con una carcajada que empieza pequeña y luego se le escapa entera.

Pienso en el beso. En la fracción de segundo antes de darlo, cuando todavía era una decisión y luego dejó de serlo. En la suavidad de su boca, que no esperaba que fuera tan sedosa, no sé por qué, quizá porque todo lo demás en ella tiene una energía que te mantiene alerta y la suavidad llegó como algo inesperado y completamente suyo. En cómo respondió, despacio, sin urgencia, con una honestidad que no necesitaba palabras para saberse sincera. Y en cómo se separó, con esa misma tranquilidad con la que hace todo, sin vergüenza, sin culpa, con un «para» dicho en voz baja que sonó más a conversación que a rechazo.

Me paso la mano por el pelo.

Dani me ha hecho prometérselo y lo prometí porque Dani es mi amigo desde hace años y sus razones las conozco, aunque no las comparta todas. Pero hay cosas que uno promete antes de saber exactamente qué está prometiendo, y esta era una de ellas. Porque Libby en teoría era una chica que llegaba a pasar unos días y se volvía a Minnesota, y ahora resulta ser ser una mujer que se queda en Nueva York, que se instala en el suelo de mi salón, que me habla de su trabajo con los ojos brillantes aunque intente no demostrarlo, que tiene el pelo de ese color entre el castaño y el dorado que cambia dependiendo de cómo le da la luz y que esta noche, con la

lámpara encendida, era una cosa completamente distinta a lo que fue por la mañana en el rellano.

Apago la tele y la luz. El apartamento queda en penumbra y me doy cuenta de que el silencio tiene ahora una textura diferente a la que tenía hace dos horas, antes de que ella estuviera aquí. Los espacios guardan algo de las personas que los ocupan, aunque sea por poco tiempo, y mi sofá esta noche huele ligeramente a su perfume, algo cítrico y limpio cuya marca no reconozco, pero que recordaré cuando lo sienta en cualquier sitio.

Me termino la copa y me voy a la cama. El sueño me alcanza antes de lo que esperaba, y Libby llega dentro de él con la misma naturalidad con la que hace todo, sin anunciarse.

Estamos en la cocina, pero no es exactamente mi cocina, es una versión de ella más grande y más cálida, con la luz de la tarde entrando por una ventana que en la realidad no existe. Ella está sentada en la encimera, descalza, con el jersey azul que llevaba hoy, y me mira con expresión curiosa y sensual. Me acerco despacio, sin prisa, porque en los sueños el tiempo funciona diferente y uno lo sabe sin que nadie se lo diga.

Le aparto el pelo de la cara. Todo ese pelo castaño dorado que en la realidad no he tocado y que en el sueño cae entre mis dedos con un peso real, con una temperatura real, y ella no se aparta sino que inclina la cabeza ligeramente hacia mi mano, ese movimiento pequeño e involuntario que dice más que cualquier cosa que pudiera gritar en voz alta.

La beso. No como antes, no con la contención de alguien que sabe que debería parar. Sin ese freno. Y ella tampoco para, me rodea el cuello con los brazos y me atrae hacia ella con una determinación que en la realidad no se ha permitido y que aquí, donde las promesas no pesan y Dani no existe, sale sola, sin esfuerzo. Sus manos en mi nuca. Mi mano abierta en su espalda, notando el calor de su piel a través de la tela. La manera en que se ríe contra mi boca, brevemente, porque algo le ha hecho gracia y no

puede evitarlo ni quiere, y esa risa pequeña dentro del beso es la cosa más íntima que he sentido en mucho tiempo.

—Patrick.

—Libby.

Me mira. En su cara hay algo que no tiene nombre en ningún idioma que yo conozca pero que entiendo perfectamente. Bajo la frente hasta apoyarla en la suya y nos quedamos así, quietos, con la luz de esa tarde imaginaria cayendo sobre los dos, y pienso que esto, exactamente esto, es lo que significa que alguien te guste de verdad. No el deseo, que también está, sino esto. La quietud. El querer quedarse.

En los sueños todo pasa diferente a la realidad, por eso no sé cómo Libby aparece ahora desnuda. Mi cuerpo reacciona al suyo, que invento porque no lo conozco. La beso desde los pies hasta el cuello y bajo por su estómago hasta su sexo, del que me embriago hasta que su grito, que suena celestial en mis oídos, hace que me incorpore para seguir besándola en la boca con una ansiedad que no es propia de mí. Le hago el amor ahí mismo, en esa cocina que no reconozco, retorciéndome en mi cama, dándome el placer que ella no puede concederme fuera del sueño.

Me despierto con la habitación a oscuras y la mano extendida sobre el lado vacío de la cama. Tardo un momento en orientarme. El techo es el mío, la luz que se cuela por las persianas es la de la calle, son las seis y cuarto según el móvil. Todo normal. Todo igual que siempre. Excepto yo, que no me siento como cualquier otro día.

Salgo de casa a las ocho menos diez con el café en la mano, la chaqueta sobre el brazo y la cabeza ya parcialmente en la primera reunión del día, que es donde debería estar al cien por cien y donde está al setenta como mucho. Los treinta restantes se han quedado en algún sitio entre el sueño y el despertador y no han aparecido todavía.

Cierro y, antes de dirigirme al ascensor, miro hacia la puerta del apartamento de Dani, que está frente a mí, como lleva estando desde que me mudé a este piso, exactamente igual que siempre, con el mismo felpudo y el mismo número y nada que la diferencie de cualquier otra puerta en cualquier otro rellano de cualquier otro edificio de la ciudad. Pero esta mañana algo me clava una puntada breve y precisa en algún lugar que no estoy acostumbrado a notar, y me quedo mirándola un segundo más de lo que haría cualquier día, antes de seguir caminando hacia el ascensor con el paso un poco menos resuelto que hace treinta segundos.

Pulso el botón y bajo hasta el garaje, como siempre.

Me digo que es el sueño, que los sueños hacen eso, te dejan un residuo emocional que no se corresponde con nada concreto y que desaparece solo en cuanto el día empieza a ocupar el espacio. Me lo digo con bastante convicción mientras subo al coche y salgo a la calle y el aire de la mañana, que entra por la ventanilla bajada, me da en la cara con esa energía específica de Nueva York antes de las nueve, cuando la ciudad ya lleva horas despierta y uno se suma a ella con la sensación de haber llegado tarde a algo.

Llegaré al despacho. Tendré la reunión. El día me absorberá como hace siempre. Y así será, durante horas.

La reunión de las nueve va bien. La llamada de las once también. Como algo en el despacho sin apartarme del ordenador porque hay una función nueva que queremos sacar al mercado y necesito avanzar. Mi secretaria me trae un café que se queda frío sobre la mesa porque no me acuerdo de beberlo. El día hace exactamente lo que se suponía que tenía que hacer, que es ocuparlo todo.

Hasta las tres y cuarto, cuando mi equipo me avisa de que el asistente de IA que hemos creado para analizar a la competencia en tiempo real acaba de hacer un nuevo informe. Entro en el sistema y lo leo. Sonrío porque veo que todos trabajamos más o menos en lo mismo y estoy seguro de que otro CEO de otra startup de IA

generativa tendrá un asistente que le informe sobre qué hacemos en AI-2 Tech.

Tardo exactamente tres minutos en llegar a la página que me hace parar y volver a leer. Me quedo quieto frente a la pantalla con el café frío a un lado y el ruido de la ciudad once plantas más abajo, sin moverme, sin parpadear, procesando lo que tengo delante y lo que significa, que es mucho más de lo que me esperaba esta mañana cuando salí de casa parando en la puerta de mis vecinos.

No es posible. Leo el párrafo otra vez. Sí lo es.

14

Libby

El metro de Manhattan a las ocho y media de la mañana es exactamente lo que una esperaría si cogiera a dos millones de personas con prisa, las metiera en un tubo subterráneo y añadiera calor residual del día anterior. Voy de pie, con el bolso cruzado al pecho y los auriculares puestos, aunque no estoy escuchando nada, porque llevarlos en el metro es principalmente una declaración de intenciones y no tanto una experiencia musical.

Además, en mi cabeza solo está ahora el sueño de esta noche. Patrick lo sugirió y yo le hice caso. No debería rememorarlo en este momento de camino a mi primer día de trabajo, pero lo hago, igual que una no debería meter la lengua donde le duele una muela y lo hace de todas formas porque el cerebro humano tiene una relación complicada con el concepto de conveniencia. El sueño era vívido de esa manera específica que tienen los sueños que no quieres recordar y que por eso mismo se quedan grabados con más nitidez que los otros, con una fidelidad de detalle que resulta completamente innecesaria. Sus manos. Su voz diciendo mi nombre, no el «Libby» rápido y funcional de la vida real sino uno más lento, más deliberado, que en el sueño sonaba como si tuviera todo el tiempo del mundo para pronunciarlo. La manera en que me miraba, con las pupilas encendidas de deseo, es algo que no se me va de la cabeza, aunque no fuera real.

El metro frena con un chirrido y doy un paso involuntario hacia delante que me saca del sueño y me devuelve al vagón, donde una señora con un carrito de la compra me mira con la paciencia de

quien lleva décadas viendo gente perdida en sus propios pensamientos en este mismo trayecto.

La siguiente parada es la mía. Me recoloco el bolso, me enderezo, y decido con bastante firmeza que Patrick Castner no va a ocupar ni un milímetro más de mi cabeza en lo que queda de trayecto. Hoy firmo el contrato. Hoy empieza todo. Hoy soy Liberty Crane, que se ha ganado una promoción en una empresa de marketing digital y se ha mudado a Nueva York y tiene una vida entera por delante, y esa persona no va en metro pensando en el beso de su vecino con la cara que estoy poniendo yo ahora mismo, según acabo de confirmar en el reflejo de la ventanilla.

Me pongo a mirar el mapa del metro con una concentración que la situación no requiere en absoluto.

Las oficinas de Bloom & Partners están en el piso dieciséis de un edificio de Midtown que por fuera parece igual que otros cincuenta edificios de Midtown y que por dentro tiene esa energía específica de los sitios donde la gente trabaja de verdad, con las plantas en los pasillos un poco descuidadas, las tazas de café en los escritorios y el ruido de fondo de teclados y conversaciones superpuestas. Me gusta. Siempre me han gustado más los sitios que se notan habitados que los que parecen salidos de un catálogo.

Sara me ve cruzar la puerta de cristal y suelta un grito que hace girar tres cabezas.

—¡Libby! —Rodea la mesa en tiempo récord y me abraza con una energía que duplica la mía a esta hora de la mañana, lo cual es un logro—. ¡Por fin! ¡Sabía que te lo darían! ¡Te lo dije! ¿Te lo dije o no te lo dije?

—Me lo dijiste.

—Tenemos que celebrarlo. —Me sujeta por los hombros y me mira de arriba abajo con la misma expresión que se tiene cuando se hace inventario, y está comprobando que todo está en orden—. Estás bien. Estás guapa. ¿Has dormido?

—Algo.

—Mientes, pero da igual. Hoy firmas y luego me cuentas todo. Todo. —Baja la voz en esa última palabra de una manera que indica que sabe que hay algo que contar y que no va a olvidarlo.

Sara me conoce desde la universidad y, aunque llevemos años sin vernos, recuerdo que tiene un radar para las cosas que no se dicen que debería estar patentado.

—Primero el contrato —digo.

Helen, que en persona tiene exactamente la misma voz que por teléfono y el mismo porte de comunicado oficial, me recibe en una sala de reuniones con vistas a un edificio idéntico al nuestro al otro lado de la calle, lo cual le da al paisaje una cierta simetría melancólica. El contrato está sobre la mesa, ya impreso, con los puntos relevantes marcados con una eficiencia que agradezco porque significa que no tengo que leerme ciento veinte páginas de letra pequeña antes del café de las nueve.

Leo lo importante. Firmo. Helen me estrecha la mano con la misma formalidad con la que haría cualquier cosa y me dice «bienvenida a Nueva York» con un tono que podría estar diciendo «bienvenida al dentista» y sonaría igual, pero lo dice de buena fe y eso es lo que cuenta. Luego me lleva a conocer a Marcus Webb.

Marcus Webb es mi jefe directo en este proyecto, un hombre de unos cuarenta y tantos años con el pelo ligeramente canoso en las sienes y una manera de hablar que va directa al grano sin ser brusca, que es una combinación que no siempre se da y que cuando lo hace, una la aprecia. Su despacho tiene una pizarra entera cubierta de flechas y cajas y conceptos escritos con rotulador azul que nadie ha borrado, y eso también me gusta.

—Siéntate —dice, señalando la silla frente a su mesa—. Bienvenida. Voy a contarte en qué te has metido.

Me siento con la ansiedad comiéndome las tripas.

—El proyecto tiene confidencialidad total —empieza, juntando las manos sobre la mesa con la actitud de quien ha dicho esta frase varias veces y quiere que quede clara desde el principio—. Nadie fuera de este equipo sabe en qué vas a trabajar, y así tiene que seguir. Nada sale de aquí, nada se comenta fuera de las paredes de este proyecto. Ni con familia, ni con amigos, ni en ningún contexto informal. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. —Abre una carpeta—. El cliente es una empresa de inteligencia artificial llamada Nexgen AI. Llevan tres años desarrollando una IA generativa especializada en medicina, diagnóstico asistido, análisis de historial clínico, ese territorio. Es un producto serio, con respaldo científico real, y están a punto de salir al mercado. Necesitan una campaña de marketing que llegue tanto al sector médico como al paciente final, que son dos audiencias que hablan idiomas completamente distintos. Ahí entramos nosotros.

Asiento. Hasta aquí todo tiene sentido.

—Pero hay una segunda capa —continúa Marcus—. Nexgen quiere usar el proceso de esta campaña para entrenar su propia IA en estrategia de marketing. O sea que no solo trabajamos para ellos, sino que mientras trabajamos, estamos generando los datos con los que van a alimentar su modelo. Cada decisión que tomemos, cada *brief*, cada análisis de audiencia, cada propuesta creativa, va a formar parte de su conjunto de entrenamiento.

Me quedo un momento procesando eso.

—Estamos construyendo la campaña y a la vez siendo el manual de instrucciones —resumo.

Marcus señala la pizarra con el rotulador.

—Exacto. —Y escribe *CAMPAÑA = DATOS* con un círculo alrededor —. Por eso la confidencialidad no es negociable. Si esto sale de aquí, la competencia no solo conoce su estrategia de lanzamiento, sino

también la dirección en que están desarrollando su IA. Son dos ventajas competitivas en una fuga.

—Entendido —repito, y esta vez lo digo valorando el peso real que tiene.

—Tu equipo son dos personas además de tú. —Consulta una hoja —. Jake Ramos, que lleva dos años aquí y conoce muy bien el sector salud, y Priya Mehta, que viene de datos y va a ser tu enlace técnico con Nexgen. Los dos son buenos. Confía en ellos. —Cierra la carpeta —. Esta tarde coméis con el cliente para conoceros. Esta noche, si tienes energía, te mando el *briefing* completo para que llegues mañana con algo en la cabeza. Por cierto, aunque tengas despacho aquí con tus ayudantes, muchas veces tendrás que trabajar en las oficinas del cliente para evitar la transferencia de datos y estrategias.

—De acuerdo. ¿A qué hora es la comida?

—A la una. Y Liberty. —Me mira con una franqueza que aprecio—. Sé que es mucho el primer día. Pero te hemos elegido porque creemos que puedes con ello. No te lo habríamos dado si no fuera así.

Salgo de su despacho con las piernas un poco más ligeras de lo que entraron.

Jake Ramos tiene veintiocho años, una sudadera con el logo de una banda que no reconozco y la energía de alguien que ha tomado demasiado café o no ha tomado suficiente, dependiendo del momento. Me estrecha la mano con entusiasmo genuino y me dice que llevaba semanas esperando que llegara alguien que liderara esto porque él tiene ideas pero le falta el marco y eso, en mi experiencia, es exactamente la clase de persona con la que se trabaja bien.

Priya es más contenida, lleva el pelo negro recogido, pendientes pequeños y una tableta en la mano que no suelta en ningún momento de la presentación. Me mira con la evaluación tranquila de alguien que reserva la opinión hasta tener datos suficientes, lo cual

también me parece bien. Prefiero que me ganen quienes me miran así a que me adulen quienes me miran de otra manera.

El despacho que nos han asignado es pequeño, pero tiene ventana, lo cual en este edificio debe ser un privilegio, y una pizarra virgen que miro con la satisfacción silenciosa de quien ve un lienzo en blanco y ya sabe más o menos lo que quiere poner en él. Hay tres mesas en ángulo, una para cada uno, y en el centro una mesa redonda pequeña para cuando trabajemos juntos.

A la una menos cuarto bajamos los tres a la calle para coger un taxi.

El restaurante no es lo que esperaba, y eso me gusta. Pensé que me encontraría algo corporativo, con mantelería blanca, carta sin precios visibles, el tipo de sitio donde los clientes importantes llevan a los proveedores para establecer jerarquías sin decirlo en voz alta. En cambio, el taxi nos lleva a un local en la calle 47 que tiene mesas de madera sin manteles, la carta escrita en una pizarra de pared y un ruido de fondo que indica que hay vida real ocurriendo en el interior.

—Ellos eligieron el sitio —me dice Jake al oído mientras entramos, con un tono que indica que eso ya le dice algo sobre ellos.

A mí también me dice algo. Los encontramos en una mesa al fondo, dos personas ya sentadas con agua y una cesta de pan entre los dos. El primero es un hombre de unos cincuenta años que se levanta con la formalidad de quien ha pasado por muchas reuniones de este tipo, traje oscuro, apretón de manos preciso, tarjeta de visita que saca del bolsillo con un movimiento tan ensayado que debe haberlo hecho mil veces. Director de operaciones, leo. Hablaremos con él sobre plazos y presupuestos.

El segundo es el que me interesa. Tiene unos treinta años, quizá menos, con el pelo ligeramente revuelto del tipo que no es descuido sino que simplemente así es su pelo y así lo lleva, vaqueros oscuros, una camiseta gris bajo una americana azul marino que lleva sin botones, las mangas un poco subidas. Ninguna corbata. Ningún reloj

caro visible. Zapatillas blancas que deben costar lo mismo que el traje del otro, pero que lo muestra de otra manera. Se levanta con una sonrisa rápida y natural y me tiende la mano.

—Soy Ethan Cole. Llevo el área de producto en Nexgen —se presenta—. Básicamente soy el que sabe lo que hace la IA pero no siempre sabe explicárselo a la gente, que es para eso para lo que estáis vosotros.

Me río. No puedo evitarlo.

—Liberty Crane. Libby. Lidero el equipo de campaña.

—Bienvenida a Nueva York, por lo que me ha dicho Marcus vienes de Minneapolis.

—Gracias. Llevo una semana en la ciudad.

—Pues bienvenida a Nueva York y a esto. —Hace un gesto vago que abarca la mesa, el restaurante, el proyecto entero—. Prometo que no es tan caótico como parece en el *briefing*.

—Todos los clientes dicen lo mismo.

Se ríe, y esa risa confirma lo que ya intuía, que Ethan Cole es de esas personas con las que el trabajo va a ser más fácil de lo que los documentos de confidencialidad hacen presagiar.

Comemos durante casi dos horas. El director de operaciones, que se llama Richard y habla en cifras y fechas con la precisión de un reloj suizo, explica el calendario de lanzamiento, los hitos, los entregables. Ethan habla de la IA con un entusiasmo que no es comercial sino apasionado, el de alguien que lleva años construyendo algo y todavía le parece fascinante, y hay momentos en que se lanza a explicar cómo funciona el modelo de diagnóstico y tiene que frenarse él solo porque se da cuenta de que ha perdido a la mitad de la mesa.

—Perdona —dice, en uno de esos momentos—. Me voy por las ramas.

—No te pares —digo—. Necesito entender qué hace para saber cómo contarlo.

Me mira un segundo.

—Va a ser fácil trabajar contigo.

Priya, que lleva la comida entera tomando notas en silencio, levanta la vista por primera vez con algo que en ella equivale a una sonrisa.

Al acabar, vamos a las oficinas de Nexgen, que están en el Meatpacking District, en un edificio de ladrillo visto que por fuera podría ser un almacén reconvertido y que por dentro es exactamente eso, un almacén reconvertido con el techo a seis metros, vigas de hierro vistas, y una planta abierta donde trabajan unas cuarenta personas en mesas largas compartidas sin separaciones entre ellas.

No hay despachos. No hay puertas. Hay plantas por todas partes, una pared entera de Post-its de colores que de lejos parece una instalación de arte y de cerca es probablemente el *roadmap* del producto, una cocina abierta con café permanentemente encendido y una mesa de ping-pong en el fondo que tiene la raqueta en la superficie, lo cual indica que se usa de verdad y no solo como elemento decorativo de *startup*.

Me detengo en la entrada y lo miro todo. Me siento transportada a Silicon Valley sin salir de Nueva York.

—¿Qué te parece? —dice Ethan, que se ha colocado a mi lado.

—Que no parece una empresa que lleva tres años desarrollando una IA médica con respaldo científico.

—¿Mejor o peor?

—Mucho mejor.

Asiente, satisfecho.

—Creemos que la gente trabaja mejor cuando no se siente en una jaula. —Señala hacia el fondo—. La sala que os hemos reservado está allá. Tendréis espacio propio, pero cuando necesitéis al equipo técnico, estamos todos aquí.

La sala es un cuarto acristalado en el lateral, lo bastante separado para tener privacidad pero lo bastante abierto para ver qué ocurre afuera. Tiene una mesa grande, sillas cómodas, una pizarra y una pantalla. Y una cafetera propia, que es un detalle que Priya anota sin que nadie se lo pida.

La reunión de la tarde dura tres horas y media.

Ethan presenta el producto con una profundidad que va calibrando en tiempo real según las preguntas que hacemos, subiendo el nivel técnico cuando nota que seguimos y bajando cuando ve que nos hemos perdido, con una facilidad para leer la sala que no es frecuente en personas que viven dentro del producto. Richard presenta el calendario y las restricciones presupuestarias con la misma precisión del almuerzo. Jake hace preguntas sobre el sector salud que demuestran que sí, que sabe de lo que habla. Priya identifica en diez minutos dónde están los cuellos de botella en el flujo de datos y lo dice directamente, sin rodeos, y Ethan la mira con la expresión de quien acaba de encontrar a alguien con quien hablar de verdad.

Yo escucho. Tomo notas. Hago las preguntas que todavía no tienen respuesta. Voy dibujando en mi cabeza el esqueleto de algo que todavía no tiene forma, pero que ya tiene peso, esa sensación de cuando un proyecto te importa, no porque te lo hayan asignado sino porque has entendido lo que hay en juego.

Una IA que puede ayudar a diagnosticar enfermedades antes de que sea demasiado tarde. Que puede analizar un historial clínico en segundos y encontrar patrones que un médico con demasiados pacientes y demasiado poco tiempo podría pasar por alto. Que puede no ser perfecta pero puede ser una red de seguridad, un segundo par de ojos que nunca está cansado.

Eso es lo que hay que contar. Y hay que contarlo de manera que un médico de cincuenta años que lleva toda su carrera confiando en su criterio no lo sienta como una amenaza, y al mismo tiempo que una mujer de cuarenta que acaba de recibir un diagnóstico confuso lo sienta como una posibilidad.

Son dos conversaciones completamente distintas y las dos tienen que ser verdad.

Salgo de las oficinas de Nexgen a las siete menos cuarto con el cerebro funcionando a una velocidad que no es exactamente cansancio, aunque lo parezca desde fuera. Es esa modalidad específica del agotamiento intelectual satisfecho, el de los días en que has pensado mucho y bien y tienes la sensación de haber avanzado en algo real que de verdad es importante para la gente.

Dani está en casa cuando llego, en la cocina con algo en el fuego que huele a cebolla y ajo, y cuando me oye entrar se gira con cara de llevar un rato esperando.

—Por fin. Son las siete.

—Lo sé, ha sido un día largo. Muy, muy largo.

—¿Y? —Apaga el fuego, se apoya en la encimera y me mira con los brazos cruzados, que es su postura de escucho todo lo que tengas que decir—. Cuéntame.

Me siento en el taburete de la isla, me quito los zapatos, y suelto el bolso sobre la encimera con el alivio físico de quien lleva horas cargando con él.

—He firmado —digo.

—Ya , me imagino. ¿Y?

—El proyecto es grande, Dani. Es un cliente de inteligencia artificial, IA médica, van a salir al mercado y necesitan una campaña que llegue a dos audiencias completamente distintas. No te puedo contar más porque todo es confidencial.

Dani me mira.

—¿Y tú puedes con eso?

—Sí. Por supuesto. Me ofendes.

No lo digo con soberbia. Lo digo con la certeza tranquila que me da el llevar toda la tarde escuchando un problema y saber, en algún lugar del que no soy todavía consciente pero está cerca, cómo empezar a resolverlo.

—El equipo es bueno —añado—. Jake sabe del sector. Priya es brillante con los datos. Y el cliente, o al menos el tío de producto, sabe lo que tiene entre manos y no pretende que no sea complicado. Eso ayuda mucho.

—¿Y el jefe?

—Marcus. Directo, claro, confía en mí. Eso también ayuda.

Dani asiente despacio, con esa expresión suya de procesar.

—¿Y las oficinas del cliente? ¿Son de esas que intimidan?

Me río.

—Todo lo contrario. Parecen un *coworking* con mesa de ping-pong y Post-its por todas partes. Me he sentido más cómoda ahí que en la mitad de las oficinas que he visto en mi vida.

—Eso te pega mucho. Me alegro, peque. Cuéntame más.

—Ya te lo he dicho: confidencialidad total. No puedo contarte detalles del proyecto fuera de las paredes del trabajo. Es como cuando trabajas en un rodaje con una actriz y no me lo puedes decir hasta que la productora lo permita para no destrozar la campaña de publicidad. Lo mismo.

Dani levanta una ceja.

—Acabas de contarme detalles del proyecto, creo.

—Te he contado el perímetro. El perímetro no es confidencial.

—Muy conveniente esa distinción.

—Soy de marketing, Dani. Las distinciones convenientes son mi especialidad.

Se ríe, y esa risa me alivia de una manera que no esperaba, porque me doy cuenta de que llevaba todo el día guardando esto para este momento, para sentarme aquí con mi hermano y que alguien que me conoce de verdad me mire y vea que estoy bien, que estoy más que bien, que estoy exactamente donde quería estar aunque no lo supiera hasta hace una semana.

—¿Tienes hambre? —dice Dani, girándose hacia el fuego.

—Una barbaridad.

—Bien. Porque he hecho pasta para dos y necesito que me ayudes a decidir si le falta sal o si ya la he pasado.

—Dani.

—¿Qué?

—Gracias por insistir en que viniera.

Se queda un momento con la espalda hacia mí, removiendo algo en la sartén. Luego dice:

—Necesitabas alejarte, lo sabes. Ya me lo agradecerás cuando encuentres piso y no tengas que escuchar mis alarmas a las seis de la mañana.

—Eso también.

Nos reímos los dos, y la cocina huele a ajo y a tomate y a algo que llevo días sin tener, que es la sensación de estar en el sitio correcto.

15

Patrick

El informe sigue abierto en la pantalla cuando Kim vuelve a asomarse a las seis y cuarto con el abrigo puesto y la expresión de haber acabado su jornada, aunque sepa que yo no he terminado la mía.

—¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—No. —Hago una pausa y rectifico—. Sí. ¿Sabes desde cuándo Nexgen AI trabaja con Bloom and Partners?

Kim no parpadea. Lleva cuatro años trabajando conmigo y ha aprendido que las preguntas aparentemente casuales a última hora de la tarde son las que más le interesa responder bien.

—El informe dice que firmaron esta semana. Lunes o hoy martes, según la fuente que ha encontrado el asistente.

—¿Y crees que es fiable? Ya sabes que hasta nuestra IA se equivoca a veces.

—Tan fiable como cualquier cosa que salga de un sistema de inteligencia competitiva entrenado con datos públicos y filtraciones involuntarias de LinkedIn. —Me mira inquieta—. O sea, bastante.

—Gracias, Kim.

—Buenas noches, Patrick. Vete a casa, descansas poco.

La puerta se cierra y me quedo solo con la pantalla y el café que sigue frío y el ruido de la ciudad once plantas más abajo, que a esta hora ya ha cambiado de registro y suena diferente a como sonaba

esta mañana. Los aspiradores del equipo de limpieza añaden un ruido sordo que me alivia.

Bloom and Partners. Una agencia de marketing digital de tamaño medio, buena reputación en el sector tecnológico, un par de campañas en los últimos tres años que han hecho exactamente lo que tenían que hacer sin aspavientos. No son los más grandes, pero son buenos, y Nexgen es lista eligiéndolos precisamente por eso, porque una agencia mediana con hambre trabaja diferente a una grande que ya tiene suficiente.

El problema no es que Nexgen haya contratado a Bloom and Partners. El problema es Bloom and Partners y quienes trabajan allí. Algo me dice que este es el proyecto que han asignado a Libby, no sé por qué, pero estoy seguro. Cojo el móvil y llamo a Sara.

Contesta al segundo tono, algo que no me extraña de mi prima que vive pegada al móvil.

—Patrick. Vaya, qué sorpresa.

—Hola, Sara. ¿Cómo estás?

—Bien, bien. Acabo de salir. ¿Qué tal tú?

—Bien, gracias. Oye, te llamo porque quería preguntarte algo.

—Dispara.

—¿El proyecto nuevo que lleváis en Bloom... , el que han dado a Libby, es con Nexgen AI?

Oigo respirar a mi prima antes de contestar. Seguro que está procesando hasta dónde puede decir y hasta dónde callar.

—Patrick, ya sabes que no puedo hablar de los proyectos del equipo. Confidencialidad total, nos lo hacen firmar hasta en sueños. —Lo dice con humor, sin cerrarse del todo—. Tanto que no tengo ni idea de qué proyecto le han dado. Solo sé que hoy ha sido su primer día y lo ha pasado casi todo fuera, visitando al cliente. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada importante. Curiosidad.

—Ajá. —Otra pausa—. No te creo. ¿Todo bien?

—Perfectamente. Nos vemos en la fiesta, prima.

—Hablando de eso, ¿has invitado a Libby? Por no meter la pata cuando la vea en la oficina, ya sabes. Aunque, si quieres mi opinión, deberías invitarla.

—No, no lo he hecho. La acabo de conocer, Sara, no procede.

—Yo creo que sí. Cuídate, Patrick.

Cuelgo antes de que pueda insistir y me preparo para irme a casa. Aquí ya no voy a solucionar nada, pero me quedo con el sabor amargo de que puede que Libby trabaje para mi máximo competidor y eso no me gusta nada.

Conduzco de vuelta al ático con más piloto automático del habitual, que ya es decir, porque mis trayectos en coche por esta ciudad son en su mayoría una negociación silenciosa con el tráfico que no requiere demasiada participación consciente. Hoy el tráfico está peor que de costumbre y eso me da más tiempo del que necesito para pensar, que tampoco es lo que más me conviene ahora mismo.

Subo al ático. Dejo las llaves y me quito la chaqueta.

Me planteo si llamar a la puerta de Dani. La intención es concreta y el problema es la excusa para molestarles a estas horas, que todavía no he encontrado una que suene natural. No puedo aparecer en la puerta de mi amigo preguntando qué tal le fue el día a su hermana sin que Dani, que me conoce desde hace suficiente tiempo para saber cuándo estoy haciendo algo y cuándo finjo que no lo estoy haciendo, levante las dos cejas a la vez y me mire con cara de sorpresa O de cabreo, dado lo protector que está con Libby.

Necesito algo mejor y no se me ocurre. Necesito ver la cara que pone cuando le pregunte por el trabajo, pero no tengo la suficiente confianza con ella para aparecer sin más. Me apoyo en la encimera

con un vaso de agua en la mano y esa idea a medio construir en la cabeza, buscando la mejor excusa. La vibración del móvil en la mesa me interrumpe.

—Hola, mamá.

—Patrick, cariño. ¿Cómo estás? ¿Has cenado ya? ¿No estarás trabajando todavía?

—Estoy bien, en casa y todavía sin cenar.

—Eso no está bien, Patrick. A tu edad hay que comer a sus horas.

—Tengo treinta años, mamá. Sé cuidarme.

—Espero que Rosa te haya dejado algo decente. Menos mal que está ella. Bueno —continúa sin parra ni para respirar—, te llamo por la fiesta. Solo quedan cuatro días.

Me recuesto en el sofá. La fiesta de mi treinta cumpleaños. Mi madre lleva meses organizando algo que empezó siendo una cena íntima y con los años se ha convertido en el evento social que ella considera que merece un hito así, con lista de invitados que incluye a media Nueva York y una sala en el Hilton que reservó antes incluso de preguntarme si me parecía bien, que es exactamente como mi madre entiende las sorpresas.

—¿Qué pasa con la fiesta?

—Que faltan cuatro días y todavía tengo gente sin confirmar. Te voy a mandar la lista ahora mismo, necesito que me digas quién de tu parte viene seguro y quién está en el aire. Los compromisos familiares y de la empresa de papá ya los gestiono yo.

—Mamá, ya te dije quién venía.

—Son tus amigos, Patrick, y quizá falte alguno. Venga, que no te cuesta nada. Espera, te la mando.

El mensaje llega antes de que pueda objetar nada más. Es una lista larga, mi madre no hace las cosas a medias, con nombres en columnas y un código de colores que ella misma ha desarrollado y

que requeriría un manual de instrucciones para descifrarlo correctamente. Verde para confirmados, amarillo para pendientes, rojo para los que han dicho que no pueden, pero a los que mi madre sigue considerando recuperables con suficiente insistencia.

La recorro despacio y me detengo en la línea que dice «hermana de Daniel Crane» y está en amarillo. Me quedo mirando esa línea con el manos libres del teléfono activado y la voz de mi madre al fondo explicando algo sobre el menú que no estoy escuchando.

—¿Patrick? ¿Sigues ahí?

—Sí, aquí estoy. Mamá, ¿por qué está en la lista la hermana de Dani?

—Porque Sara me dijo que la invitara, cariño. Ya sabes que Sara me ayuda, y me comentó que la hermana de Daniel estaba en Nueva York y que sería un detalle incluirla. ¿La conoces?

—Un poco.

—¿Es simpática?

—Sí.

—Entonces no hay problema. ¿Crees que vendrá? Me parece feo invitar a Dani y no a ella, ¿no crees, cariño?

Me paso la mano por la nuca. Lo mismo que ha dicho Sara. Esto ya huele a complot de mi prima.

—No lo sé, mamá. Lleva dos días en la ciudad y no se mueve en nuestro ambiente. Dudo que quiera y no la voy a poner en un compromiso sin conocerla. —El problema es si yo quiero que esté.

—Bueno, eso es cosa suya, cariño. Nosotros invitamos y ellos deciden. Aunque dile que el código de vestimenta es elegante, no hace falta que se arruine, pero tampoco puede venir en vaqueros. —Suspiro con una carga de paciencia que mi madre ha debido de entender sin palabras.

—Te llamo mañana, mamá.

—Patrick, cena y descansa. Y dime algo cuanto antes. Mira la lista con lupa, ¿lo harás?

—Mañana, mamá. Buenas noches.

Cuelgo antes de que pueda añadir nada más sobre el menú o los invitados amarillos o el código de vestimenta, y me quedo mirando el techo del salón con el móvil sobre el pecho y la lista de mi madre todavía abierta en la pantalla.

Cuatro días. Hasta ahora no me había dado cuenta de que queda tan poco.

Me siento con eso un momento. O más que sentarme, lo dejo reposar, porque hay cosas que necesitan un tiempo de reposo antes de que uno sepa exactamente qué piensa de ellas, y esta es una de esas cosas. No estoy seguro de querer que Libby vaya a la fiesta de mi cumpleaños. La fiesta que organiza mi madre es un evento social, con gente que me conoce desde que tenía diez años, con amigos de mis padres que observan, socios y clientes y una dinámica general que convierte a cualquier mujer que aparezca a mi lado en objeto de análisis colectivo. Sobre todo si no la conocen. A veces pienso que mi madre organiza esto para encontrarme pareja, como si viviéramos en la época victoriana.

Pero si va Dani, que va a ir porque mi madre le invita todos los años y él nunca falta, y Libby está en la ciudad, no invitarla queda raro. Queda mal. Queda como algo que tiene una explicación que yo preferiría no dar.

Debería decírselo y debería hacerlo ya porque, si no tiene ropa adecuada y nadie se lo dice con suficiente antelación, no va a poder comprarse nada que cumpla con el código de vestimenta de mi madre. Ya tengo una razón importante para ir a casa de Dani ahora mismo.

Me doy una ducha rápida, de las que son principalmente un reinicio y no tanto una experiencia de higiene prolongada, y me pongo lo primero que encuentro que sea cómodo, vaqueros y una

camiseta azul. Me calzo unas zapatillas deportivas y salgo, con el pelo todavía algo húmedo.

Necesitaba una excusa y la tengo desde el momento en que mi madre ha llamado, y es perfecta, y es además completamente verdadera, lo cual le da una solidez que las coartadas inventadas raramente tienen. Voy a invitarla a la fiesta. Eso es todo. Es un motivo real, con una fecha concreta, y si de paso me entero de cómo le fue el día, eso no es un plan, sino simplemente una consecuencia de ser educado. Quiero que diga que no viene porque sé que me pasaría la noche pendiente de ella, y quiero que diga que sí viene porque me gusta. Me gusta mucho.

Llamo a la puerta.

16

Libby

Cuando llaman a la puerta, Dani ya tiene el tenedor en la mano para el segundo plato y yo estoy con las piernas cruzadas en el sofá con el plato sobre las piernas, porque la mesa del comedor tiene tres cajas de material de rodaje encima y esta semana nadie ha tenido tiempo ni energía para moverlas.

—Yo abro —dice Dani, y desaparece hacia la entrada.

Escucho voces. Reconozco la segunda antes de verle.

Patrick entra en el salón con vaqueros oscuros, una camiseta azul que marca sus bíceps y el pelo ligeramente húmedo, con una versión de él de después de la ducha que resulta, objetivamente y sin que yo haya pedido tener esta opinión, considerablemente peor para mi salud mental que la versión con traje. La versión con traje tiene una distancia incorporada, una formalidad que ayuda a mantener las cosas en su sitio. Esta versión no tiene nada de eso. Esta versión huele a jabón limpio desde el otro lado del salón y me mira con calma y dice buenas noches con una naturalidad que me parece una falta de consideración enorme dado el contexto.

—Buenas noches —digo, y me alegro de tener el plato de pasta en el regazo porque me da algo concreto donde mirar.

Me viene a la cabeza el sueño que tuve con él como protagonista, sin ropa para más detalle, y me ruborizo. No debería pensarlo ahora mismo, con Dani a dos metros y Patrick de pie en el salón, pero el cerebro humano tiene sus propias prioridades y las mías esta noche incluyen el recuerdo nítido e innecesario de sus manos en el sueño,

su boca en la mía y la manera en que decía mi nombre, y eso no es información que me ayude a mantener una conversación normal.

Dani se dirige a la cocina mientras Patrick se acerca al sillón que hay delante de mí.

—Queda pasta, ¿te sirvo?

—No hace falta —dice Patrick.

—No te he preguntado si hace falta —dice Dani, y el sonido del cazo contra el plato indica que la decisión ya está tomada—. Seguro que no has cenado.

Patrick acepta esto con la resignación tranquila de quien conoce a Dani desde hace suficiente tiempo para saber que ciertas batallas no tienen sentido. Se sienta en el sillón frente al sofá, no a mi lado, lo cual es lo correcto y a la vez lo más irritante del mundo, y me mira un momento. Daría lo que fuera por atrapar esos labios que me sonríen a mí, solo a mí. En lugar de eso, me trago las ganas enredadas en la pasta que ha cocinado mi hermano.

—¿Qué tal el primer día?

—Bien. Muy bien, la verdad.

—¿Ya has conocido al cliente?

—Hoy mismo. —Me quedo ahí, porque no puedo añadir nada más y él lo sabe y yo lo sé y hay un segundo entre los dos que tiene más contenido del que debería tener una conversación sobre el primer día de trabajo.

Dani vuelve con un plato de pasta y lo deja frente a Patrick con la misma naturalidad que si llevara años siendo el tipo que alimenta a la gente sin que nadie se lo pida.

—Come, que estás delgado.

—Eres peor que mi madre, tío.

—Estás delgado para lo que comes. Rosa no puede hacer milagros si tú no colaboras.

Patrick coge el tenedor sin discutir más, lo cual me parece una demostración de carácter admirable, y come un momento en silencio mientras Dani vuelve a su sitio y los tres quedamos en esa configuración de salón que tiene algo de extrañamente doméstico para ser tres personas que hace una semana no se conocían. Bueno. Dos de ellas no se conocían.

—Aunque no lo parezca, no he venido a cenar —dice Patrick, dejando el tenedor un momento—. Mi madre me acaba de llamar por la fiesta de cumpleaños.

Dani levanta la vista.

—¿Qué pasa?

—Que me ha recordado que faltan solo cuatro días y que la lista de confirmaciones tiene huecos. —Me mira a mí—. Libby, mi madre quiere que vengas. Formalmente, digo. Creo que te mencioné el primer día lo de la fiesta en el Hilton, la de mi casa era solo para amigos, pero no formalicé una invitación.

Me quedo un momento con el plato en el regazo y la pasta a medio comer y Patrick mirándome desde el sillón, y siento que me sube algo al cuello que espero que la luz del salón no delate demasiado. No es que me sorprenda. Recuerdo perfectamente que me habló de la fiesta ese primer día cuando me invitó a la fiesta informal, uno de esos datos que uno archiva sin saber muy bien por qué. Lo que no esperaba era que me invitara, ya que es un evento social, o que al hacerlo me observara exactamente así, con una mirada que no dice nada y sin embargo dice demasiado.

—Gracias —digo—. Aunque una fiesta elegante en el Hilton no es exactamente mi hábitat natural.

—Lo sé. Pero eso es lo de menos.

Lo dice sin ironía. Sin condescendencia. Solo como un hecho que constata, y que por alguna razón hace que me resulte más difícil decir que no que si hubiera insistido.

—Yo creo que es una idea estupenda —interviene Dani, con el entusiasmo específico de llevar un rato esperando poder decir eso—. Así conoces gente. Nueva York no se construye sola, Libby, necesitas red, contactos, personas fuera del trabajo. —Me señala con el tenedor—. Y así yo no me preocupo de dejarte sola cuando tengo rodaje.

—Dani, tengo veintisiete años.

—Y yo treinta y uno y me preocupo igual. Son mis derechos como hermano mayor.

—Eres cuatro años mayor.

—Exactamente. Cuatro años de experiencia acumulada en preocuparme por ti.

Patrick observa este intercambio con algo en la boca que no llega a ser una sonrisa, pero que tiene todos los ingredientes, y cuando nuestras miradas se cruzan un momento, lo aparto demasiado rápido y me concentro en la pasta con una dedicación que la situación no requiere.

—El problema es la ropa —digo, porque es verdad y porque hablar de la ropa me devuelve a un territorio manejable—. No tengo nada para una fiesta así. Ni siquiera sé qué significa exactamente «etiqueta» en Nueva York.

—Significa que no puedes ir en vaqueros —dice Patrick—. Más allá de eso, hay margen.

—Qué tranquilizador.

—Puedes llamar a Sara —añade—. Le gusta ir de compras y conoce la ciudad. Seguro que te ayuda.

Pienso en Sara, en su energía de primera hora de la mañana multiplicada por el entusiasmo de una compra con causa, y la imagen me produce sentimientos encontrados.

—Puedo ir sola.

—Claro que puedes. Pero Sara sabe exactamente dónde ir y cuánto tiempo tienes. —Hace una pausa, deja el tenedor en el plato y me mira—. Y le va a encantar la excusa. Además, lleva yendo a estas fiestas toda la vida, sabe perfectamente qué es lo adecuado.

Eso es verdad y no tengo argumento en contra, así que no digo nada, lo cual Dani interpreta correctamente como una rendición y levanta el vaso con el jugo de naranja a modo de brindis informal.

—Perfecto. Está decidido.

—No recuerdo haber decidido nada —me quejo.

—Libby.

—Bien. —Suelto el aire—. Bien, iré. Pero que conste que lo hago bajo presión familiar.

—Que conste —acepta Dani, satisfecho.

Patrick come otro bocado de pasta sin decir nada, pero hay algo en la manera en que lo hace, demasiado tranquilo, demasiado quieto, que me indica que no está tan ajeno a esta conversación como aparenta. Le miro un segundo. Aparta la vista hacia el plato justo cuando yo lo hago, y no sé cuál de los dos ha mirado primero ni cuál ha apartado antes, y ese pequeño desorden me deja una incomodidad agradable que no sé muy bien dónde poner.

—Así brindamos por tu trabajo con Sara y Dani, que solo lo has celebrado conmigo —añade—. Si es que es tan bueno como para celebrarlo.

—Sí, estoy contenta. —No sé por qué saca de nuevo el tema y eso me inquieta. De pronto caigo en que su empresa también es de IA y pienso si sabe más de lo que dice—. Es un reto interesante y claro que merece la pena celebrarlo. Gracias por decirlo.

Asiente y come. Y ese silencio de dos o tres segundos me sirve para constatar lo que acabo de pensar. Patrick dirige una startup de IA y el mundo en el que se mueve él y el mundo en el que acabo de entrar yo esta mañana son el mismo mundo, y que la

confidencialidad que he firmado esta mañana con tanta solemnidad tiene sentido de repente de una manera más concreta y más incómoda de lo que tenía hace unas horas.

Ni digo ni pregunto nada. Cojo el tenedor y termino la pasta con una concentración renovada, y si Patrick nota algo en mi silencio, tampoco lo dice. Pero cuando recojo el plato, me levanto para llevarlo a la cocina y paso junto al sillón donde está sentado, hay un momento muy breve en que podría tocarlo sin esfuerzo y él lo sabe y yo lo sé, y los dos miramos hacia otro lado con esa disciplina agotadora de quien lleva días tomando la misma decisión correcta, aunque el deseo tire en sentido contrario.

Dani, desde el sofá, cambia el canal sin levantar la vista. Menos mal que está él. Y también, aunque no lo vaya a reconocer en voz alta, ojalá no estuviera.

17

Patrick

Dani desaparece hacia el baño con la naturalidad de quien lleva años viviendo solo y no ha desarrollado todavía el instinto de calcular el momento en que su ausencia deja a dos personas solas en un salón, con una conversación pendiente. Aunque dudo que sea consciente de esto último.

Me levanto del sillón sin pensarlo. O sí lo pienso, pero en el tiempo que tarda Dani en cerrar la puerta del baño ya he cruzado el salón y estoy de pie junto a la cocina donde Libby acaba de dejar el plato en el fregadero, y cuando se gira me tiene demasiado cerca para que cualquiera de los dos pueda fingir que esto es casual.

Me inclino ligeramente hacia ella, lo suficiente para que lo que digo llegue en voz baja y no más lejos.

—Me muero por besarte.

Es verdad, lo siento así, y llevo toda la noche con esa idea instalada en algún sitio del pecho sin tener dónde ponerla, y el baño de Dani me ha dado exactamente la ventana que necesitaba para sacarla fuera.

Libby no se aparta. Me mira con esos ojos suyos que procesan las cosas a una velocidad que no siempre se refleja en la cara, y durante un segundo no dice nada, y ese segundo tiene un peso considerable, porque significa que me rechaza.

—Olvídalo. No le haría eso a Dani.

Lo dice en voz baja, igual que yo, pero con una firmeza que no tiene fisuras. Una puerta cerrada con llave, y lo que me descoloca, lo que no esperaba, es que esa firmeza no me produce frustración, sino algo más parecido al respeto. Libby Crane, que lleva una semana en esta ciudad, lleva calcetines de rayas en vez de medias de seda, y se sienta en el suelo, tiene también esa cosa poco frecuente que es saber exactamente lo que quiere y lo que no quiere y decirlo sin necesitar que nadie lo entienda. No me extraña que le hayan dado el proyecto de mi competidor a esta fierecilla que es mucho más inteligente de lo que parece a primera vista.

Me enderezo, sonrío y no insisto, algo que no sé si esperaba que hiciera.

—De acuerdo —digo.

Me mira un segundo más, calibrando si la sonrisa es condescendencia o algo distinto, y cuando decide que es algo distinto, aparta la vista justo en el momento en que el baño se abre y Dani vuelve al salón sin haberse perdido nada porque no había nada que perderse, que es exactamente la versión correcta de los hechos.

Dani pone videos de música en la tele que ninguno de los tres mira, y hablamos de cosas banales, anécdotas del rodaje, la ciudad, un restaurante que Dani quiere probar el fin de semana, creo, porque escucho a medias, embebido en mis pensamientos. Libby participa con una naturalidad que no varía demasiado dependiendo del contexto, sentada en el sofá con los pies recogidos, y yo me concentro en la conversación con una dedicación que Dani no necesita saber que me está costando.

Cuando me levanto para irme, Dani me acompaña a la puerta.

—Gracias por lo de la fiesta —dice, con un tono que tiene algo de los dos significados posibles, el literal y el otro, y que yo recibo sin comentario.

—Buenas noches, Dani.

Libby levanta la mano desde el sofá en un gesto de despedida informal y directo, sin levantarse, y salgo al rellano con esa imagen guardada en algún sitio que no he elegido conscientemente.

En el ático, me siento en el sofá con el móvil y escribo dos mensajes.

El primero a mi madre:

Libby Crane confirma asistencia.

El segundo a Sara:

Libby necesita ir de compras para la fiesta. ¿Puedes acompañarla? Tiene dos días.

Sara contesta en menos de un minuto con tres emojis de corazón y un «por supuesto, ya la llamo yo», que es exactamente la respuesta que esperaba. Mi madre tarda cuatro minutos y manda una nota de voz de dos minutos que contiene, por este orden, su alegría por la confirmación, tres preguntas sobre quién es Libby exactamente, una observación sobre que ya era hora, y los detalles del menú del viernes que no he pedido, pero que recibo igualmente.

Apago la lámpara y me voy a la cama.

Me despierto con la certeza de haber soñado con ella.

No recuerdo nada concreto. Ninguna imagen, ninguna conversación, ningún detalle que pueda rememorar. Solo esa sensación que dejan algunos sueños, un residuo cálido y vago que se instala en algún lugar entre el pecho y el estómago y que no desaparece aunque uno abra los ojos y compruebe que son las siete y cuarto y que el techo es el suyo y que todo está exactamente donde lo dejó, con la parte derecha de la cama fría, como siempre.

Esa sensación me lleva a preguntarme, con una honestidad que a las siete de la mañana resulta más fácil de ver con claridad que a otras horas, si me estoy obsesionando con ella. La palabra es fuerte y la miro de frente porque ignorarla no la hace desaparecer. Llevo menos de una semana pensando en Libby Crane con una frecuencia

que no es proporcional al tiempo que la conozco ni a la naturaleza de lo que hay entre nosotros, que es básicamente un beso interrumpido y una promesa hecha a su hermano y dos personas que viven en el mismo rellano.

Lo razonable sería la distancia. Dejar que el día a día ocupe el espacio, que dentro de una semana todo esto sea simplemente el recuerdo de una chica que llegó y se instaló en la cabeza durante unos días y que luego la vida puso en su sitio. Eso es lo que debería pasar.

Me levanto, me ducho y preparo café antes de irme al trabajo. Mi frugal desayuno es interrumpido a las ocho y cuarto cuando suena el móvil con la sintonía asignada a mi madre. Contesto con el café en la mano y la chaqueta a medio poner, porque mi madre tiene un radar específico para los momentos en que uno tiene las manos ocupadas.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, cariño. Te llamo rápido antes de que te vayas. Oye, que he pensado que no puedes ir solo a tu propia fiesta de treinta años, que eso no queda bien, y he llamado a Vanessa.

Me quedo quieto con el café en la mano.

—¿Qué quieres decir con que has llamado a Vanessa?

—Le he dicho que si podía acompañarte y se ha puesto contentísima. Ya sabes lo mucho que le gustas, Patrick. Y es una chica estupenda, guapa, educada, de buena familia...

—Mamá.

—...y lleva un tiempo sin salir con nadie, me lo dijo su madre el mes pasado, y yo pensé que si tú también estás solo, que lo estás, pues que mejor ocasión que esta para...

—Mamá…

—¿Qué?

Suelto el aire despacio.

—No necesito que me busques acompañante. Que vaya a la fiesta, bien, como una más, no como mi pareja —recalco el «mi» por si no le queda claro—, porque no lo es y mentir es peor.

—Todo el mundo necesita compañía, cariño. Tú más que nadie, que trabajas demasiado y luego llegas a casa y estás solo con lo que te deja Rosa en la nevera. Eso no es vida para un hombre de treinta años.

—Rosa solo viene tres días a la semana.

—Exactamente, los otros cuatro estás solo. Vanessa es perfecta para ti, siempre lo he pensado. Dale una oportunidad, un baile, una conversación y, sobre todo, entra con ella al Hilton. Solo eso te pido.

Vanessa Holt. Tres años sin verla. O cuatro. El tiempo exacto que lleva sin aparecer en ningún contexto de mi vida y que esta mañana, ocho horas después de haber decidido que lo más sensato es dejar de pensar en Libby Crane, mi madre deshace en una llamada de cuatro minutos.

—¿Ya ha confirmado? —pregunto, aunque la respuesta la conozco antes de hacerla.

—Claro, hijo, le ha hecho mucha ilusión. Bueno, hay algo más que debes saber, cariño. Le he dicho que es idea tuya y que yo solo gestiono la lista de invitados, que por eso no le llamabas tú. ¡Estás tan ocupado!

—Mamáááá.

—Entrar juntos y un baile, Patrick. Solo eso. —Hace una de sus pausas estratégicas, de las que lleva toda la vida ejecutando con una precisión que debería estar patentada—. Por mí, que solo miro por ti... bueno, que es tu fiesta y quiero verte contento.

Cuelgo con más suavidad de la que me apetece, dejo el café sobre la encimera y me quedo absorto en la pared de la cocina, mirando sin mirar. Vanessa Holt en mi fiesta. Libby Crane en mi

fiesta. Mi madre, que no sabe nada de Libby Crane pero tiene un instinto para complicar las cosas en el momento más inoportuno que lleva treinta años sin fallarle.

18

Libby

Sara me espera en la puerta de Bloom and Partners a las seis y cuarto con una energía que no ha bajado ni un grado desde las nueve de la mañana y un plan de ataque que, según me explica mientras bajamos las escaleras, implica tres tiendas en orden de prioridad, dos opciones de precio y ninguna pérdida de tiempo en sitios que no van a dar resultado.

—La primera es en el SoHo —dice, parando un taxi con la autoridad de quien lleva años viviendo en esta ciudad y sabe exactamente cómo hacerlo—. Tiene cosas que te van a quedar perfectas. Y si no encontramos ahí, vamos a la segunda, que es más cara pero vale la pena.

—¿Y la tercera?

—La tercera es por si acaso. Pero no vamos a necesitarla. Estoy segura.

Me meto en el taxi con la certeza de que Sara ha organizado esto con más rigor del que yo he puesto en algunas campañas de marketing, y que discutir el plan no tiene ningún sentido práctico.

—Gracias por esto —digo, mientras el taxi avanza por la Séptima Avenida con esa lentitud característica del tráfico de última hora.

—No me agradezcas, me encanta. Llevo años sin tener a nadie a quien vestir para estas cosas. —Me mira de reojo—. No tengo hermanas y Patrick va solo o con algún amigo y mi tía acaba

poniéndose nerviosa con el protocolo y llamándome a mí para que le ayude con los detalles.

—¿Tu tía organiza todas sus fiestas así?

—Las que le dejamos. Cuando mi tío vivía y era CEO de la empresa, mi tía organizaba fiestas de cumpleaños, las cenas de empresa, la Navidad. Era su manera de decirle al mundo que está bien, que todo funciona, que la familia Castner sigue siendo la familia Castner. —Hace una pausa—. Desde que murió el padre de Patrick y la empresa la lleva su tío, se ha relajado, excepto con el cumpleaños de mi primo y la cena de Navidad. Creo que lo necesita. Le da la vida, dice.

Miro por la ventanilla. El padre de Patrick. Otro dato que encaja en algún sitio y que recompone algo de lo que ya tenía, la manera en que habla de la empresa, la *startup* creada con el dinero de las acciones vendidas, esa tranquilidad que tiene que a veces parece más costosa de mantener de lo que aparenta.

—¿Hace mucho que murió? —pregunto.

—Cinco años. Patrick tenía veinticinco. —Sara mira hacia la calle —. Fue muy duro. Pero es Patrick, ya sabes. No dice nada y sigue adelante.

Ya sé. O empiezo a saber un poco cómo es.

La primera tienda en la que entramos huele a madera y a algo floral que no es recargado, tiene ropa colgada con espacio entre las prendas y una iluminación que hace que todo parezca mejor de lo que es, que es exactamente el truco de las buenas tiendas. Sara va directa a un perchero que hay al fondo con la seguridad de quien conoce el sitio, pasa las perchas con rapidez y saca tres opciones sin dudarlo.

—Pruébate estas —dice, entregándomelas—. Yo sigo mirando. Ya sé que no te va lo muy formal, no te preocupes.

Me meto en el probador con los tres vestidos y el escepticismo moderado de alguien que no recuerda la última vez que compró algo para una fiesta de este nivel. El primero es negro, largo, con un escote que en el perchero parecía discreto y en mi cuerpo resulta considerablemente escandaloso. El segundo es verde botella, muy bonito en la percha, pero tiene algo que no termina de ser yo, una rigidez en el corte que me hace sentir disfrazada de mí misma en una versión más formal. No encajo en esto y me desanimo. «¿Qué haces, Liberty Crane?, estas fiestas no son para ti», murmuro al espejo.

El tercero es azul petróleo, no exactamente azul marino, más bien ese color que está entre el azul y el negro y que cambia según la luz. El corte es sencillo, la falda cae bien por debajo de las rodillas, el escote es moderado, y tiene un detalle en la espalda que no había visto desde el perchero, una abertura pequeña y vertical que no llega a ningún sitio indecente pero que deja imaginar. No sé si va a ser demasiado para mí, que suelo vestir con ropa más ancha. Me lo pongo.

Me miro en el espejo un momento, antes de que Sara golpee la puerta del probador.

—¿Qué tal?

Entra y me mira. En su cara ocurre algo que no es exactamente sorpresa porque Sara no es de las que se sorprenden fácilmente, sino algo más parecido a la satisfacción de quien tenía razón antes de tener todos los datos.

—Ese —dice—. Ni lo dudes.

—No sé si es demasiado...

—Libby. —Me señala el espejo—. ¿Por qué escondes un cuerpo tan perfecto? Ahora mismo te odio —ríe—. Mírate, por favor.

Lo hago. El vestido es elegante sin ser aburrido, tiene un toque de fiesta sin exagerar, y el detalle de la espalda convierte lo que podría haber sido discreto en algo que uno recuerda. No me siento

disfrazada porque, aunque dibuja mis curvas, no es ceñido como los que llevan algunas mujeres que parecen embutidas con tela. Me siento como yo, pero en una versión que no saco a pasear con frecuencia.

—Es sexy —digo, con cierta cautela—. Demasiado para mí, creo.

—Es discretamente sexy, que es mucho mejor. Cualquiera puede ponerse algo obvio. Esto es otra cosa. —Se cruza de brazos con gesto de veredicto inapelable—. Es serio y divertido a la vez. Eres tú, Libby, para un sábado por la noche en una reunión donde el glamour no sobra.

Me vuelvo para ver la espalda en el espejo.

—¿Y Patrick...? —Empiezo la frase sin saber exactamente cómo terminarla y me arrepiento a mitad.

Sara sonríe con una calma que indica que llevaba un rato esperando que llegáramos aquí.

—¿Qué pasa con Patrick?

—Nada. Me refería al código de vestimenta, si esto es adecuado para el tipo de fiesta que organiza su madre.

—Claro que sí. —Pausa deliberada—. Le vas a encantar.

—No es mi objetivo gustarle a él, sino no dar el cante.

—Ajá.

Me meto en el probador a cambiarme antes de que la conversación avance más, pero Sara tiene paciencia y tiempo, y cuando salgo con el vestido en la mano y me dirijo a la caja, camina a mi lado con la actitud de alguien que retoma una conversación y no la abandona.

Salimos a la calle con la bolsa y sin necesidad de ir a la segunda tienda ni a la tercera, lo cual le da a Sara una satisfacción que no intenta disimular. Hay una cafetería a media manzana y entramos sin

discutirlo, pedimos dos cafés y nos sentamos junto al escaparate con la bolsa apoyada en la silla entre nosotras.

—¿Cuánto tiempo lleváis tú y Kevin juntos? —pregunto, porque quiero saber y porque también me conviene cambiar el foco.

—Tres años en febrero. —Envuelve la taza con las dos manos—. Nos conocimos en una boda, que es un cliché horrible pero es lo que hay. Él es arquitecto. Tranquilo, ordenado, completamente opuesto a mí en temperamento, y sin embargo funciona. —Me mira—. A veces los opuestos se complementan mejor de lo que uno espera.

—Eso dicen.

—Lo digo yo, que lo estoy viviendo. —Bebe un sorbo—. ¿Y tú? Dani me contó algo de un ex en Minnesota.

—Russell. Salimos dos años. Ya está, no hay mucho más que contar.

—Patrick dice que te hizo daño.

—Patrick exagera, a saber lo que le ha contado mi hermano. —Bajo la mirada— Y también tiene algo de razón, pero no en ese orden.

Sara asiente sin insistir, y eso me gusta de ella, que sabe cuándo tirar y cuándo soltar.

El café está bueno y la calle fuera tiene esa luz anaranjada del atardecer que le da a Manhattan, en ciertos momentos y desde ciertos ángulos, un aspecto completamente irreal, como si alguien hubiera decidido mejorar el filtro. Sara gira la taza entre los dedos con expresión de estar pensando algo, decidiendo si lo dice.

—Supongo que Dani también te habrá contado cosas de Patrick.

No es una pregunta. Lo formula con tranquilidad y en su tono interpreto que sabe que tengo curiosidad, aunque no pregunte.

—Algo —digo, con la neutralidad que puedo.

—¿El discurso de que es un mujeriego y que trata bien a las chicas hasta que se aburre?

—Más o menos.

Sara suelta el aire por la nariz con algo que no llega a ser una risa pero se le acerca.

—Dani le quiere mucho, pero le juzga con menos información de la que cree tener. —Deja la taza—. ¿Te ha hablado de Lauren?

—Algo me comentó, no mucho.

Sara asiente despacio, sin sorpresa.

—Lauren era lista, guapa y sabía exactamente lo que hacía en cada momento. —Lo dice sin animadversión, con la objetividad de quien ha tenido tiempo de digerir algo y ya no le duele—. Patrick se enamoró de verdad, que no es algo que le pase con frecuencia, y ella lo sabía y lo usó. No de manera burda, sino con paciencia y una precisión que en retrospectiva da más miedo que si hubiera sido obvio desde el principio. Cuando Patrick lo entendió, no se derrumbó, porque Patrick no se derrumba, pero algo dento de él se apagó. Y lo que se apagó no ha vuelto a encenderse de nuevo.

—Mi hermano dice que desde entonces va de una a otra sin quedarse con nadie.

—Dani ve lo que hay en la superficie. —Sara deja la taza—. Lo que hay debajo es un hombre que aprendió que equivocarse con una persona puede costarte muy caro, y que desde entonces prefiere no arriesgarse a descubrir si la siguiente también tiene precio. Mi tía está preocupada, y con razón. Pero Patrick no le da entrada al tema. Le dice que está bien, que tiene el trabajo, y punto.

Proceso eso en silencio. La imagen que construyo es más complicada que la de Dani, y eso me genera más preguntas, que es exactamente lo que no necesito ahora mismo.

Pienso en el beso interrumpido. En el «me muero por besarte» dicho en voz baja junto al fregadero. En la sonrisa tranquila cuando

le dije que no, sin insistencia, sin frustración. Y me pregunto si eso es un hombre que quiere lo que quiere hasta que lo consigue, o uno que lleva tiempo sin permitirse querer nada de verdad y no sabe muy bien qué hacer cuando algo le importa.

Las dos opciones me inquietan por razones distintas.

—Libby —dice Sara, con un tono que indica que lleva un rato queriendo decir algo y ha esperado el momento.

—Esa cara, ¿qué estás pensando? Yo no tengo interés en tu primo.

—Ya, bueno —sonríe—. Estaba pensando que Patrick no le presta atención a casi nadie y que, sin embargo, esta semana ha cenado dos veces en casa de tu hermano y me ha llamado para preguntarme por ti. —Hace una pausa para escrutar la expresión de mis ojos—. Para alguien que supuestamente va de una a otra sin fijarse en nadie, es bastante movimiento en muy poco tiempo.

No digo nada. Sara recoge su abrigo con una sonrisa que no necesita palabras y deja el dinero del café sobre la mesa.

—El vestido es perfecto —dice—. El sábado vas a estar increíble.

Salimos a la calle y el aire de la noche nos recibe fresco y limpio, y yo camino a su lado con la bolsa en la mano y demasiadas cosas en la cabeza que no sé todavía si quiero ordenar o dejar exactamente donde están.

19

Patrick

El jueves por la mañana abro el informe de competencia, generado por el asistente de mi propia IA, por tercera vez en dos días y lo cierro por tercera vez sin haber añadido nada al documento de estrategia que Kim lleva una semana esperando para pasarlo al consejo. No es que no sepa qué escribir. Es que cada vez que llego a la sección de Nexgen AI y al párrafo que describe el perfil del equipo de campaña asignado, me detengo en el mismo punto y el documento se queda abierto en la pantalla mientras yo miro por la ventana los once pisos de ciudad que tengo delante sin ver ninguno.

Es un hecho que Nexgen AI ha contratado a Bloom and Partners. Y seguro que Bloom and Partners le ha dado el proyecto a Libby. No lo sé con certeza, pero no tengo duda, y la diferencia entre esas dos versiones de saber algo se ha ido reduciendo a lo largo de los últimos tres días hasta quedar en nada.

El problema no es que Nexgen AI tenga una agencia de marketing externa. Todas las empresas de este sector tienen o van a tener una, y la competencia en ese plano es normal y esperable y forma parte del juego. El problema es que la persona que va a construir la narrativa de mi competidor directo, la que va a decidir cómo se cuenta su producto al mundo y puede quitarme clientes, duerme a veinte metros de mi puerta y tiene calcetines de rayas y se sienta en el suelo y se ríe del concursante del sushi con una carcajada fresca que todavía no he conseguido sacarme de la cabeza.

Me levanto. Voy a la cocina de la oficina y me sirvo el tercer café del día, que son dos más de lo habitual, y me apoyo en la encimera con la taza en la mano mirando a la pared.

Lo razonable, lo que haría cualquier persona en mi posición con la cabeza en su sitio, sería separar las dos cosas. El trabajo es el trabajo y Libby es Libby y las dos cosas coexisten en el mundo sin necesidad de contaminarse mutuamente. Ella no sabe lo que yo sé. Yo no sé exactamente lo que ella sabe. Hay una confidencialidad de por medio que funciona en los dos sentidos y que en teoría debería hacer que esto fuera sencillo.

En teoría. Porque en la práctica llevo tres noches durmiendo mal y dos días con el documento de estrategia abierto y vacío. También es real que esta mañana, al salir de casa, me he parado delante de su puerta unos segundos antes de seguir hacia el ascensor, y ninguna de esas cosas tiene una explicación profesional convincente.

Me gusta. Ese es el problema en su versión más simple y más inconveniente. Me gusta con esa claridad específica que no deja mucho margen para la negociación, la clase de gustar que uno reconoce precisamente porque no se parece a las veces anteriores en que creyó que le gustaba alguien y que en retrospectiva tenían una sensación completamente diferente. Libby Crane entró en el ascensor de mi edificio hace unos días con una maleta demasiado grande y una expresión de acabar de llegar a un sitio que todavía no sabía si iba a ser el suyo, y desde entonces ocupa un espacio en mi cabeza que no le he dado permiso para ocupar y que, sin embargo, está ahí, sólido e inconveniente, a todas horas.

Y ahora resulta que trabaja para mi competencia. Dejo la taza en el fregadero sin medir la brusquedad con la que la suelto. El ruido hace levantar varias cabezas de la sala común que me obliga a pedir disculpas.

No es culpa de ella. Eso me lo repito con bastante frecuencia estos días, porque hay un momento en que la lógica intenta buscar un responsable y Libby es el objetivo más cercano, y eso no es justo

y lo sé. Ella firmó un contrato con una empresa que no sabía que era mi competidora directa, en una ciudad que lleva diez días siendo la suya, y lo hizo porque es buena en su trabajo y porque se lo merecía y porque la vida tiene ese sentido del humor específico que consiste en poner las cosas que uno quiere exactamente donde no puede alcanzarlas con comodidad. Sé que llegó a Nueva York para ser evaluada para este proyecto antes de conocerme. El destino juega las cartas de una forma perversa.

El nombre de Lauren me llega nítido. Aparto el pensamiento casi en el mismo segundo en que aparece, porque no tiene nada que ver y porque compararlas sería una injusticia que Libby no merece. Lauren sabía exactamente lo que estaba haciendo en cada momento. Primero enamorarme para luego vivir como una reina. Libby no sabe nada, y esa diferencia es absoluta y lo cambia todo, aunque el resultado práctico, que es que no puedo acercarme a ella sin que eso tenga implicaciones que ninguno de los dos ha pedido, sea parecido.

Vuelvo al despacho. Me siento de nuevo y abro el documento de estrategia que mi compañía necesita ya. Debo hacer el borrador y llevarlo al consejo para decidir la siguiente ronda de inversores.

Me paso la mano por el pelo y pienso en la fiesta del sábado, que es otro frente abierto en una semana que ya tiene demasiados. Libby va a aparecer en el Hilton con un vestido que no puedo ni imaginar porque no le pega nada el ambiente en el que mi madre me ha obligado a meterla. Seguro que no le gusta. Sara me llamó para contarme lo del vestido muy entusiasmada, pero me negué a que me diera detalles. Y para colmo, debo hacer la entrada triunfal a la fiesta del brazo de Vanessa Holt, que lleva cuatro años sin aparecer en mi vida y que mi madre ha recuperado con la precisión de un misil buscando el momento más inoportuno del calendario.

A Vanessa no le guardo rencor. El poco tiempo que estuvimos juntos fue un poco teatro, forzados por nuestras familias que siempre han querido que acabemos juntos. Terminó por esas razones que los dos entendíamos, aunque ninguno las dijera en voz

alta mientras duró. Vanessa pertenece a una parte de mi vida que tiene una distancia considerable desde aquí, y verla mañana en mi fiesta de cumpleaños, cogida de mi brazo, con la cobertura implícita de mi madre, me provoca una incomodidad anticipada que no mejora con el tiempo que llevo dándole vueltas.

Para colmo, la reacción de Dani no ayuda. Él es mi amigo desde hace años y le prometí que no me acercaría a su hermana; si supiera lo que llevo pensando tres días, me miraría con una cara que no necesita palabras y que yo no tengo ningún argumento para rebatir, porque la promesa fue clara y la hice con plena conciencia, y el hecho de que las circunstancias hayan resultado ser más complicadas de lo que parecían cuando la hice no la invalida.

Me froto los ojos. Estoy cansado de tanto pensar en bucle sin llegar a nada. Kim llama a la puerta y entra con una tableta y cara de querer hablar conmigo sin estar segura de que sea un buen momento.

—La reunión de las doce se ha adelantado a las once —dice.

—Bien.

—Y el informe de estrategia del sector...

—Lo tendré esta tarde.

Kim me mira un segundo con una paciencia que ha labrado tras cuatro años trabajando conmigo y que incluye saber cuándo presionar y cuándo no.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—De acuerdo. —Hace una pausa en la puerta—. Patrick, lo del informe de Nexgen AI, ¿quieres que ampliemos la investigación sobre su equipo de campaña?

Me quedo quieto.

—No —digo, con una claridad que me sorprende incluso a mí—. Deja ese apartado. Céntrate en el producto y en el calendario de lanzamiento. El equipo de campaña no es relevante para nuestra estrategia.

Kim asiente sin preguntar nada más y sale cerrando la puerta con suavidad.

Me quedo solo con la pantalla y el documento vacío y la ciudad al otro lado del cristal, y pienso que acabo de tomar la única decisión de la semana que no me ha costado ningún esfuerzo, y que eso me dice algo que no estoy seguro de querer escuchar todavía.

Abro el documento, pero antes de escribir, me meto en el chat de nuestra IA y le consulto lo que me quema por dentro.

20

Libby

El viernes por la mañana salgo de casa con el tiempo justo, el bolso cruzado y la cabeza ya en la reunión de las nueve con Ethan, Jake y Priya, que tiene orden del día y todo porque Priya es de las que mandan el orden del día la noche anterior y eso, después de una semana trabajando con ella, me parece uno de sus mejores rasgos.

El ascensor está en mi planta cuando pulso el botón, las puertas se abren, y Patrick está dentro.

Lleva traje. No el de todos los días, sino uno más oscuro, con una camisa blanca y sin corbata, y tiene ese aspecto de los viernes por la mañana en que uno sabe que la noche va a ser distinta al resto de la semana. Me mira cuando entro. Yo le miro también. Las puertas se cierran detrás de mí y el ascensor empieza a bajar con esa lentitud que tiene siempre y que esta mañana me parece considerablemente más lenta que de costumbre.

—Buenos días —digo.

—Buenos días.

Silencio. Un silencio que tiene una textura diferente al de otras veces, más cargado, más consciente de sí mismo. Me distraigo mirando los números sobre la puerta con una concentración que la situación no requiere.

—¿Preparada para la fiesta de mañana? —dice.

—Más o menos. —Callo un instante para acomodar los nervios que siento y hablar sin que me tiemble la voz—. Sara dice que el vestido es perfecto, así que por lo menos eso está resuelto.

—Seguro que sí.

Otro silencio. El ascensor pasa por el octavo, el séptimo.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunta, con un tono que intenta ser casual y que lo es casi del todo.

—Bien. Muy bien. —Me giro levemente hacia él—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por preguntar.

—Ya.

—¿Qué pasa? El manos quietas que me impuso Dani no significa que no me intereses. Podemos hablar.

—Llevas días sin aparecer y esta mañana en el ascensor me preguntas por el trabajo con esa cara.

—¿Qué cara?

—No sé, no te conozco tanto, pero pones una cara rara, o finges o solo preguntas por quedar bien, pero te importa una mierda.

Me mira en silencio, como si le hubiera sorprendido mi respuesta. Paso de contar nada a gente en cuya cara no veo que esté receptiva. Hace años que lo hago y no va a cambiar, me ahorra muchos disgustos. El ascensor llega a la planta baja y las puertas se abren, pero ninguno de los dos sale todavía.

—Necesito saber algo —dice cogiéndome del brazo cuando voy a salir—. ¿Tu cliente es Nexgen AI?

El aire del vestíbulo entra en el ascensor y yo me quedo quieta con el bolso en el hombro y la pregunta entre los dos, suspendida, ocupando todo el espacio disponible.

—No puedo contestar a eso y lo sabes —digo, y mi voz suena más fría de lo que pretendía porque el frío ha llegado solo, sin que yo lo haya convocado.

—Ya sé que no puedes contestarlo. —Me mira con los ojos encendidos; si no fuera por el tema del que habla, pensaría que me desea y que me follaría aquí mismo. Quizá ese sea mi deseo y no el suyo—. Pero lo es, ¿verdad?

—No voy a contestar. Además, ¿por qué te importa?

—Tengo un sistema de inteligencia artificial que compite con la de ellos. —Lo dice con una calma que en otro momento me habría parecido admirable y que ahora me produce algo muy distinto; el deseo se me acaba de desplomar y ha dado paso a la sorpresa y la intriga—. Uno de mis asistentes detectó que Nexgen AI había contratado a tu agencia esta semana.

Salgo del ascensor tras zafarme de su mano. Él sale detrás de mí. Me giro en el vestíbulo con una velocidad que no había planeado y que delata exactamente lo que estoy sintiendo, que es una mezcla de cosas que todavía no he terminado de ordenar pero que juntas producen una sensación bastante clara de haber sido observada sin saberlo.

—Has estado investigando mi trabajo —me giro hacia él.

—Eso es casi imposible. Tenéis un muro bastante infranqueable; imagino que trabajas en sus oficinas para no tener que mover documentos digitalmente, ¿me equivoco? Sí, he estado haciendo seguimiento de mi competencia, porque es parte de mi trabajo.

—No es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo.

—No, Patrick. —Lo digo sin alterarme, porque así es como se dicen las cosas que importan—. Investigar a Nexgen AI es tu trabajo. Investigar qué agencia han contratado y quién lleva el proyecto dentro de esa agencia es otra cosa. Y tú lo sabes.

Algo cruza por su cara. No es exactamente incomodidad, pero se le acerca.

—Libby...

—Firmé una confidencialidad. —Mi voz sigue tranquila y eso me sorprende, porque por dentro bullo de ira—. La firmé porque me importa el proyecto y porque me importa hacer bien mi trabajo. Y tú llevas días sabiendo para quién trabajo sin decirme nada, preguntándome por el cliente en el sofá de mi hermano, llamando a Sara para ver qué te cuenta. Eres patético, ¿lo sabías?

—A Sara no le he preguntado nada del proyecto.

—Le preguntaste si era Nexgen AI. Lo sé porque ella me lo dijo —añado—. No me lo estoy inventando.

Patrick me mira. No se defiende, lo cual en otro contexto sería un punto a su favor y que ahora mismo no me sirve de nada.

—Tenía que saber si había un conflicto de intereses —dice al fin.

—¿Cómo? Lo habría si también trabajáramos para ti, que no es el caso.

Me mira con rabia, con un gesto más propio de ir a besarme que de contar nada de su maldita empresa. Y yo quiero que me bese. Pero no lo va a hacer. Primero, porque estamos en el vestíbulo de su edificio; segundo, porque parece que le interesa más AI-2 Tech que yo, y de eso ya me advirtió Dani. Él se lo pierde.

—No me refiero a ese tipo de conflicto, Libby.

—Pues a qué —digo irritada. Solo quiero largarme y llorar un rato donde no me vea. Me lo advirtieron. Si es que soy tonta.

—No lo sé todavía.

—Pues cuando lo sepas, me lo dices. —Cojo el bolso con las dos manos y me giro hacia la puerta andando deprisa, con una prisa un tanto absurda porque sé que con dos zancadas me alcanza, pero ni

lo intenta. Me deja ir. Y con la poca dignidad que me queda, le suelto—. No me esperes en tu maldita fiesta. No pienso ir.

—Libby.

—Que lo pases bien, Patrick.

Salgo a la calle y el aire de la mañana me da en la cara con esa frialdad específica de Nueva York cuando una necesita exactamente eso, algo que corte, algo que aclare, algo que no esté cargado de preguntas sin respuesta y de silencios que dicen demasiado.

Camino hacia el metro con los pasos más rápidos de lo habitual y la sensación incómoda de que tengo razón y de que eso no me hace sentir especialmente bien, que es la peor clase de tener razón que existe. Esta tarde devolveré el vestido.

21

Patrick

La puerta del vestíbulo se cierra y el espacio que ocupaba Libby hace dos segundos es ahora aire frío y silencio, y eso es todo lo que hay.

Bajo al garaje y me meto en el coche. Conduzco los primeros diez minutos con la concentración de quien está pensando en otra cosa completamente y pone el piloto automático a cargo del volante, lo cual en Manhattan es una imprudencia que no me puedo permitir y que esta mañana me permito igualmente. En algún semáforo en rojo de la Octava me doy cuenta de que llevo las dos manos apretadas sobre el volante con una fuerza que la situación no requiere y las aflojo despacio.

Estoy furioso.

No con ella, aunque en este momento sería más cómodo estarlo. Estoy furioso con la situación, con el calendario, con el universo que ha decidido que la primera mujer que me importa de verdad en años aparezca en mi ascensor trabajando para mi competencia directa, y conmigo mismo, que he manejado esta mañana con la delicadeza de alguien que no ha dormido bien en tres días y ha tomado el tercer café antes de las ocho.

Y también, aunque esto es lo que menos me apetece reconocer, estoy furioso porque quería besarla.

En el ascensor, cuando las puertas se cerraron y éramos solo nosotros dos y el silencio cargado y su perfume cítrico en ese espacio pequeño. Luego en el vestíbulo, cuando se giró con esa

rapidez y me miró con los ojos encendidos de ira y me dijo que era patético con una calma que era peor que si me lo hubiera gritado. Libby furiosa tiene algo que Libby serena y Libby divertida también tienen, que es esa presencia de ocupar el espacio sin disculparse, pero con un grado de intensidad adicional que esta mañana ha resultado ser un problema considerable para mi capacidad de mantener una conversación coherente. Me la hubiera llevado arriba, le hubiera quitado la ropa y hubiéramos follado como nunca, de haber podido hacerlo. Lo que me provoca esta mujer no tiene nombre.

Ese es un pensamiento que no debería desarrollar en el coche en hora punta, pero está ahí, con toda su inconveniencia, y no desaparece por ignorarlo.

El semáforo cambia. Arranco.

Pienso que casi mejor que no vaya a la fiesta, me digo mientras entro en el aparcamiento de la oficina, con la frialdad racional de quien intenta convencerse de algo que no se está creyendo del todo. Si Libby no va a la fiesta, no tendrá que ver a Vanessa comiéndome con los ojos, porque sé que va a pasar, ni a mi madre interpretar que somos la pareja ideal. No tendrá que procesar lo que sea que creería al verme entrar con Vanessa del brazo, que es algo que yo tampoco quiero imaginar desde el otro lado. Y no veré como otros hombres la miran o, pero, quieran ligar con ella.

Casi mejor.

Me lo repito una vez más mientras subo al despacho y no me lo creo ninguna de las dos veces.

Kim me pasa tres mensajes antes de las once. Los dos primeros son del equipo legal y los abro y contesto con la eficiencia automática de los días en que la cabeza está en otro sitio pero el trabajo no puede esperar. El tercero es de Sara y lo dejo sobre la mesa sin abrirlo durante cuarenta minutos, que es el tiempo que tarda mi prima en perder la paciencia y llamar directamente.

Contesto al cuarto tono.

—¿Qué has hecho? —dice Sara, sin preámbulo.

—Buenos días, Sara.

—Patrick. Libby me acaba de decir que no va a la fiesta y no consigo que me cuente por qué. ¿Qué ha pasado?

—¿Por qué crees que tiene que ver conmigo?

—¿Me lo vas a contar?

Suelto el aire y miro el techo.

—Ha pasado que le he preguntado algo que no debía preguntar en el momento menos adecuado del día.

—¿Le has preguntado por el trabajo?

—Le he preguntado si su cliente era Nexgen AI, sí. Necesito saberlo.

El silencio es la primera respuesta de mi prima al otro lado del teléfono. Un silencio de Sara que contiene varias cosas, entre ellas la confirmación de que también ella lo sabía y no me lo había dicho, y la conciencia de que yo lo sabía y ella lo sabía y ninguno de los dos lo había dicho en voz alta hasta ahora.

—Patrick.

—Ya sé.

—¿Cómo lo has sabido?

—Nuestro asistente de análisis de la competencia detectó que Nexgen AI había contratado a Bloom and Partners esta semana. Como ves, lo tengo bien entrenado.

—Dios mío. —Hace una pausa—. ¿Y por qué crees que es su proyecto?

—Blanco y en botella.

—Ya, y no has podido morderte la lengua. Se lo has tenido que decir, sabiendo que todo es confidencial.

—Esta mañana en el ascensor.

—En el ascensor. —Su tono tiene una calidad que conozco desde pequeño y que indica que está eligiendo las palabras con cuidado para no decir lo que realmente piensa—. Patrick, ella firmó un contrato y no puede decir nada. Eso para Libby no es un trámite, es algo que se toma en serio. Se juega su trabajo, ¿es que no lo entiendes?

—Lo sé, lo entiendo y me arrepiento.

—Y aparecer con esa información sin avisarla, sin darle contexto, preguntándole en un ascensor a las ocho de la mañana… ¿Te crees el puto amo o qué? No tienes derecho a hacer lo que has hecho, con razón ha llegado bufando. No me extraña que no quiera verte jamás.

—Sara, para ya, por favor.

—¿Qué?

—Ya sé que he hecho mal.

—Entonces arréglalo.

—No voy a llamarla ahora. Ya pensaré algo.

—¿En la fiesta?

—No va a ir.

—Sí, ya me lo ha dicho. —Oigo su respiración por el auricular—. ¿Y tú qué vas a hacer al respecto?

—Respetarlo, por supuesto. Ya he metido la pata una vez y, aunque ella no me importe, como tú dices, no tengo derecho a complicarle la vida.

Sara suelta algo que no llega a ser una palabra, pero que tiene toda la estructura de un reproche.

—Mira —dice al fin—, no voy a meterme en lo que hay entre vosotros, aunque digas que no te importa, porque técnicamente soy tu prima y su compañera de trabajo y cualquier cosa que diga puede usarse en mi contra en los dos frentes. Pero sí te digo una cosa.

—A ver.

—Que llevas años llegando solo a todas partes y diciéndote que está bien y que no necesitas nada más, vale, lo respetamos. Se puede vivir solo y feliz, no hay problema con eso. Pero es que esta semana, por primera vez en mucho tiempo, has llamado a alguien que no soy yo ni Dani ni Tom ni nadie del trabajo, solo para saber cómo estaba, y me has pedido que la ayude a comprar un vestido. —Traga saliva—. Y esa persona esta mañana se ha bajado del ascensor cabreada contigo. Así que decide qué quieres hacer con eso.

Cuelga antes de que pueda contestar, que es un hábito que tenemos en la familia y que esta mañana agradezco porque no tengo respuesta preparada y el silencio que deja es considerablemente más incómodo que su voz.

El móvil descansa sobre la mesa. El despacho está en silencio La ciudad bulle al otro lado del cristal con su ruido constante de fondo que a estas alturas ya forma parte del paisaje sonoro de mi vida sin que yo haya tomado ninguna decisión consciente al respecto.

Pienso en Libby caminando hacia el metro con los pasos rápidos y el bolso cruzado y la furia que tiraba de ella. Pienso en su cara esta mañana, en la ira contenida y en algo debajo de la ira que no era solo enfado, algo más parecido a la decepción, que es bastante peor. Mucho peor.

Pienso en el día que me espera mañana. En el Hilton, en los socios y clientes invitados, en mis amigos, en Vanessa, en mi madre organizando un evento que empezó siendo una cena y que se ha convertido en algo que esta semana lo vivo como una carga que antes no pesaba como ahora, y sé exactamente desde cuándo lo siento así.

Hay cosas que no se arreglan con una llamada. Hay cosas que necesitan otro tipo de movimiento, más concreto, menos cómodo, del tipo que uno evita precisamente porque implica ponerse en un sitio donde el resultado no está garantizado.

Llevo cuatro años evitando ese sitio.

Abro el cajón. Saco una tarjeta de visita que no uso nunca porque todo el mundo me escribe al móvil. La miro un momento, la dejo sobre la mesa, y cojo el móvil directamente para escribir un mensaje.

22

Libby

Llego a casa más cansada que ningún otro día de la semana, con ese tipo de cansancio que no es solo físico, sino de todo lo demás, de pensar mucho y de contener demasiado, y de pasar ocho horas en las oficinas de Nexgen AI sonriendo y tomando notas y siendo profesional, mientras por dentro tenía una conversación de ascensor dándome vueltas sin parar.

Dani está en el sofá con el portátil y levanta la vista cuando entro.

—Es tardísimo, peque.

—Lo sé. —Dejo el bolso en la silla y me quito los zapatos con el alivio físico de quien lleva horas esperando ese momento—. Dani, me gusta estar contigo, pero… He estado mirando pisos.

—¿Pisos?

—Sí. Tengo que buscar algo ya. No puedo quedarme aquí indefinidamente, Dani, ya llevas días aguantándome y necesito tener mi propio espacio y tú recuperar tu independencia. —Me siento a su lado y le acerco el móvil con tres pestañas abiertas—. Mira estos. El primero está en el West Village, cerca, que me parece importante. El segundo es más pequeño pero tiene una terraza diminuta que me ha enamorado. El tercero está en Brooklyn, que sé que dices que es lejos, pero los precios son mejores. ¿Qué opinas? ¿Me acompañarás a verlos?

Dani coge el móvil y examina las opciones con la típica expresión de hermano mayor que procesa las cosas antes de opinar.

—El de Brooklyn está muy lejos del trabajo.

—Cuarenta minutos en metro.

—Acabarás harta, lo sé.

—Dani, en Minnesota conducía treinta y cinco minutos todos los días y nadie decía que estaba lejos.

—Minnesota no es Nueva York y llevar tu propio coche no es ir en el metro sin aire para respirar. —Me devuelve el móvil—. La semana que viene tengo lunes y martes libre. Puedo ir contigo si quieres, aunque me da pena que te vayas de aquí. ¿Cenamos?

Dani se levanta y me mira antes de ir a la cocina.

—¿Estás bien?

—Cansada.

—Eso no es lo que he preguntado.

—Estoy cansada y estoy bien. Son dos cosas que pueden ocurrir a la vez.

Me mira un momento más. Luego asiente, porque Dani también sabe cuándo no insistir, y se aleja.

—Voy a salir. He quedado —anuncia desde la cocina.

—¿Con quién?

—Con una actriz del rodaje.

—Ah. Me alegro.

—Sí, me gusta. Voy sin pretensiones, lo que surja.

—Me parece bien. Tienes treinta y un años y si quieres quedar con una actriz puedes hacerlo sin darme explicaciones. —Le señalo la puerta—. Vete. Pásalo bien.

Regresa con una bandeja. En ella hay dos bol con ensalada y un plato de pollo a la plancha, en plan dieta. Comemos viendo la tele.

—Descansa, peque. La primera semana en un trabajo siempre es dura. Oye —me da un beso en la sien—, no tengas prisa por irte. Me gusta tu compañía.

Dejo el móvil a un lado, que se queda con los tres pisos abiertos en la pantalla hasta que se apaga, y tengo la certeza de que el motivo real por el que quiero mudarme cuanto antes no tiene nada que ver con la incomodidad de vivir con mi hermano, que es un compañero de piso razonablemente bueno, sino con el hecho de que vivir en este edificio implica cruzarme con Patrick Castner en el ascensor y eso esta mañana ha demostrado ser un problema de proporciones considerables. Además, no quiero dormir a unos metros de él, ni saber que puede estar con alguien que no soy yo. Pero eso no se lo digo a Dani.

En ese instante llaman a la puerta. Me levanto con la inercia de quien no espera nada concreto, abro, y en el pasillo hay un repartidor con una bolsa en una mano y un ramo de flores en la otra. Flores blancas, no el tipo de ramo exagerado que uno manda para impresionar, sino algo más contenido y más cuidado, con una nota pequeña prendida con un alfiler.

—¿Liberty Crane?

—Sí.

—Esto es para usted.

Cojo la nota antes de decidir si quiero coger nada más. La abro.

Lo siento. No he debido hablarte así ni meterme en tu trabajo. ¿Me perdonas? Patrick.

Las leo una vez más y un pinchazo, no sé si de alegría o de rabia, se me cuela por el pecho. Luego miro las flores, la bolsa, y al repartidor que espera con la paciencia profesional del que se pasa el día entregando cosas en muchas puertas y ha aprendido a no leer las caras.

—Gracias —digo—. Pero no lo acepto. Puede llevárselo.

El repartidor parpadea.

—¿Perdona?

—Las flores, la bolsa, todo. Lléveselo, por favor. No lo quiero.

—¿Qué pasa? —grita Dani detrás de mí.

—Nada, ya voy.

Empiezo a cerrar la puerta, pero me lo pienso mejor y la abro de nuevo.

—Espere. —Señalo la bolsa—. Esa déjela.

El repartidor me tiende la bolsa con una neutralidad admirable. Las flores se las lleva sin preguntar nada más, que es exactamente la respuesta profesional correcta, y yo cierro la puerta y me quedo en el recibidor con la bolsa en la mano porque por el logo ya sé lo que es y pensar en el pollo a la plancha de Dani me hace desear lo que hay en esa bolsa.

Una hamburguesa, patatas fritas y una chocolatina. La misma cena exacta que compré el lunes en el burguer de la esquina y que nunca llegué a comerme porque acabé cenando pollo con ciruelas en su cocina.

A las flores renuncio. A esto no. Me la llevo al sofá.

—¿De dónde ha salido eso? —pregunta Dani cuando lo saco todo.

—De un repartidor.

—¿Lo has pedido tú?

—No. Lo manda Patrick. También ha enviado flores, pero las he rechazado.

El nombre del vecino aterriza en el salón con todo su peso y Dani se sienta en el sofá, con cara de sorpresa tamizada por algo de indignación.

—¿Por qué te manda flores?

—No pienses lo que no es, Dani. Escucha, esta mañana en el ascensor me preguntó si mi cliente es Nexgen AI. Resulta que su empresa compite con ellos. Tu amigo Patrick tiene un sistema de inteligencia artificial que rastrea a la competencia y detectó que Nexgen AI había contratado a mi agencia esta semana.

Dani no dice nada durante un momento. En su cara ocurren varias cosas en orden rápido, la sorpresa, el procesamiento, y luego algo más firme que se instala y no se mueve.

—¿Ha estado investigando tu trabajo?

—Dice que es seguimiento de la competencia. Que es parte de su trabajo.

—No es lo mismo.

—Eso le dije yo.

—Libby. —Se inclina hacia delante con los codos en las rodillas—. Es mi amigo y le quiero, pero esto no está bien. Llevas una semana en un proyecto confidencial y él aparece en el ascensor preguntándote por el cliente. No importa cómo lo llame.

—Lo sé.

—Puedo entender que pida disculpas con las flores, pero lo de la hamburguesa no lo entiendo.

—Es por el lunes, ¿te acuerdas que cené en su casa? Me la compré para celebrar el ascenso, pero apareció él con un pollo con ciruelas que cocinó Rosa y de la hamburguesa nunca más se supo. Supongo que no me conoce lo suficiente como para saber qué me gusta.

Dani mira la hamburguesa. Algo en su cara lucha consigo mismo y pierde.

—Tiene gracia —dice.

—No tiene ninguna gracia.

—Tiene un poco.

—Dani.

—Bien, no tiene gracia. —Se levanta y me pone una mano en el hombro—. ¿Estás bien?

—Estoy comiendo una hamburguesa en el suelo un viernes por la noche, así que define bien.

Se ríe, y esa risa me alivia más de lo que esperaba.

—Me tengo que ir—dice—. ¿Te vienes?

—No, quiero descansar. Vete y disfruta.

—Libby...

—En serio, Dani. Estoy bien. Tengo la hamburguesa, tengo la tele y tengo el móvil silenciado. No necesito que te quedes.

Dani sale de su habitación diez minutos después, con una camisa que claramente ha planchado para la ocasión y el pelo más trabajado que de costumbre, y me encuentra sentada en el suelo con la hamburguesa a medio comer y la bolsa abierta a mi lado.

—Llámame si me necesitas.

—Ve a ver a tu actriz.

El apartamento queda en silencio cuando él se va y yo me termino la hamburguesa con una concentración que la situación no merece, porque está buena y porque Patrick Castner puede ser muchas cosas inconvenientes, pero tiene buen criterio eligiendo comida, que es un dato completamente inútil y que sin embargo anoto.

Pongo una película romántica que he visto dos veces y que las dos veces me ha hecho llorar en el mismo sitio, que es cuando el protagonista aparece bajo la lluvia y dice la frase que lleva toda la película guardando, y esta vez no es diferente. Lloro con la misma puntualidad, con el vaso de agua en la mano y los pies encogidos bajo la manta, y cuando termina la escena me seco la cara con la manga del jersey y me pregunto qué dice de mí el hecho de saber exactamente cuándo voy a llorar y seguir llorando igualmente. Luego

busco la chocolatina que, dicen, es el mejor sustituto del sexo y hoy la necesito.

Me levanto a por más agua. Paso por delante de la silla donde colgué el vestido con la intención de devolverlo esta tarde y la tarde se ha convertido en noche sin que yo haya hecho ningún movimiento en esa dirección. Es azul petróleo en la oscuridad del pasillo, un color que cambia con la luz, y lo toco sin pensarlo, paso los dedos por la tela que es más suave de lo que parece en la percha, con ese tacto sedoso que tienen las cosas bien hechas.

No lo voy a devolver.

Eso lo sé mientras lo estoy tocando y antes de haberlo decidido conscientemente, porque algunas decisiones llegan así, sin proceso visible, ya tomadas cuando una llega a ellas. Me quedo el vestido. No para ir a la fiesta, que eso es otra cosa y está sin resolver, sino porque me gusta y porque me lo he ganado y porque las decisiones que una toma enfadada no siempre son las que quiere mantener al día siguiente.

Vuelvo al sofá con la botella de agua, me siento en el suelo y ese gesto me recuerda a Patrick cuando hizo lo mismo por estar a mi lado, aunque fuera incómodo para él. Pienso en lo que dijo aquella noche en el sofá, con la tele de fondo y el concurso de cocina y Dani a punto de llamar al timbre. «Si no podemos tocarnos, al menos podremos soñar el uno con el otro». Lo dijo con una calma que no es frialdad, sino todo lo contrario, y yo le dije que me gustaba la idea, y era verdad.

Decido irme a la cama con el corazón a punto de explotar por culpa de la película. El sueño llega despacio y cuando llega, llega con él.

No es un sueño tranquilo. Es uno de esos que tienen temperatura propia, que una nota en la piel aunque esté dormida, con las manos de Patrick en mi cintura y su voz diciendo mi nombre de una manera que en la vida real solo ha ocurrido una vez y en el sueño ocurre todas las veces que quiero. Sus labios en mi cuello. La mirada

ardiente a mi boca antes de besarme, con una pasión que en el sueño no tiene ninguna promesa que la frene. Le dejo bajar hasta mi pubis y que su lengua se sacie de mí y que sus dedos me regalen un orgasmo que precede a los que vendrán después cuando se encaja en mí. Le dejo hacer todo lo que en la realidad no vamos a hacer y me despierto con el corazón acelerado y la habitación oscura y la certeza de que esto se está complicando de una manera que ya no tiene solución sencilla.

El sábado por la mañana salgo a correr antes de que Dani se despierte, que ha llegado tarde y supongo que necesita dormir para estar bien esta noche en la fiesta. La maldita fiesta. Tomo una ruta diferente a la habitual, más larga, que baja hacia el río y rodea el parque, y que tiene la ventaja adicional de no pasar por ningún punto donde haya probabilidad razonable de cruzarme con Patrick, que también sale a correr por las mañanas y cuya ruta desconozco pero prefiero no descubrir hoy.

Corro cuarenta minutos con los auriculares puestos y la cabeza sorprendentemente despejada, que es lo que hace el ejercicio cuando una lleva días con demasiadas cosas dentro, las ordena sin que parezca que lo hace. A la vuelta compro café y dos cruasanes y me siento un momento en un banco frente al río con el sol de la mañana dándome en la cara.

Nueva York el sábado por la mañana es otra ciudad. Más lenta, más humana, con gente que pasea sin destino concreto y perros que tiran de sus correas y una luz diferente que hace que todo parezca menos urgente.

Me gusta esta ciudad.

Eso lo pienso con una claridad que me sorprende, porque esta semana no ha sido especialmente sencilla y, sin embargo, el balance, cuando lo hago aquí con el café en la mano y el río delante, es positivo. Un trabajo nuevo y apasionante, un equipo bueno, y la ciudad que empieza a tener rincones conocidos. Todo lo demás es complicado, pero todo lo demás no es todo.

Cuando salgo de la ducha tras el ejercicio, encuentro a Dani haciendo una lasaña para comer.

—¿Qué tal con la actriz?

—Nada, vino con tres amigas, ¿te lo puedes creer? Me lié con una de ellas.

—Vaya, no sé si felicitarte o darte el pésame.

—Peque, me sentí fatal. Yo no quiero eso, ¿sabes? Últimamente pienso mucho en tener una relación estable.

—Lo sé y la conseguirás, quizá fuera de tu entorno, ya sabes cómo son algunas actrices. ¿Comemos ya? Quiero echarme un rato.

—Vamos.

Por la tarde, cuando estoy tumbada en mi cama, Sara llama.

—Libby, prométeme que vendrás esta noche. Tienes que venir.

—Sara...

—Escúchame. —Su voz tiene esa calidad de quien ha preparado los argumentos—. Sé lo que pasó. Sé que tienes razones para estar enfadada con mi primo. Pero la fiesta no es de Patrick, aunque sea por su cumpleaños, es de su madre, y allí va a haber gente interesante, contactos del sector, personas que en esta ciudad pueden abrirte puertas que tardarías meses en encontrar por tu cuenta. Te presentaré a amigos de Kevin. Y tienes un vestido que es una obra de arte cogiendo polvo en el armario. Ven como pareja de Dani. A Patrick no lo tienes que ver entre tanta gente. Lo pasaremos bien, te lo prometo.

—Uf, ya me he hecho a la idea de no ir. No sé si me apetece.

—Libby. Insisto. Vente.

—No te prometo nada —digo al fin.

—No te pido que me prometas nada. Te pido que te pongas el vestido y vengas a la fiesta. En el Hilton a las ocho.

Cuelgo sin contestar y me quedo con la mirada fija en el techo de la habitación durante un buen rato, con el vestido azul petróleo al fondo del pasillo y la fiesta en el Hilton dentro de tres horas y Patrick Castner en algún punto de esta ciudad que es demasiado grande para dos personas que no quieren cruzarse y demasiado pequeña para todo lo demás.

23

Patrick

La sala del Hilton tiene esa clase de luz que lo envuelve todo en oro y que mi madre elige deliberadamente porque sabe lo que hace con la gente, cómo la suaviza, cómo la hace parecer mejor versión de sí misma. Doscientas personas, música en directo con un cuarteto de cuerda en el fondo, mesas largas con flores blancas y el murmullo constante de conversaciones que se superponen y se pierden y vuelven a empezar.

Llevo cuarenta minutos mirando la puerta de entrada.

No es algo que haya decidido hacer. Ocurre solo, entre conversación y conversación, entre el apretón de manos del socio de Tokio y el abrazo del amigo de la universidad, la vista va hacia la entrada con una puntualidad que no controlo y que Vanessa, que lleva el mismo tiempo pegada a mi brazo izquierdo con la determinación de quien ha llegado con un plan, acaba notando.

—Estás nervioso —baja el volumen al decirlo como cuando quiere que algo suene íntimo.

—Estoy bien.

—Te conozco, Patrick. Llevas toda la noche mirando hacia la puerta.

—Estoy pendiente de los invitados. Es mi fiesta.

Vanessa me mira un momento con sus ojos verdes que llevan toda la noche trabajando y arquea ligeramente una ceja, pero no insiste. Eso es lo que tiene Vanessa, que sabe cuándo apretar y

cuándo soltar, y esa habilidad suya esta noche me resulta completamente indiferente de una manera que hace unos años no lo hubiera sido.

Mi madre aparece por el lado derecho con una señora mayor del brazo y la sonrisa de anfitriona perfecta que lleva décadas perfeccionando.

—Patrick, cariño, ven. La señora Aldridge quiere saludarte.

Me zafo de Vanessa con la suavidad suficiente para que no parezca un gesto deliberado y sigo a mi madre hacia el grupo que espera junto a la barra, donde hay tres conversaciones distintas ocurriendo a la vez y todas requieren algo de mí. El señor Aldridge habla de su fundación. Tom aparece con dos copas y me entrega una con una palmada en el hombro y una sonrisa de feliz cumpleaños que es lo más sincero que he recibido esta noche. Kevin, que llega con Sara del brazo, me abraza con la solidez tranquila que le caracteriza.

Sara me besa en la mejilla y me dice algo al oído que no escucho del todo porque, en ese momento, Vanessa reaparece a mi lado y le pone una mano en el brazo a mi prima, con una familiaridad que nadie le ha dado, y que Sara recibe con la sonrisa educada que reserva para las situaciones que le producen algo muy diferente a lo que muestra.

Círculo Es lo que hace uno en estas fiestas, circular, atender, responder, sonreír en los momentos adecuados y hacer las preguntas correctas. Conozco el protocolo desde los quince años y lo ejecuto con una eficiencia que esta noche me resulta mecánica de una manera que otras veces no lo es tanto.

Vanessa me alcanza dos veces más. La primera junto a la barra, donde desliza la mano por mi brazo con un gesto que para cualquiera que nos mire desde fuera tiene una lectura muy clara, y yo desplazo el peso del cuerpo hacia el otro lado con una naturalidad que espero que ella no descifre. La segunda junto a la mesa del fondo, donde se coloca a mi lado durante una conversación

sobre inversión en IA con dos inversores que me interesa cultivar y que me obliga a quedarme quieto más tiempo del que querría.

Escucho a medias. Respondo lo necesario. La conversación sobre valoraciones de mercado me llega filtrada por algo que no consigo apagar, una atención dividida que esta noche tiene una dirección muy concreta y una puerta de entrada que lleva cuarenta minutos sin abrirse.

No va a venir. Lo sé. Lo decidió en el ascensor y Libby Crane, cuando decide algo, lo dice con una firmeza que no deja mucho espacio para la revisión. Lo extraño es que Dani tampoco ha llegado todavía y eso, aunque no debería, me da algo de esperanza.

Hablo con un antiguo cliente de mi padre cuando, tras de mí, me alcanzan unos murmullos bastante elocuentes. No son de conversación. Más bien me parecen de sorpresa. Me giro y llevo mi mirada hacia el mismo punto que toda la sala.

Libby está en la entrada, del brazo de Dani, con un vestido azul petróleo que cambia de color con la luz del salón cuando se mueve y que en este momento, con los focos dorados de la sala cayendo sobre ella, tiene un tono que no es azul ni negro sino algo entre los dos que no tiene nombre preciso. El pelo semi recogido, con mechones sueltos que le caen a los lados de la cara. La espalda al descubierto por una abertura del vestido que, desde aquí, produce un efecto considerablemente poco discreto y brutal que me abre el apetito por ella. Camina con Dani con movimientos tímidos, poco calculados, que no miden el espacio que ocupa, y por eso precisamente lo ocupa todo.

Me quedo parado. Las piernas toman la decisión de no moverse y el resto del cuerpo las sigue, y me quedo ahí con la copa en la mano y doscientas personas a mi alrededor y Vanessa a dos metros diciendo algo que no llega a ningún sitio, porque entre ella y yo hay ahora una distancia que no tiene que ver con los centímetos que nos separan.

Sara aparece a mi lado. Noto su presencia antes de escuchar su voz.

—Está preciosa —dice, en voz baja, con la satisfacción de quien tenía razón y lleva un rato esperando poder demostrarlo.

—¿Lo sabías?

Sara me guiña un ojo y me deja ahí clavado, como me ha encontrado. Se dirige hacia Dani y Libby, y yo debería hacer lo mismo, debería moverme, pero Vanessa me pone una mano en el brazo en ese momento exacto con una presión que es demasiado deliberada para ser casual.

—¿Quién es?

—La hermana de Dani.

—Ah. —Me mira con cara de mosqueo—. Parece que estabas esperándola. ¿La conoces?

—Vive en el mismo edificio que yo.

Vanessa no dice nada más, pero la mano en mi brazo aprieta un grado más, lo justo para que lo note y para que entienda que ella también lo ha notado todo, y eso es precisamente el problema con Vanessa, que observa mucho pero siempre llega un paso tarde. Su agarre es para marcar territorio, como si yo fuera suyo.

Me giro hacia ella con una amabilidad que es real, aunque no sea lo que ella desea.

—Vanessa, vamos a la barra, necesito un trago.

En una fracción de segundo, ella evalúa si acepta la salida o insiste. Elige aceptarla, que es la decisión inteligente, y me acompaña hacia la barra, donde la dejo con Tom mientras busco a Libby entre la gente.

La encuentro junto a Sara y Kevin, con una copa en la mano que no ha tocado todavía, escuchando algo que Kevin le cuenta con la atención sincera que Libby pone en las conversaciones, sin el gesto

de estar esperando a que el otro termine para hablar. Dani ha desaparecido hacia otro grupo y Sara está haciendo presentaciones con una eficiencia organizativa que convierte las fiestas en redes de contactos sin que nadie se dé cuenta.

Avanzo hacia ella. Noto el momento exacto en que me ve. Un cambio pequeño en la postura, los hombros que se cuadran un milímetro, algo en la línea de la mandíbula. Sara, que se da cuenta de todo, dice algo con una sonrisa y se gira hacia Kevin con la discreción de quien abre una puerta y se hace a un lado.

Libby me mira. Yo la miro. Hay tres metros entre los dos y la sala entera alrededor y doscientas personas que no saben nada de nada y la música del cuarteto que sigue y el murmullo constante de conversaciones que no escucho.

Me acerco hasta quedar a su lado. Lo suficientemente cerca para hablar sin que nadie más escuche y lo suficientemente lejos para que todo parezca una conversación de fiesta entre dos personas que se conocen de vista.

—Estás preciosa —digo, en voz baja.

—No deberías estar hablando conmigo. —Su tono no es frío, es cuidadoso, que es diferente—. Si alguien que trabaja con Nexgen AI te ve...

—Aquí no hay nadie del sector. Es una fiesta de cumpleaños.

—Aun así. Tienes un montón de amigos, por lo que veo, y de todas partes.

—Libby, no te preocupes tanto.

La música es alta y nos obliga a acercarnos otro centímetro para escucharnos.

—Lo de ayer estuvo mal —digo—. No debí preguntarte así. No debí presionarte.

Me mira. En sus ojos hay algo que no es el enfado de ayer, que ya ha se ha enfriado, sino algo más complicado y más honesto.

—Puedo perder el trabajo si me ven hablando contigo —dice.

—Nadie aquí sabe nada de tu proyecto. Y yo no voy a decírselo a nadie. —Hago una pausa—. ¿Me crees?

Me mira analizando la respuesta.

—Sí, pero aun así, sigo enfadada. No deberías haberte metido.

—¿Bailas conmigo? —corto la conversación, no es momento ni lugar y, aunque diga que siga molesta, que haya venido significa mucho.

Lo deja reposar un segundo. Luego deja la copa en la mesa que tiene detrás sin apartar los ojos de mí, y ese gesto pequeño y silencioso dice más que cualquier respuesta verbal que pudiera darme.

La pista está llena y eso ayuda, dos personas más no llaman la atención de nadie. Pongo una mano en su cintura y encuentro piel. La abertura de la espalda llega hasta donde no esperaba que llegara, y las yemas de los dedos aterrizan en la curva de su espalda desnuda con la misma naturalidad con la que una cosa ocupa el espacio exacto que le corresponde.

Libby no se aparta. Inhala, lo noto en el pequeño movimiento de sus costillas bajo mi mano, y luego se yergue, se asienta en el sitio, y eso es todo lo que necesito para saber que también lo está notando todo.

Nos movemos despacio. La música es lenta y el espacio entre los dos se reduce hasta el que queda cuando dos personas dejan de poner distancia deliberada entre sí. Su mano en mi hombro. Mi mano abierta en su espalda, los dedos sobre la piel tibia, y hay en ese contacto algo que no es solo deseo, aunque el deseo está, con toda su inconveniencia y toda su claridad. Es algo más parecido al

reconocimiento. Al llevar días sin poder tocarla y notar ahora que la distancia tenía un coste que no había calculado bien.

Bajo la cabeza hasta que mis labios rozan su sien, no un beso, solo el contacto, y la noto estremecerse, un temblor pequeño e involuntario que recorre su espalda bajo mi mano.

—Patrick —dice, en voz muy baja.

—Lo sé —digo.

Y los dos sabemos qué es lo que sabe el otro, y ninguno de los dos hace nada para resolverlo porque la sala está llena y Dani está en algún punto de esta fiesta y hay doscientas personas y dos trabajos y una promesa, y todo eso sigue estando exactamente donde estaba.

Pero sus dedos, sobre mi hombro, se cierran un milímetro.

Y eso también lo sé.

24

Libby

La canción termina y nosotros aún permanecemos un segundo quietos en la pista, con su mano todavía en mi espalda y la mía en su hombro, y el espacio entre los dos que ya no es el mismo que cuando empezamos a bailar. Luego el cuarteto arranca con otra pieza y la gente a nuestro alrededor se reorganiza y el momento se deshace solo, sin que ninguno de los dos tenga que hacer nada para romperlo.

Patrick retira la mano de mi espalda despacio. Noto exactamente el segundo en que la piel deja de tener contacto y el aire frío del salón ocupa ese sitio, y ese detalle pequeño e involuntario me dice más de lo que querría saber sobre el estado en que me encuentro.

—Ven —dice, en voz baja—. Hay un sitio más tranquilo al fondo, podemos hablar allí.

Asiento. Empezamos a movernos hacia el lateral de la sala y estoy a punto de decirle algo, no sé exactamente qué, pero algo, cuando una mano se posa en el brazo de Patrick con la familiaridad específica de quien lleva toda la vida haciéndolo.

—Patrick, cariño, llevo buscándote un cuarto de hora. —Nos mira a los dos con su sonrisa de anfitriona que no revela nada y lo registra todo—. ¿Me presentas?

Patrick hace una pausa muy breve, de las que solo nota quien está mirando.

—Mamá, ella es Libby Crane, la hermana de Dani.

Su madre me tiende la mano con una calidez que parece sincera y probablemente lo es, y me dice que se alegra mucho de que haya podido venir, que Dani le habla tan bien de su hermana, que espera que Nueva York le esté gustando. Sé que no es verdad lo que ha dicho, que es su forma de ser educada. Respondo con la misma educación automática de quien ha aprendido a funcionar en contextos sociales, aunque por dentro esté pensando en otra cosa completamente.

—Ay, y hablando de Dani, todavía no lo he saludado —dice su madre, mirando hacia el lateral con algo que no es exactamente casual—. Hijo, tengo a Vanessa completamente abandonada. Patrick, cariño, no está bien que la dejes sola toda la noche.

Patrick abre la boca.

—Mamá...

Pero su madre ya ha hecho la seña. Un gesto pequeño con la mano, discreto, de los que solo ve quien sabe que tiene que verlo. Y Vanessa, que claramente lleva un rato pendiente de ese gesto, cruza la sala hacia nosotros con una sonrisa que ha practicado el tiempo suficiente para que parezca espontánea.

Se coloca junto a Patrick. No junto a él, sino pegada a él, con una proximidad que no necesita palabras para decir lo que dice.

—Vanessa —dice su madre, con la satisfacción tranquila de quien ha movido las piezas correctas—, te presento a Libby, la hermana de Daniel Crane. Libby, Vanessa es una persona muy especial para Patrick. Han venido juntos.

El suelo desaparece bajo mis pies. No es una metáfora. Es una sensación física, un segundo en que todo lo que estaba asentado deja de estarlo y yo sonrío con los músculos de la cara, porque es lo que hace el cuerpo cuando no le das otra instrucción, y digo «encantada» con una voz que no reconozco del todo como mía, y entonces busco a Dani con la mirada porque necesito un punto fijo

en esta sala que de repente tiene demasiada gente y demasiado calor y demasiado de todo.

Lo veo junto a la barra.

—Perdonad —digo, y no espero respuesta.

Cruzo la sala sin mirar atrás. Noto que Patrick dice mi nombre, lo oigo perfectamente por encima de la música y las conversaciones, pero no me giro. Sigo caminando con esa concentración específica de quien está poniendo distancia entre sí mismo y algo, antes de que ese algo tenga tiempo de doler del todo.

Dani me ve venir y lee mi cara antes de que yo abra la boca.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quién es Vanessa?

Frunce el ceño.

—¿Vanessa Holt? Fue novia de Patrick hace años, antes de Lauren. ¿Por qué?

—Porque su madre acaba de presentármela como una persona muy especial para su hijo, dice que es su pareja.

Dani cierra los ojos medio segundo.

—Libby...

—¿Sabías que iba a estar aquí?

—Sí, como una invitada más. He hablado con ella, pero Patrick no me ha dicho que estén juntos. Si han vuelto, me entero ahora, te lo juro.

Sara aparece a mi lado sin darme cuenta.

—Libby, lo siento. Es cosa de mi tía, no de Patrick, ella...

—Sara. —La miro—. Me insististe en que viniera. Me dijiste que estaría bien, que nadie me vería entre tanta gente, que haría

contactos. —Mi voz sigue tranquila y eso me sorprende porque por dentro no hay ninguna calma—. ¿De verdad no sabías esto?

—No sabía que su madre iba a hacer eso esta noche, te lo juro.

De lejos, en el lateral de la sala, veo a la madre de Patrick y a Vanessa hablando con él con una discreción forzada de quien amonesta en público con la boca sonriendo. Patrick tiene la mandíbula tensa y mira hacia donde estoy yo con una expresión que en otro momento y en otro contexto leería de otra manera. Esta noche no.

—Me voy —digo.

—Libby, espera...

—Dani, coge tú un taxi después. —Le doy un beso rápido en la mejilla—. No te preocupes, estoy bien.

No estoy bien, pero eso es información que no necesita esta noche.

Recojo el abrigo en el guardarropa con los movimientos eficientes de quien quiere salir antes de que alguien la alcance, salgo por las puertas del Hilton y el aire de la noche de Nueva York me golpea en la cara con esa frialdad de noviembre, que esta noche agradezco porque corta y aclara y no deja espacio para nada que no sea el presente inmediato.

Empiezo a caminar algo perdida en busca de un taxi. El problema es que no conozco bien esta zona. El Hilton está en Midtown y la distancia hasta el piso de Dani en taxi es de unos diez minutos y a pie es otra cosa completamente, además de que no sé cómo ir y menos con tacones. Las calles de Midtown de noche tienen una energía diferente, más dura, más ruidosa, con grupos de gente en las esquinas y el ruido de los bares mezclado con el de los coches y la ciudad entera funcionando a una velocidad que no tiene en cuenta que yo llevo tacones y un vestido de fiesta, y estoy buscando un taxi en una acera que no reconozco.

Camino dos bloques hacia lo que creo que es el sur. Tres chicos en una esquina me silban cuando paso. No es nada, es lo que pasa en las ciudades, pero el corazón se me acelera igualmente y aprieto el bolso contra el pecho con las dos manos y acelero el paso. No saco el móvil porque hay demasiada gente alrededor y el bolso es pequeño, y la sensación de vulnerabilidad que tengo ahora mismo no necesita añadir un teléfono visible en la mano.

Doblo una esquina. Otra. Hay menos luz aquí y eso no me gusta. Sigo caminando hasta que las luces aumentan y el ruido cambia de registro y entiendo que he llegado a una avenida más grande, y entonces levanto la mano y el primer taxi libre que pasa frena y me meto dentro, con el alivio físico de alguien que lleva diez minutos conteniendo algo y por fin puede soltarlo.

Le doy la dirección al conductor con una voz que no tiembla, lo cual es un logro, y luego apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos y dejo que las lágrimas lleguen, que ya llevan un rato esperando y esta noche se han ganado su momento.

No lloro por Patrick. O no solo por Patrick. Lloro por el ridículo, por haber venido cuando no debía, por haber bailado con él con su mano en mi espalda y haber sentido todo lo que sentí, y luego que su madre aparezca y deshaga todo eso en treinta segundos con una presentación, una sonrisa y una pareja de la que no tenía noticia. Lloro porque esta semana ha sido demasiado y el taxi huele a ambientador de pino y el conductor tiene la radio puesta con algo que no reconozco, y Nueva York sigue ahí afuera, completamente indiferente al remolino que se ha creado dentro de mí.

El ascensor del edificio es pequeño y estoy sola y eso ayuda. Me seco la cara con el dorso de la mano, respiro, intento llegar al rellano con algo que se parezca a la compostura.

Las puertas se abren. Doy dos pasos y me paro al ver unas piernas en el suelo. El corazón da un salto antes de que el cerebro procese nada. Las piernas están apoyadas contra la puerta del

apartamento de Dani, largas, con el pantalón oscuro del traje, y cuando avanzo un paso más veo el resto.

Patrick está sentado en el suelo con la espalda apoyada en la puerta de Dani, la chaqueta doblada sobre las rodillas y el nudo de la corbata aflojado, con el pelo ligeramente revuelto. Alza la vista cuando me oye y se levanta con una rapidez que no es propia de alguien que lleva un rato sentado en el suelo de un rellano.

—¿Dónde estabas? —dice con alivio—. He salido detrás de ti y te he perdido. He llamado al móvil y no lo cogías.

—Tenía el móvil en el bolso.

—Libby, llevas cuarenta minutos...

—Estaba cogiendo un taxi.

—¿Andando? ¿En Midtown de noche con ese vestido?

—No encontraba ninguno.

—El hotel hubiera llamado a uno.

—No lo pensé —digo llorando como una niña, a la que riñen sin razón, y que no sabe qué ha hecho mal después de llevar media hora sufriendo, perdida en una ciudad que no conoce.

Suelta el aire. Pasa la mano por el pelo con cara de estar procesando algo y no sabe muy bien por dónde empezar.

—Estás helada —dice.

Lo estoy. Me doy cuenta ahora de que la adrenalina del taxi y del ascensor ha bajado, que tengo los dedos fríos y los hombros tensos y el abrigo que no he conseguido abrigarme del todo porque iba caminando demasiado rápido.

Da un paso hacia mí y me rodea con los brazos sin preguntar, sin avisar, con una decisión que no pide permiso para las cosas que considera necesarias. El calor de su cuerpo llega inmediatamente, a través de la camisa, a través de mi abrigo, y yo no me aparto porque estoy fría y porque estoy cansada, y porque llevamos demasiados

días poniéndonos en sitios correctos y esta noche no tengo energía para ese esfuerzo.

—Lo de Vanessa no es lo que parece —dice, con la voz baja junto a mi sien.

—No quiero hablar de eso ahora.

—De acuerdo.

—Ni de trabajo.

—Vale.

—Ni de Dani.

—Me parece bien —repite, y en esa tercera vez hay algo diferente, más suave, que reconozco aunque no sepa ponerle nombre.

Me separo lo justo para mirarle. Tiene los ojos oscuros con la luz escasa del rellano y la corbata suelta y el pelo revuelto de haberse pasado la mano por él demasiadas veces esta noche, y hay en su cara algo que no ha puesto ahí para que yo lo vea, algo que está porque está y que no ha tenido tiempo de guardar.

—Vamos a mi piso —dice—. Estás temblando.

El ático de noche tiene una luz diferente, más baja, con Manhattan al fondo de los ventanales como un cuadro que alguien ha iluminado desde dentro. Patrick enciende solo la lámpara pequeña del salón y el apartamento queda en esa penumbra cálida que hace que todo parezca más íntimo de lo que es, o exactamente tan íntimo como es, dependiendo de desde dónde se mire.

Me quedo de pie junto a los ventanales con el abrigo todavía puesto, temblando.

Patrick se coloca detrás de mí. No dice nada. Pone las manos en mis hombros y desliza el abrigo hacia abajo despacio, con una calma que esta noche no me produce impaciencia sino exactamente lo contrario, y cuando el abrigo cae sobre la silla y sus manos vuelven

a mis hombros desnudos, el contacto es diferente al del baile, más directo, sin la sala llena ni la música ni las doscientas personas como contexto.

Solo el piso vacío. Solo Manhattan al fondo. Solo sus manos en mis hombros y su respiración cerca de mi nuca.

—Libby.

Me giro.

Cuando le miro a los ojos en esa distancia mínima que nos separa, la conversación que ninguno de los dos ha tenido todavía ocurre de todas formas, sin palabras, con la claridad específica de las cosas que llevan demasiado tiempo sin decirse y que a estas alturas no necesitan ser dichas en voz alta.

Acerca sus labios a los míos y me besa. No como la primera vez, que fue tranquilo y contenido y tenía un freno incorporado. Este beso no tiene freno. Tiene la ansiedad de todo lo que ha habido entre los dos desde el ascensor del primer día, la semana entera comprimida en ese contacto, y yo respondo con la misma honestidad con la que hago todo, sin calcular ni medir, con las manos en su pecho y luego en su nuca y luego en el cuello de la camisa que tiro despacio hacia abajo.

Sé que mañana seguirán existiendo Dani y el trabajo y Nexgen y todas las razones correctas y razonables. Sé que esta noche no resuelve nada de eso.

Porque esta noche sus manos encuentran la abertura del vestido en mi espalda y la temperatura de sus dedos sobre mi piel desnuda hace que todo lo demás retroceda hasta quedarse muy lejos, y cuando me lleva hacia el dormitorio sé que ya no hay contención, sino algo completamente distinto. Lo que pienso es que hay cosas que uno sabe antes de que ocurran y que cuando ocurren son exactamente lo que esperaba y también algo que no esperaba del todo.

La luz de Manhattan entra por las persianas en líneas finas y doradas.

Y el mundo, por una noche, puede esperar.

25

Libby

La luz entra antes de que mis ojos estén preparados para ella.

No reconozco la luz del apartamento de Dani, que da al norte y tiene la claridad fría de las mañanas de invierno. Esta es más amplia, más directa, y tardo dos segundos en entender por qué, los mismos dos segundos que necesito para que mi mente vuelva al resto de la noche con una nitidez meridiana.

Desde la ventana del ático, que no tiene cortinas, veo Manhattan al fondo, todavía con algo de la luz dorada de la mañana temprana, y el ruido sordo de la ciudad que ya lleva horas funcionando, aunque aquí dentro todo esté en silencio.

Patrick duerme a mi lado boca abajo, con un brazo extendido hacia donde estoy yo y la cara girada en mi dirección. Dormido parece más joven, sin la calma deliberada que lleva durante el día, sino de otro tipo, una calma real, que no es forzada y que es considerablemente más difícil de mirar sin que provoque algo dentro de mí.

La sábana le llega hasta la cintura, la luz de la mañana le cruza el hombro en diagonal y yo estoy en su cama un domingo por la mañana y no sé exactamente qué hacer con ninguna de esas cosas.

Lo que sí sé es que necesito pensar. Y que para pensar necesito no estar aquí, en esta cama, con esta luz y esta ciudad al fondo y él a treinta centímetros, porque aquí dentro no voy a aclarar nada y lo sé antes de intentarlo.

Me muevo despacio. Recojo el vestido del suelo, los zapatos, el abrigo y salgo con el pelo suelto, porque no encuentro la goma en la oscuridad del pasillo y no voy a quedarme a buscarla.

En el salón me detengo un momento.

Manhattan sigue ahí, indiferente y brillante, y el apartamento en silencio tiene esa personalidad de las cosas bien elegidas sin ostentación. Hay algo en estar aquí sola, con la ciudad al fondo y él dormido al otro lado del pasillo, que me produce una ternura inconveniente que no me ayuda en absoluto a salir por la puerta.

El apartamento de Dani está en silencio cuando entro con mis llaves, lo cual indica que mi hermano todavía duerme o no ha llegado, y esa información esta mañana me produce un alivio considerable. Me doy una ducha larga, me pongo ropa cómoda, y me siento en el sofá con el café en las manos y el móvil boca abajo sobre la mesa.

La noche anterior cabe entera en la cabeza sin que yo haga ningún esfuerzo por traerla, el baile y la mano en mi espalda y Vanessa y la calle de Midtown y el rellano y Patrick sentado en el suelo esperándome, que es una imagen que no consigo procesar con la neutralidad que me convendría. El ático y la luz de los ventanales y sus manos y todo lo que ocurrió después con esa claridad que tienen las cosas cuando una deja de ponerles freno.

Mis pensamientos me llevan a Dani. Al que prometí que no me acercaría a Patrick precisamente para que no ocurriera lo que ha ocurrido, y que en algún momento se va a enterar, porque las cosas en un rellano compartido no se quedan sin saber durante mucho tiempo.

Peor que lo que diga Dani es el trabajo. Nexgen, y la confidencialidad que he firmado, es incompatible con Patrick, que dirige la empresa competidora. Son dos temas que no han desaparecido porque anoche los hiciera a un lado. ¿No se habrá acostado conmigo para tener información? Me conoció antes de saber dónde trabajo; es posible que saberlo precipitara su relación

contigo. O tal vez no. Estoy hecha un lío y no tengo a nadie a quien recurrir para aclararme.

El café se enfría a mi lado. El ruido de la puerta al abrirse me saca del bucle de pensamientos, pero no me alivia porque el momento de hablar con Dani se acerca. Mi hermano entra con el aspecto de quien ha dormido poco y no se arrepiente, con la camisa del día anterior y despeinado. Me ve en el sofá y levanta la mano.

—¿A qué hora llegaste?

—Tarde.

—Te fuiste demasiado pronto. Te perdiste lo mejor. —Desaparece en la cocina y el ruido de la cafetera llega desde dentro—. ¿Pudiste coger taxi bien?

—Al final sí.

Dani asoma la cabeza por el marco de la puerta con la taza en la mano.

—¿Al final?

—Tuve que caminar un rato antes de encontrar uno. Midtown de noche no es lo mío. No se me ocurrió pedir uno en el hotel.

Entra al salón y se sienta en el sillón. Me mira con la atención tranquila que me dedica cuando está sumando cosas sin decirlo.

—Patrick salió disparado detrás de ti y ya no volvió. ¿No viniste con él?

—No. Me lo encontré en el rellano cuando subí. Ya te he dicho que me costó encontrar un taxi y tardé bastante en llegar.

Me mira en silencio, procesando cada palabra. Él tampoco tiene aspecto de haber dormido mucho.

—¿En el rellano?

—Sentado en el suelo delante de tu puerta. Dice que se quedó preocupado y salió detrás de mí, bueno, lo que has dicho tú.

Dani deja la taza sobre la mesa con un cuidado que no es su estilo habitual. Luego me mira.

—¿Y? ¿Ya está?

—Entré en su casa. Estaba helada y él estaba ahí y...

—Libby.

—Dani, déjame hablar. No te alteres.

—No hace falta que hables, ya sé lo que pasó.

—No sabes nada.

—Sé suficiente. —Se levanta, se va a la ventana y se queda de espaldas con los brazos cruzados—. Me prometió que no se acercaría a ti. Él me lo prometió.

—Lo sé.

—Pero lo ha hecho —dice sin mirarme.

—Soy yo quien decide con quién me acuesto, Dani. No tú y tampoco él.

Se gira. En su cara hay algo que no es enfado exactamente, es más complicado que eso, dos lealtades tirando en direcciones distintas y ninguna con una respuesta fácil.

—No quiero que te hagan daño —dice con la voz de cuando éramos pequeños y me defendía en el patio del colegio, aunque luego me riñera a mí también.

—Ya lo sé —suspiro—. Dani, en serio, no tienes de qué preocuparte.

—Patrick tiene una historia complicada.

—La conozco.

—¿La conoces de verdad?

—Sara me contó lo de Lauren. Y lo que no me contó Sara lo intuyo sola, que para eso tengo veintisiete años y no es el primero

que llega con las defensas rotas de algo anterior.

Dani se sienta de nuevo. Coge la taza. La mira un momento antes de beber.

—¿Te gusta de verdad? —dice al fin.

—Sí.

Suelta el aire por la nariz, se sienta y se coge la cabeza con los brazos apoyados en las rodillas. Más que resignado, siento que trata de aceptar algo que sabe que no puede manejar desde fuera.

—Voy a hablar con él.

—Dani, no hace falta que...

—No voy a montarle ningún numerito, tranquila. —Me mira—. Tengo que decirle que si te hace daño, lo mato, que es diferente.

Algo se afloja en mi pecho. No todo, porque quedan demasiadas cosas encima de la mesa, pero algo.

—Dani, para. No hace falta que hables con él porque soy yo la que no quiere seguir. Me voy de tu casa, lejos de este barrio y de él.

—¿Por qué? Creía que te gustaba. ¿Es por el trabajo? —pregunta.

Ahí está. El hilo que de verdad tira de mí en dirección contraria a Patrick.

—Sí, sabe que trabajo con ellos. Los detalles no los sabe, ni puede saberlos. Me echarán si se enteran de que salgo con la competencia. Aunque no diga nada, ¿cómo pueden saber que no me voy de la lengua?

—Sí, es un problema. Es un proyecto demasiado importante en tu carrera como para fastidiarla.

—Así es. Y la única forma de resolverlo es alejándome y no dar ninguna oportunidad a los sentimientos que pueda haber entre nosotros. Nos teníamos ganas y ya está. Ya ha pasado. Fin.

Dani asiente. No añade nada más, que es la versión más madura de mi hermano, la que reserva para cuando la situación es demasiado real para el comentario fácil.

El sol de la mañana entra por la ventana. No he sido capaz ni de tomarme el café, que sigue frío en mi taza. Afuera, la ciudad funciona con su indiferencia habitual a los sentimientos que me atormentan.

—¿No lo coges?

Dani me avisa de que mi móvil lleva unos segundos vibrando sobre la mesa. No le hago caso porque sé quién es y no tengo el ánimo de hablar con él. Un bip me anuncia que ha dejado un mensaje.

Buenos días. Te has ido antes de que pudiera hacer café.

Lo dejo boca abajo después de leerlo. Miro a Dani, que ha visto la pantalla iluminarse y que levanta las cejas muy levemente.

—Contéstale —dice.

—¿Seguro?

—No. No estoy seguro de nada, peque, pero tendrás que hablar con él.

—Más tarde. Necesito procesar un poco más. Además, es tu turno. ¿Cómo es que llegas a estas horas?

—Estuve con alguien.

—¿En serio? —Le lanzo un cojín mientras me río. ¡Cuéntame! ¿La conozco?

—Bueno —veo cómo se ruboriza—, Vanessa se quedó como un pasmarote, avergonzada y molesta. Alguien tenía que consolarla, ¿no te parece?

—¡No me lo puedo creer! ¿Te gusta?

26

Patrick

El móvil lleva tres llamadas sin respuesta y el apartamento tiene ese silencio de los domingos que normalmente no me molesta y que esta mañana me resulta opresivo.

Me muevo inquieto en el taburete de la isla de la cocina, sin encontrar una posición que calme la ansiedad que siento. ¿Por qué no lo coge? Hay una taza de café en la encimera que he preparado para dos y que sigo mirando desde donde estoy con la misma lógica circular de quien sabe perfectamente lo que quiere hacer y está buscando una razón para no hacerlo todavía. Llamar a la puerta de Dani un domingo por la mañana después de lo que ha ocurrido no es lo mismo que llamar cualquier otro día, y eso lo sé, y también sé que Libby se fue sin decir nada, que eso puede significar muchas cosas y que hasta que hable con ella no voy a saber cuál. Pero si se fue así será que no quiere verme.

Mientras, yo me muero por verla.

No es una forma de hablar. Es una certeza física, concreta, del tipo que no da muchas opciones. Quiero verla esta mañana y mañana y el día siguiente y tocarla y hablar con ella de todo lo que anoche quedó sin decirse porque había otras cosas más urgentes, y esa cadena de querer en presente continuo es algo que no había tenido en mucho tiempo, y que esta mañana, con el café enfriándose y el móvil sin respuesta, se instala en el pecho con una claridad que no deja mucho espacio para la negociación.

Le escribo un mensaje que no contesta. Quiero tirar el teléfono lejos, alzo la mano y en ese instante suena. Pero no es ella.

—Buenos días, mamá.

—¡Buenos días! —grita. Su tono no tiene la calidez habitual de los domingos, lo cual es información suficiente antes de que añada nada más—. Patrick, anoche quedaste muy mal.

Suelto el aire despacio.

—Lo sé.

—Desapareciste de tu propia fiesta de cumpleaños. Vanessa se quedó sola, los antiguos socios de tu padre preguntaron por ti dos veces, el señor Aldridge se fue antes porque no encontró el momento de despedirse y tenía algo que proponerte, otros antiguos clientes se fueron sin que los atendieras, y tus amigos, ¡tu familia!... —Para un segundo en el que escucho su respiración alterada—. En tu propia fiesta, Patrick. No sabes la vergüenza que pasé. Nunca pensé que fueras tan maleducado, con todo el trabajo que le he dedicado.

—Mamá, lo siento. Fue una situación...

—Fue una situación que tú creaste al salir corriendo detrás de una chica a la que acabas de conocer, dejando a la gente que lleva años a tu lado. —Su voz no es alta, es peor, es esa calma decepcionada que lleva toda mi vida siendo más eficaz que cualquier reproche hecho a gritos—. Menos mal que Dani se quedó con Vanessa y la acompañó durante el resto de la noche, porque si no, el disgusto hubiera sido mayor.

—¿Dani se quedó con Vanessa?

—Toda la noche, sí. Y gracias a él la chica no pasó la peor noche de su vida, abandonada por el chico que la lleva al baile, ¿hay algo peor que eso? Que Dani te cubriera no quita que fuera una falta de respeto hacia los invitados y hacia mí, que llevo meses organizando esto.

—Tienes razón. Lo siento de verdad.

Siento un frío cortante al otro lado. Mi madre respira y cuando vuelve a hablar, el tono ha bajado un grado, que es lo que hace siempre cuando recibe una disculpa sincera y decide aceptarla sin prolongar el conflicto más de lo necesario.

—¿Está bien la chica?

—Sí, mamá. Se perdió para volver, por eso salí, porque sé que no conoce la ciudad. Al final llegó bien.

—Me alegro —baja la voz y sigue un silencio, más largo y con una textura diferente al anterior—. Me imagino que pasaste la noche con ella si no volviste. ¿Merece la pena, Patrick?

La pregunta es sencilla, directa y mi madre la hace con la capacidad que tiene de ir al centro de las cosas sin rodeos cuando ya se le ha pasado el enfado.

—Sí. Creo que sí. Quiero descubrirlo, esa es la verdad.

No he pensado la respuesta; sale sola, con la misma velocidad y la misma certeza de las cosas que uno sabe antes de formularlas.

Mi madre no dice nada durante unos segundos. Cuando habla, la voz tiene algo diferente, más suave, que reconozco aunque no aparezca con frecuencia.

—Desde que estuviste con Lauren no te había escuchado hablar de ninguna mujer con esa convicción.

—Lo sé. Siento algo nuevo, mamá.

—Entonces ve a buscarla. Y la próxima vez que organice una fiesta para ti, te quedas hasta el final.

Cuelga antes de que pueda añadir nada, que es un hábito familiar que esta mañana agradezco porque no tengo nada que añadir.

Llamo al timbre de Dani a la hora del almuerzo. He pasado la mañana en el minigimnasio que tengo en la habitación del fondo, levantando pesas y dándole a la cinta más tiempo del habitual, que

es lo que hago cuando tengo demasiadas cosas en la cabeza y necesito que el cuerpo ocupe el espacio que la cabeza no está usando bien. Ha servido de poco. Libby no se me va de la cabeza y por eso he decidido ir a su casa, ya que la falta de respuestas al móvil me tiene preocupado.

Dani abre con el pelo revuelto y una camiseta que indica que lleva un rato en casa sin plan concreto. Me mira un segundo con gesto de estar calculando qué decir antes de hablar.

—Pasa.

El apartamento está algo revuelto, con restos de comida china en la mesa del sofá, la manta arrugada y una revista de motos abierta por la mitad. La música de Guns N' Roses suena de fondo. Dani siempre pide comida china cuando tiene resaca.

—¿Está? —digo, aunque ya sé la respuesta al ver el entorno.

—Se ha ido a almorzar fuera. —Dani va a la cocina y vuelve con dos cervezas, me tiende una y se sienta en el sofá, después de retirar la manta y la revista—. No me ha dicho adónde.

Me siento junto a él. Giro la lata entre los dedos sin abrirla.

—Dani, anoche...

—Ya lo sé. Me lo ha dicho.

—Dejé la fiesta sin darme cuenta de que todos estábais por mí. Lo siento.

Dani bebe un trago largo y me mira por encima de la lata con una expresión que tiene varios estratos y que tarda un momento en organizar.

—Fuiste la comidilla durante un rato, tu madre iba como loca buscándote, pero, ¿sabes?, con música y alcohol, al final la gente se puso a lo suyo y, excepto tu madre, nadie se preocupó de más. Tranquilo. Bueno, menos Vanessa que se quedó bastante descolocada —me cuenta.

—Ya me imagino. Mi madre me ha llamado esta mañana hecha una furia. Dice que te ocupaste de Vanessa. Gracias, tío.

—Sí, me quedé con ella.

Levanto la vista porque lo dice en un tono sospechoso.

—¿En la fiesta o toda la noche?

Dani abre los brazos con gesto de «qué le vamos a hacer», y en su cara hay algo que no es exactamente arrepentimiento.

—Una cosa lleva a la otra…, ya sabes. He dormido con ella, sí. Bueno, dormir, lo que se dice dormir, poco. Es buena chica, Patrick. Mejor de lo que recuerdas. —Me mira—. ¿Te importa?

—¿Que hayas pasado la noche con Vanessa?

—Sí.

Pienso en Vanessa, en lo que fue y en lo que ya no es, en la distancia real que hay entre entonces y ahora.

—Para nada . Ya sé que es buena chica, la conozco desde que éramos niños, pero nunca hubo *feeling* entre nosotros. ¿Tienes intención de volver a llamarla?

—Depende de si ella quiere. —Me mira con ojos de corderito; sí que parece que le gusta—. ¿Tú qué harías?

—Llamarla. Es la única forma de saber si hay algo más o fue solo la noche.

Dani asiente despacio, dando vueltas a eso. Luego me mira con una expresión que ha cambiado de registro, más directa y seria.

—¿Y Libby?

Dejo la cerveza sobre la mesa.

—Dani, necesito que me perdones. Sé que te prometí que no me acercaría a ella y no he cumplido esa promesa, y lo siento, pero no me arrepiento de lo que ha pasado entre nosotros. —Me inclino hacia delante con los codos en las rodillas—. Me gusta. De verdad.

No es algo que haya buscado ni calculado, simplemente ocurrió, y hace tiempo que no me pasa algo así con nadie. Desde el primer día que la vi no he podido dejar de pensar en ella. Es tan especial…

Dani me sostiene la mirada. En su cara hay un gesto que va tomando forma despacio, algo que no es el enfado que esperaba, sino algo más complicado y honesto.

—¿Cuánto tiempo? —dice.

—¿Cuánto tiempo qué?

—Que no te pasaba algo así.

Sé perfectamente a qué se refiere y los dos lo sabemos.

—Desde Lauren, por supuesto —digo—. O desde siempre, porque lo de Lauren fue distinto. No era sincero. Me obnubiló con sus malas artes de seducción, en cambio, Libby no ha hecho nada, al revés. Es algo que ha surgido de forma natural, desde dentro.

Dani deja la lata sobre la mesa con un golpe suave. Tamborilea los dedos una vez sobre la rodilla y luego para. Abre la boca y la cierra, y ese movimiento, en Dani que nunca se queda sin palabras, me dice que hay algo que está evaluando si decir o no decir.

—¿Qué pasa? —digo.

—Nada.

—Dani. Sé que me quieres decir algo, suéltalo.

—No. Yo no tengo que decirte nada más. Tendréis que hablar vosotros dos. —Se levanta y recoge las latas y los restos de la comida con los movimientos eficientes de quien da por terminada una conversación—. Los dos —repite.

—Eso ya lo sé. Si me dijeras dónde está...

—No lo sé. En serio.

Dani se aleja hacia la cocina con las manos ocupadas, sin que la expresión de que guarda algo que ha decidido no soltar todavía se le

haya ido de la cara. El mosqueo de no saber qué es exactamente lo que calla se me instala en el pecho mientras salgo al rellano, tras despedirme, y cierro la puerta detrás de mí.

27

Libby

La habitación tiene tres ventanas. Eso es lo primero que me llama la atención cuando Claudette, la amiga de Priya que alquila la habitación, abre la puerta y me deja pasar. Tres ventanas en una habitación del West Village que da a un patio interior con una higuera que en verano, según me cuenta Claudette con el orgullo específico de haber encontrado algo bueno en esta ciudad, da sombra hasta la cocina.

El suelo es de madera antigua con esas irregularidades que tienen los apartamentos que llevan décadas siendo pisados por gente real. Las paredes son blancas, pero no el blanco frío de los apartamentos nuevos, sino uno más cálido, con pequeñas imperfecciones que, en lugar de molestar, le dan carácter. Hay una estantería empotrada junto a la ventana grande que ya me imagino llena, y la luz de la tarde entra en diagonal y lo convierte todo en algo que no es exactamente lo que busco a largo plazo, pero que ahora mismo, con todo lo que tengo encima, es exactamente lo que necesito.

—Me la quedo —digo.

Claudette sonríe y en ese mismo instante, aunque sea domingo y esté de resaca, firmo el contrato y le doy la señal. Cuando Priya me habló de esta opción, no la consideré porque quiero un piso para mí sola y si tengo que compartir, prefiero a mi hermano. Pero desde anoche la situación ha cambiado y por eso he llamado a mi compañera esta mañana para venir a verlo.

El lunes me mudo con las dos maletas que traje de Minnesota y que Dani sube en dos viajes sin quejarse. En cuanto me instale, podré traerme mis cosas de la casa de mis padres.

—¿De verdad te compensa pagar por esto? Quédate conmigo, mi piso es mucho mejor —insiste como cada rato desde que le conté mi decisión.

—Ya sabes las razones y no voy a discutir más. Me encanta tu apartamento, pero no es lo mejor para empezar mi vida en esta ciudad.

—Lo sé, lo sé. Es que me da tanta pena. —Se deja caer en la silla junto a la ventana y mira el patio, sorprendido por el tamaño de la higuera—. No está mal, peque. Tiene luz y silencio.

—Eso mismo pensé yo.

—¿Estarás bien aquí?

La pregunta tiene dos capas y los dos lo sabemos. Dani no pregunta si el colchón es cómodo precisamente.

—Estoy bien —afirmo, y es suficientemente verdad para decirlo sin que me cueste.

Me mira un momento más, con la atención de un hermano preocupado que evalúa si la respuesta es completa o es la versión presentable de algo más complicado. Decide que es suficiente y se levanta.

—¿Comes conmigo el jueves? —dice—. Hay un sitio nuevo en la Séptima que quiero probar.

—El jueves tengo reunión hasta las dos.

—A las dos y media, entonces.

—Hecho.

Nos tomamos unas pizzas con Claudette en un local cercano y nos despedimos.

—

Desde que vivo aquí, salgo poco y trabajo mucho. La vida social de Nueva York no me ha atrapado porque no le he dado ninguna oportunidad. Me tumbo en la cama al regresar del trabajo, después de darme una ducha, y pienso en lo que ha cambiado mi vida en pocas semanas. Vibra mi móvil sobre la colcha, otra vez. Patrick lleva diez días sin respuesta de mi parte y, aun así, lo sigue intentando todos los días. Escucho todas sus llamadas, el teléfono vibra sobre la mesa del trabajo o sobre la mesita de noche y veo su nombre y espero a que pare y luego sigo con lo que estaba haciendo, que es una disciplina que me cuesta más de lo que parece desde fuera y que tiene una razón concreta, aunque explicarla en voz alta suene frío.

No puedo. Eso es lo que me repito cuando el teléfono vibra y no lo cojo. No puedo hablar con él mientras trabaje en este proyecto, no porque no confíe en él, sino porque si hablamos, voy a querer verle y, si lo veo, voy a querer todo lo que ya sé que hay entre nosotros, y todo lo que hay entre nosotros en este momento tiene un problema que no se resuelve con quererlo suficiente. Patrick dirige la empresa que compite directamente con mi cliente, me repito una y otra vez. Por eso, cada vez que estemos juntos, va a existir esa sombra encima. Me importa este trabajo y me importa lo que estoy construyendo aquí, y ninguna de esas cosas ha dejado de importarme porque una noche en el ático de Patrick fuera lo que fue. Además, me da terror que puedan rastrear las llamadas y acusarme de pasarle información. No me lo puedo permitir. Patrick ha aparecido en el peor momento de mi vida, aunque siga siendo lo primero que pienso cuando me despierto, y lo último antes de dormirme. Y en el metro, y en la ducha, y en los cinco minutos entre reunión y reunión cuando el cerebro baja la guardia y va adonde quiere ir sin que yo tome ninguna decisión al respecto. Sus manos en mi espalda en la pista de baile las siento reales con solo imaginarlas. Mi nombre con su voz suena en mis oídos como si lo tuviera al lado. Los besos que me recorren la piel en sueños y su cuerpo entregado a mí una y otra vez.

Pero no voy a llamarle. Al menos hasta que termine el proyecto y así se lo he escrito en varios mensajes. Y también me lo he dicho a mí con la claridad suficiente para que funcione durante el día. Lo que pasa por la noche en la habitación de las tres ventanas es otra cuestión y no tiene solución práctica.

El trabajo ayuda. Eso es lo bueno de un proyecto tan absorbente, que cuando entra, entra de verdad y desplaza todo lo demás hacia los márgenes donde no molesta tanto. Las reuniones con Ethan, Jake y Priya se desarrollan con esa velocidad específica de los proyectos que avanzan, esa sensación de que cada decisión se construye sobre la anterior y que el conjunto empieza a tener una forma reconocible. Jake trae ideas que a veces son demasiado arriesgadas y a veces son exactamente lo que necesitábamos y que yo no había visto. Priya no dice nada que no esté respaldado por datos y eso, en un equipo creativo, vale más de lo que parece.

Marcus me para en el pasillo el miércoles de la segunda semana.

—¿Cómo va?

—Bien. Mejor que bien, creo.

—¿El cliente está contento?

—Eso creo. Richard quiere acelerar el calendario de presentación pública, que es un asunto que tendremos que gestionar.

Marcus asiente como si ya esperara ese problema concreto.

—Gestiónalo con Richard. Pondremos los recursos que hagan falta. —Hace una pausa—. Libby, buen trabajo. En serio.

Entro al despacho con esas tres palabras instaladas en algún sitio del pecho que las agradece más de lo que imaginaba, que es lo que ocurre cuando uno lleva semanas demostrándose algo a sí mismo y alguien desde fuera lo confirma sin que se lo hayan pedido.

Vuelvo a quedar con Dani en el sitio nuevo de la Séptima, que resulta ser un italiano con la pasta hecha a mano y camareros que

tienen la costumbre encantadora de rellenarte el agua sin que la pidas.

—¿Cómo está Vanessa? —pregunto, porque llevo días con la curiosidad y Dani no ha sacado el tema. Además, así evito hablar de su vecino.

Levanta los ojos del plato y me mira con curiosidad.

—Bien. La llamé el lunes después de la fiesta.

—¿Y?

—Y quedamos el martes, y luego el fin de semana... —Coge el tenedor—. No sé lo que hay todavía. De momento, es agradable.

—Me alegro mucho, Dani.

—No te alegres todavía, que acabo de empezar. —Me mira—. ¿Y tú?

—Yo trabajo.

—Eso ya lo sé. ¿Y lo otro?

—Lo otro no existe mientras exista el proyecto. Ya lo sabes.

—Lo sé. —Hace una pausa para pinchar un trozo de pasta—. Él pregunta por ti. Está hecho una mierda. No debería decírtelo, pero es que nunca lo he visto así.

El tenedor se detiene a mitad de camino hacia mi boca.

—Dani.

—Solo te informo. No te cuento nada más.

—Pues no añadas nada más.

—No añado nada más.

Comemos en silencio durante un momento, cada uno absorto en sus propios pensamientos. El restaurante tiene ese ruido de fondo de los sitios llenos a mediodía, conversaciones superpuestas y el sonido de la cocina al fondo, y yo me concentro en la pasta, que

efectivamente está muy buena, y en no pensar en lo que acaba de decir Dani, que es un ejercicio que requiere más esfuerzo del que me gustaría.

—¿Cuánto dura el proyecto? —dice Dani, sin mirarme.

—No lo sé. Meses.

Asiente. No dice nada más.

El viernes por la tarde salgo de la oficina a las seis y media con el cerebro a esa velocidad de final de semana en que una empieza a soltar las cosas del trabajo sin haberlo decidido conscientemente, con el bolso al hombro y los auriculares puestos y la lista mental de lo que necesito comprar para el fin de semana, que incluye café y algo para cenar que no sea lo mismo que he comido los últimos tres días.

Bajo las escaleras del edificio hacia la calle y, por un momento, pienso que veo visiones. Patrick está apoyado en la pared de enfrente con las manos en los bolsillos y la chaqueta sobre el brazo, mirando la puerta por la que acabo de salir. Cuando me ve, no se mueve. Se queda donde está y me mira con expectación. Nos separan más de diez días de silencio y la acera de Meatpackings. Me quito los auriculares, como si así lo fuera a ver mejor. No sé cuánto tiempo lleva ahí. No sé cómo sabe que trabajo aquí hoy si cambio de nuestra oficina a la del cliente cada día, aunque si lo pienso medio segundo, la respuesta es obvia. Sara se lo habrá dicho. Lo que sé seguro es que está de pie en la acera un viernes por la tarde esperándome, y que eso, con todo lo que hay entre los dos y todo lo que no puede haber todavía, me produce algo que no tengo ningún interés en analizar en este momento, pero que está ahí, sólido e inconveniente, igual que siempre.

28

Patrick

Lleva más diez días sin cogerme el teléfono. Los he contado, sí, llevo la cuenta de forma deliberada y cada día que pasa sin respuesta tiene una textura propia y distinta, y cuando uno presta atención a esas cosas sin querer acaba sabiendo cuántas horas han pasado con una precisión que no ha buscado.

Sara me dijo el martes que trabaja en las oficinas de Nexgen AI los viernes. No me lo dijo directamente ninguna de las veces que le pregunté, hasta que lo hizo con disimulo cuando soltó la información en mitad de otra conversación, sin énfasis, como si fuera un detalle menor, y yo lo recibí igual, sin alterarme. Luego estuve el resto del día pensando en si hacer lo que estoy haciendo ahora, que es estar apoyado en la pared de enfrente con las manos en los bolsillos esperando a que salga.

No es acoso. Me lo he repetido las veces suficientes para saber que tampoco me lo creo del todo, porque aparecer en la calle donde alguien trabaja sin avisar tiene una graduación que depende de lo que uno lleva dentro cuando lo hace, y lo que yo llevo dentro esta tarde no es exactamente neutral.

La puerta se abre y Libby sale con el bolso al hombro y los auriculares puestos y esa manera que tiene de bajar escaleras sin mirar dónde pisa, porque ya sabe que los pies van a encontrar el siguiente escalón. Esa frescura me tiene alelado. Llega a la acera y entonces me ve, y en el segundo exacto en que ocurre, el mundo

reduce su velocidad de una manera que no es literal, pero que uno nota igual.

Se quita los auriculares despacio, sin apartar los ojos de mí, y en su cara ocurren varias cosas en orden rápido que reconozco aunque no las nombre. La sorpresa, el procesamiento, y luego algo más complicado que me tiene expectante. ¿Qué hará? Ambos guardamos algo que lleva diez días sin salir a ningún sitio y que ahora, con los dos en la misma acera y solo el ancho de la calle entre nosotros, no tiene dónde esconderse.

Cruza hacia mí con descuido, directa, sin mirar a los lados, y cuando me alcanza, el perfume cítrico que lleva y que a estas alturas reconocería en cualquier sitio me llega antes de que ella abra la boca.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —dice.

—Un rato.

—¿Cuánto es un rato?

—El suficiente para haberme arrepentido dos veces y haber decidido quedarme tres.

Una luz cruza por su cara, un amago de sonrisa que en este momento, después de diez días mirando el teléfono sin respuesta, me produce un alivio que no voy a disimular.

—¿Cómo sabías que estaba aquí hoy?

—Sara.

Tuerce la cabeza ligeramente.

—Tengo que hablar con Sara. No debía…

—No lo hagas. Ella solo intentaba ayudar y los dos sabemos que tenía razón en hacerlo. —Doy un paso hacia ella, lo suficiente para que la conversación sea entre los dos y no para el resto de la acera, que en Meatpacking a las seis y media del viernes tiene más tráfico

del deseable—. Libby, necesito hablar contigo. En persona, no por teléfono, no por mensaje. Dame diez minutos.

Me mira con curiosidad. El viento le mueve un mechón de pelo hacia la cara y no hace nada para apartarlo, solo me mira, y yo espero porque es lo único que puedo hacer y porque con Libby Crane la paciencia no es una virtud, sino una necesidad práctica.

—Aquí no —concede.

Hay una cafetería a media manzana con mesas al fondo donde el ruido de la calle llega amortiguado y la gente está suficientemente absorta en sus propias conversaciones para no prestar atención a la nuestra. Pedimos dos cafés que ninguno de los dos va a tomarse y nos sentamos frente a frente con la mesa entre nosotros, que esta tarde es la distancia correcta para decir lo que hay que decir sin que el resto interfiera.

Libby deja el bolso en la silla de al lado, cruza las manos sobre la mesa y me mira con esa forma demasiado directa que tiene y que en otro contexto es una de las cosas que más me gustan de ella. Esa mirada ahora mismo hace que sea más difícil empezar. Noto que vigila a un lado y a otro, como si temiera que la vieran conmigo, y entiendo su miedo.

—No temas, Libby. Está todo bien.

—¿Cómo que está todo bien? ¿A qué te refieres? Sabes que me juego el trabajo… —Le pongo dos dedos en los labios para que calle. Son tan sedosos como los recuerdo y, la verdad, preferiría rozarlos con los míos.

—Te lo contaré sin rodeos. Llevo semanas negociando un acuerdo con Nexgen AI —suelto a bocajarro la noticia que me lleva quemando por dentro todos estos días.

Libby no dice nada. Solo me mira, con los ojos levemente entornados, sin entender.

—No es una fusión de las empresas ni nada por el estilo. Hemos llegado a un acuerdo de colaboración específico para el área de IA médica. Ellos tienen el modelo clínico, nosotros tenemos la infraestructura tecnológica y la capacidad de escala. En ese territorio concreto tiene más sentido unir fuerzas que competir, y los números lo demuestran. —Hago una pausa—. Richard y yo llevamos reuniéndonos desde hace tres semanas. Esta mañana hemos firmado el preacuerdo.

Libby sigue sin decir nada, pero algo ha cambiado en su postura. Está tensa.

—No podíamos decir nada, ni él ni yo. Ya sabes la enorme discreción que hay que tener en estos temas tan delicados. Nos jugamos mucho —continuo ante su silencio—. Si el acuerdo sale adelante, y va a salir, AI-2 Tech y Nexgen AI dejan de ser competidores solo en ese área. Unimos nuestras fuerzas para hacer un producto mejor e imbatible. La salud no es un juego, Libby. —La miro—. Y la campaña de lanzamiento de la IA médica necesitará una dirección de marketing que conozca el proyecto desde dentro, que haya estado ahí desde el principio y que entienda los dos lados.

Libby abre la boca y la vuelve a cerrar.

—Patrick...

—No lo he hecho por ti, si es lo que piensas —me justifico, antes de que llegue a la conclusión equivocada—. Lo he hecho porque era la decisión correcta para la empresa y porque este sector necesita que colaboremos y no que nos hagamos la guerra, si eso puede ir en detrimento de los usuarios. Hablamos de ayudar a los médicos a detectar enfermedades, de ofrecer soluciones a los enfermos… Los dos tenemos algo bueno entre manos y destruirlo compitiendo sería un error que yo no estaba dispuesto a cometer. —Hago una pausa sin dejar de mirarla a los ojos—. Pero también es verdad que cuando empecé a darle vueltas a esta posibilidad, hace más de dos meses, a ti ni siquiera te conocía. Que tú estés en el medio de todo esto me

ha hecho pensar con más claridad sobre lo que realmente quería construir.

Libby mira la taza, sin hablar. Daría medio brazo por saber qué piensa. Luego me mira a mí. En su cara hay una sombra y me imagino que lleva semanas guardando un secreto y que ahora mismo, con esta mesa y esta conversación entre los dos, no sabe muy bien dónde poner.

—¿Richard sabe que...? —empieza.

—No. Él no sabe que te conozco. No es asunto suyo todavía.

—¿Y Marcus?

—Marcus se va a enterar cuando tú decidas contárselo. Ese paso es tuyo, no mío.

Libby suelta el aire despacio, con gesto de estar procesando algo grande y necesita que el cuerpo ayude al cerebro a organizarlo.

—Llevas semanas haciendo esto en paralelo —dice, no como pregunta sino como constatación.

—Sí.

—Sin decirme nada.

—No tenía nada concreto que decirte hasta esta mañana. Y no quería llegar con una promesa, quería llegar con un hecho. Además, sabes mejor que nadie cómo tratar lo que es confidencial. Nadie más que Richard y yo hemos hablado del tema, solo los dos. Me he mordido la lengua igual que has hecho tú.

—¿Por qué has esperado diez días antes de aparecer aquí?

—Porque necesitabas tiempo y yo lo sabía. Y porque si hubiera aparecido antes, no habría llegado con esto, sino solo con las ganas de verte, que no es suficiente para que podamos seguir viéndonos.

Libby no dice nada durante un rato. Tanto mutismo, con la alegría natural que emana siempre, me está empezando a agobiar. Gira la taza entre los dedos, mira la calle a través del cristal, y luego vuelve

a mirarme con algo en los ojos que no tiene nombre preciso, pero que reconozco porque lleva semanas produciéndome el mismo efecto.

—Tengo que hablar con Marcus y con Richard —dice al fin.

—¿Sobre qué?, ¿qué les vas a decir? —Necesito escuchar que les va a comunicar que estamos juntos, aunque quizá solo les diga que nos conocemos. La ansiedad muerde mi estómago porque yo solo la quiero a ella, lejos de esta cafetería.

—Necesito pensarlo.

—Tienes tiempo. —La miro—. Pero Libby, cuando lo hayas pensado, llámame. Al teléfono, que para eso existe.

El principio de sonrisa que lleva toda la conversación guardada aparece entonces, breve y completamente suya, y eso solo, esa fracción de segundo, vale los diez días enteros.

Se levanta, coge el bolso y, antes de salir, se gira desde la puerta con la mano en el marco y me mira una última vez.

—Patrick.

—¿Qué?

—Buena jugada.

Sale a la calle y el ruido entra un momento antes de que la puerta se cierre, y yo me quedo con los dos cafés delante y una sensación en el pecho que no había tenido en mucho tiempo y que esta tarde, por primera vez, no tiene nada de inconveniente.

29

Libby

Dani sale por la puerta a las siete y media con las llaves en la mano y cara de estar pasándoselo en grande, aunque no lo quiera admitir.

—¿Estás segura de que sabes cocinar? —dice, desde el umbral.

—Llevo media hora cocinando delante de ti.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Vete ya, Dani.

Se ríe, me da un beso en la cabeza y desaparece escaleras abajo. La puerta se cierra y el apartamento queda en silencio, excepto por el sonido de la sartén en el fuego y la música que he puesto en el altavoz del salón, algo que no es romántico de forma obvia pero que tiene el tempo correcto para lo que quiero que sea esta noche.

Que es una cena. Solo una cena, me digo, aunque la mesa que he puesto con el mantel bueno de Dani y las velas que he comprado esta tarde en la tienda de la esquina no parezcan exactamente una cena cualquiera.

Cuando acabo de cocinar, me doy una ducha y me arreglo con un poco de colorete nada más y algo de rímel. Prefiero que me vea como soy, sin extras que no suelo usar. Me miro un momento en el espejo del pasillo. El vestido es verde, corto, con un escote que insinúa lo justo. Me he dejado el pelo suelto y los pies descalzos sobre el suelo de madera.

El timbre suena a las ocho en punto. Patrick está en el umbral cuando abro, lleva un vaquero oscuro y una camisa blanca con los dos primeros botones abiertos, el pelo mojado, sin chaqueta, y cara de sorpresa, porque ha quedado con Dani, no conmigo.

—He quedado con Dani para ver el partido —dice.

—Mi hermano miente muy bien cuando quiere.

—¿No está aquí? Espera…, ¿cómo que miente…?

—Ha salido con Vanessa. —Me aparto para dejarle pasar—. ¿Entras o prefieres esperar a que vuelva en el rellano?

Entra. El olor de la cena llega desde la cocina y Patrick lo nota, porque gira la cabeza hacia allí con una expresión que me resulta completamente suya y que esta noche me produce algo que no tengo ningún interés en disimular.

—¿Has cocinado?

—Estoy cocinando. Todavía faltan diez minutos. —Le señalo el sofá—. Siéntate. ¿Quieres algo?

—¿Qué tienes?

—Vino. Agua. Cerveza de Dani, aunque no garantizo que esté fría.

—Vino está bien.

Voy a la cocina, le sirvo una copa, abro el horno para comprobar, y vuelvo al salón donde Patrick está sentado con los codos en las rodillas, mirando la mesa puesta con las velas encendidas y el mantel que Dani guarda para las ocasiones que no llegan nunca.

Le tiendo la copa. Me mira cuando la coge.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Me siento en el sillón frente a él porque si me siento a su lado la cena se va a quemar—. Diez minutos y comemos.

He hecho paletilla de cordero al horno con miel y hierbas, y una ensalada con salmón, aguacate y nueces. No intento impresionar

con una receta complicada, solo soy alguien que sabe hacer bien una cosa y la hace con convicción, con una salsa que lleva productos naturales que he comprado en el mercado de la calle de detrás y que huele exactamente como tiene que oler una cocina un viernes por la noche.

—Listo. Vamos a la mesa.

Patrick come con la atención que le presta a las cosas que le gustan, sin prisa, y en algún momento levanta la vista del plato y me mira con una expresión que no necesita palabras, pero que las tiene de todas formas.

—Está muy bueno.

—No pongas esa cara de sorpresa.

—¿Por? No estoy sorprendido.

—Lo parece —me río.

—No, te confundes. Mi cara es de estar disfrutando la cena —dice, con algo en la boca que es completamente una sonrisa—. Que es diferente.

Bebo un sorbo de vino. Patrick lo nota, porque lleva la noche entera fijándose en todo, que es uno de los rasgos suyos que resultan más inconvenientes y más irresistibles a partes iguales.

—Bebes —dice.

—Sí. Hoy celebramos.

—La primera noche que cenamos juntos me dijiste que no bebías.

Bajo la copa. Hay cosas que una guarda porque son pesadas y porque no siempre hay un momento adecuado para sacarlas, y otras que de repente dejan de ser una carga cuando la persona que tienes delante es la correcta.

—Russell bebía —le cuento—. Cada vez más. Vino, cerveza, nada de lo demás. Cuando salíamos, si yo no bebía, él bebía el doble. Y cuando bebía el doble, era otra persona, no el chico que me

gustaba. —Giro la copa entre los dedos—. Así que empecé a beber yo para que él bebiera menos. No mucho, solo lo suficiente para que el ritmo bajara. Él pensó que me gustaba, aunque le dije muchas veces que no. No era de los que escuchan. Tanto vivía en su mundo que me reprochaba si no me acordaba de algún vino que ya habíamos probado o me hacía elegir. Pero yo no lo registraba. El problema es que cada vez bebía más, ¿sabes?, también en casa. Un partido, una noticia buena o mala, cualquier cosa era motivo para comprar vino o cerveza, y me llenaba la copa una y otra vez aunque dijera que no. Cada vez que le decía que dejara de beber, se enfadaba conmigo.

—¿Te pegó?

—No. Jamás. Nunca ejerció ese tipo de violencia. Pero yo me sentía enjaulada. Se me quitaron las ganas de salir a comer por mi cumpleaños, por ejemplo, porque volvía bebido y yo mareada por lo que me hacía beber. Dejó de ser él, ya no lo reconocía, y me fui. Dani insistió en que viviera con él, pero mi trabajo era importante para mí. Por eso, en cuanto me propusieron la posibilidad de venirme con este proyecto, lo hice. Y lo demás, ya lo sabes.

Patrick no dice nada. Me mira con la atención quieta que tiene cuando algo le importa de verdad y no quiere interrumpirlo.

—Cuando nos separamos, dejé también el vino. No porque tuviera ningún problema con él, sino porque lo asociaba a eso, a calcular cuánto bebía él, a vigilar, a gestionar algo que no debería haber tenido que gestionar. —Hago una pausa—. El día de tu fiesta solo quería probar los cosmopolitans en la ruta que hice de *Sexo en Nueva York*. No cené y me sentó fatal, lo siento. Llevaba meses sin beber ni un sorbo.

—Te sentó muy mal —bromea Patrick.

—Pésimamente mal. —Sonrío—. Pero mereció la pena.

Patrick deja el tenedor sobre el plato. Hay en su cara algo que no había visto antes, una furia contenida que no va dirigida a mí sino a

algo que ya no está aquí y que, sin embargo, esta noche ocupa un espacio en la conversación.

—¿Cuánto tiempo estuviste haciendo eso?

—Casi dos años.

—Libby.

—Ya está. Es agua pasada. —Le miro—. Te lo cuento porque quiero que lo sepas, no porque necesite que lo arregles. Ya es historia y ahora solo pienso beber si me apetece. Que es casi nunca, pero hoy quería celebrar contigo.

Asiente. Y en ese asentimiento hay algo que me dice que lo ha entendido exactamente como quería que lo entendiera, que es la diferencia entre escuchar para responder y escuchar para saber.

Recojo los platos. Patrick me ayuda sin que se lo pida, que es otro de esos detalles suyos que se acumulan en un haber que cada vez es mayor.

Salimos a la terraza con las copas después de cenar. La noche de Nueva York tiene esa temperatura específica de cuando el invierno todavía no ha llegado del todo y el otoño se resiste, con el aire fresco pero no frío y la ciudad extendida abajo con todas sus luces y todo su ruido que desde aquí arriba llega suavizado, casi amable.

Patrick está apoyado en la barandilla con la copa en la mano y la camisa blanca moviéndose ligeramente con el viento, mirando la ciudad con una calma que esta noche no tiene nada de distancia, sino de alguien completamente presente en el sitio donde está.

Me coloco a su lado. La ciudad brilla abajo y entre los dos hay ese silencio que no necesita ser llenado porque ya tiene suficiente contenido propio. Me aguanto las ganas de tocarlo y de besarle la nuca que queda iluminada por las luces del salón. Estamos tan cerca que respiramos el mismo aire, casi rozo su brazo y el cosquilleo que siento me recuerda que estoy viva y que lo deseo con toda mi alma. Pero todavía no quiero dar ese paso. Aún me queda algo por decir.

—He hablado con Marcus.

Patrick gira la cabeza hacia mí.

—¿Y?

—Y le ha parecido bien. Declarar el conflicto de interés formalmente, documentar que no ha habido ninguna transferencia de información, y reasignar mi rol dentro del proyecto una vez que el acuerdo entre AI-2 Tech y Nexgen AI sea público. —Le miro—. Richard también lo sabe. Fue más fácil de lo que esperaba. Creo que el acuerdo les tiene tan contentos que lo demás les parece menor.

—¿Cómo te sientes con todo eso?

—Estoy bien. —Y es verdad, lo siento así mientras lo digo—. El proyecto sigue siendo mío hasta que el acuerdo se haga público. Y cuando lo haga, estaré en los dos lados de la mesa, que es bastante mejor que estar solo en uno.

Patrick asiente despacio, con aspecto de haber recibido una noticia importante que deja reposar antes de reaccionar.

—¿Y ahora? —dice, con la voz baja.

Le miro. La ciudad al fondo, las luces, el viento que mueve su camisa, y él mirándome con esos ojos oscuros que llevan semanas diciéndome lo mismo sin que ninguno de los dos lo haya dicho en voz alta todavía.

Me acerco. Le cojo la copa, la dejo junto a la mía sobre la mesa de la terraza, y cuando me giro hacia él estoy lo suficientemente cerca para que no haya ninguna ambigüedad sobre lo que estoy haciendo.

—Ahora, nos falta el postre.

Y le beso.

Este beso es distinto a todos los anteriores, más lento y más seguro, del tipo que una da cuando ya sabe que puede quedarse y no tiene prisa por demostrarlo. Patrick responde con las dos manos

en mi cara y luego en mi pelo y en mi espalda, con una determinación que me vuelve loca.

Nos separamos un momento. Le miro. En su cara hay una luz distinta y los ojos le arden de deseo.

—Me encanta cuando me miras así. ¿Vamos a mi casa? Por si vuelve Dani.

Suelto una carcajada porque me parece un pensamiento demasiado práctico para un momento como este.

—Antes recojamos, por si acaso.

Llevamos lo que queda a la cocina, con prisas, besándonos al cruzarnos y con las ganas comiéndonos las entrañas. En cinco minutos estamos entrando en su apartamento.

Patrick me apoya en la puerta, me sujeta por las caderas y se pega a mí. Un jadeo de sorpresa sale de mi boca y él sonríe. Atrapo su labio con mis dientes para morder esa sonrisa que me gusta tanto, y le beso con ansia y dulzura al mismo tiempo. Entreabre la boca y su lengua atrapa la mía y saboreo la delicia cálida que me ofrece.

30

Patrick

La puerta del ático se cierra detrás de nosotros y el apartamento queda en penumbra con solo la luz de Manhattan entrando por los ventanales, que esta noche tiene algo de cómplice, como si la ciudad también supiera que esto lleva semanas sin poder ocurrir y por fin ha decidido apartarse.

Libby está apoyada en la puerta con las manos en mi pecho y los ojos levantados hacia los míos, descalza, con ese vestido verde que lleva toda la noche siendo un problema para mi concentración, y hay en su cara algo que no tiene nada de duda ni de cálculo, solo ella, entera, sin la capa de contención que ha llevado durante semanas y que esta noche ha dejado en algún sitio del camino entre la terraza de Dani y mi casa.

La beso despacio. No tengo prisa. Llevamos demasiado tiempo corriendo hacia algo o alejándonos de ello, y esta noche no hay ningún sitio al que llegar que no sea este.

Sus manos suben desde mi pecho hasta mi nuca y me atrae hacia ella con una determinación que no necesita palabras, y yo deslizo las manos por su espalda y encuentro la cremallera del vestido con la misma calma con la que hago todo lo que importa de verdad, despacio, sin saltarme nada.

Libby ríe contra mi boca, una risa pequeña y cálida.

—¿Qué? —digo.

—Que llevas semanas siendo la persona más paciente del mundo y ahora también.

—La paciencia tiene sus ventajas.

—¿Cuáles?

—Que cuando llega el momento, uno sabe exactamente lo que tiene.

Me mira. En sus ojos hay algo que no tiene nombre en ningún idioma que yo conozca pero que entiendo perfectamente, y bajo la frente hasta apoyarla en la suya un segundo antes de llevarla hacia el dormitorio, donde Manhattan sigue brillando al otro lado de las persianas en líneas finas y doradas.

Y el mundo, por segunda vez, puede esperar.

Nos dejamos caer en mi cama, nos desnudamos el uno al otro y no puedo dejar de admirar su belleza, lo que esconde bajo la ropa ancha que suele llevar. Busco su boca y me coloco sobre ella. Le beso el óvalo de la cara, la frente, las mejillas, la punta de la nariz, el cuello, y ella sigue mi avance con las manos en mi pelo. La noto retorcerse bajo mi cuerpo. Acaricio todo su cuerpo con mis manos y ella se deja hacer, anticipando lo que va a llegar. Tiene unos senos turgentes y necesitados de mi lengua. Me llaman a gritos y me entretengo con ellos mientras bajo la mano hacia su clítoris, que palpita, donde me detengo. La masajeo como está esperando, abre las piernas y mis dedos se cuelan en ella, que emite un grito de placer.

—Tengo muchas ganas de ti —le susurro al oído mientras la masturbo. Noto cómo se pone rígida y, al segundo, se deshace en un orgasmo. Es erótica sin pretenderlo y eso me vuelve loco.

Libby acaricia mi dureza, haciendo que esta reaccione. Aprieta, sube y baja, y yo quiero seguir, pero dentro de ella. Le aparto la mano, cojo un condón y me lo pongo ante la atenta mirada de Libby. Me coloco de nuevo sobre ella y la penetro. Nuestras pelvis entrechocan y el placer se intensifica cada vez más cuando me

muevo más rápido y ella grita y yo empujo, y ella se mueve y yo sigo y nos volvemos locos de placer. La abrazo y la sostengo, jadeando ambos. La miro y sonríe.

Me despierto con el olor del café.

Tardo un momento en orientarme, porque el apartamento parece diferente esta mañana, con el ruido de las tazas y del grifo de la cocina, y alguien moviéndose con cuidado en mi cocina. Me levanto. Libby se ha puesto una de mis camisetas que le llega a mitad del muslo, lleva el pelo recogido en una coleta floja, y dos tazas de café ya servidas sobre la isla. Cuando me oye llegar, se gira y me mira con una sonrisa enorme de buenos días que hace que toda la espera haya merecido la pena.

—Buenos días —digo.

—Hay café. —Señala la taza—. Y huevos, si quieres. He encontrado huevos.

—¿Has revisado mi nevera?

—He revisado tu nevera. Tienes huevos, queso, algo que parece jamón y tres tipos distintos de mostaza, lo cual dice cosas interesantes de ti. Ni rastro de las comidas de Rosa, por cierto.

—¿Qué cosas dice de mí mi nevera?

—Que eres específico con los condimentos y te da igual lo demás.

—Son cosas de Rosa, no mías. O restos de alguna cesta de Navidad, no lo sé seguro. —Me río. No puedo evitarlo. Y ella me mira con esa sonrisa que lleva guardando toda la mañana y que ahora sale entera, sin reservas, y que a esta hora, con su pelo mal recogido, mi camiseta y el café en la mano, es la cosa más real que he visto en mucho tiempo.

Me acerco a la isla. Le cojo la taza, bebo un sorbo, la dejo, y la beso con la calma de los sábados por la mañana, que es una calma completamente distinta a todas las demás.

—Haz los huevos —dice contra mi boca—. Tanto ejercicio me ha abierto el apetito.

—Ahora mismo.

—Patrick.

—¿Qué?

—No me mires a mí. Haz los huevos. Tengo hambre.

—Sí. Yo también, pero de ti.

No los hago ahora mismo porque antes quiero más de ella. La beso y la cojo de las caderas para sentarla en el taburete. Meto la mano por debajo de la camiseta y le aparto la ropa interior. Ella abre las piernas mientras me baja los pantalones del pijama y así, sin preámbulos, la penetro. Libby se arquea hacia atrás, le beso en el cuello y el escote. Creo que nunca me cansaré de ella, de su vitalidad, su frescura y, sobre todo, del sexo que me ofrece sin inhibiciones. Pone las manos en mis glúteos, apretándome contra ella en cada estocada, llevando el ritmo con el poder que tiene sobre mí aunque parezca que soy yo. Me estremezco y atrapo su boca para perderme en otro de sus besos.

Veinte minutos después, aseados y satisfechos, hago los huevos con Libby sentada en el taburete de la isla mirándome con los pies cruzados sobre el travesaño y la taza entre las dos manos, y hay algo en ese cuadro, ella en mi cocina un sábado por la mañana con mi camiseta y el pelo mal recogido, que me produce una quietud que no tiene que ver con la ausencia de movimiento, sino con la presencia de algo que lleva mucho tiempo sin estar.

Comemos en la isla. Hablamos de cosas sin importancia con la comodidad de dos personas que no necesitan llenar el espacio con nada que no sea lo que hay.

El móvil de Libby suena sobre la encimera.

—Es Dani —dice.

Coge el teléfono y se baja del taburete con esa gracia descalza que tiene, y yo recojo los platos mientras escucho su mitad de la conversación, que consiste principalmente en sí, bien, ya sé, a la una, y un par de risas que indican que Dani está siendo Dani.

Cuelga y se gira hacia mí.

—Comes con él a la una —digo, antes de que lo diga ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé atar cabos y Dani sabe que yo como con mi madre los sábados.

Me mira con esa expresión de no sé si me gusta que me conozcas tan bien todavía, y luego sonríe porque sí le gusta, aunque no lo diga.

—También estarán mi tía y Sara. —Hago una pausa—. Kevin solo viene a veces.

Me paso la comida de sábado en casa de mi madre con la ligereza específica de alguien a quien le ha ocurrido algo bueno y todavía lo está procesando. Mi madre lo nota antes de que yo diga nada, que es una habilidad suya que los años no han erosionado, sino perfeccionado.

—Estás diferente —dice, mientras sirve el café después de comer.

—Estoy igual.

—Te conozco bien, hijo. —Me mira por encima de la taza—. ¿Es por una chica? ¿La de la fiesta?

—Se llama Libby y es hermana de Dani.

Mi madre sonríe con esa satisfacción tranquila de quien lleva tiempo esperando algo y por fin lo ve llegar.

—Me encanta Libby —salta Sara con una sonrisa de oreja a oreja como si ella hubiera tenido algo que ver.

—Tráela a comer —dice mi madre—. Quiero conocerla.

—Eso, que venga —añade mi tía.

—¿Cuándo?

—El próximo sábado o el que quieras. Avísame.

Mi madre acepta la novedad con una elegancia que indica que no sabe si lo acepta del todo hasta que la conozca, pero que elige no insistir hoy, y Sara, que lleva la sobremesa entera con una sonrisa que no ha disimulado en ningún momento, me lanza una mirada desde el otro lado de la mesa que dice todo lo que no necesita decir en voz alta.

A las siete llamo al timbre de Dani.

Abre Libby con un jersey viejo y ancho, el pelo suelto y una sonrisa al verme que me hace el hombre más feliz del mundo.

—¿Cómo ha ido con tu familia? —pregunta, apartándose para dejarme pasar.

—Bien. Mi madre quiere conocerte. Te ha invitado a comer. —Me siento en el sofá—. ¿Y vosotros?

Libby se sienta a mi lado con las piernas cruzadas de forma que su rodilla reposa sobre mi muslo.

—Dani y yo hemos hablado de volver a mudarme aquí. Así no estamos tan lejos y aquí hay más espacio para mí.

—¿Estás segura?

Gira la taza entre los dedos. Luego levanta los ojos.

—Completamente.

—¿Cuándo?

—La semana que viene, si Claudette encuentra a alguien.

—¿Y esta noche?

Deja la taza sobre la mesa. Se levanta. Me tiende la mano con una naturalidad que no pide permiso para las cosas que ya ha decidido.

—Esta noche ya estoy aquí —dice.

La cojo por la cintura y cruzamos el rellano juntos hacia mi ático, donde Manhattan espera al otro lado de los ventanales con todas sus luces, completamente indiferente y absolutamente perfecto, ajeno a los juegos, besos y secretos que suceden en mi cama con la mujer que amo.

EPÍLOGO

Libby

Han pasado seis meses desde que llegué a Nueva York con una maleta demasiado grande y la certeza a medias de que me quedaba aquí.

Esta mañana me despierto en el ático con la luz de Manhattan entrando por los ventanales y Patrick a mi lado, y pienso en eso, en la distancia entre decidir quedarse y saber que estás en el sitio correcto, que no es la misma cosa aunque a veces lleguen juntas. Yo llegué con la primera y encontré la segunda sin haberla buscado, que es la única manera en que las cosas importantes llegan de verdad.

Hoy es el día del lanzamiento de la campaña.

Llevo despierta diez minutos sin moverme, con el peso del brazo de Patrick sobre mi cintura y la ciudad empezando abajo con su ruido constante, y pienso en todo lo que ha ocurrido desde aquella noche en el ascensor cuando era la hermana de Dani con los nervios del primer día y él era el vecino, con esa calma que me puso nerviosa desde el primer segundo. Pienso en el rellano y en la cocina de Rosa y en los calcetines de rayas y en el beso interrumpido y en todas las veces que nos pusimos en el sitio correcto aunque doliera, y en que a veces la vida tiene la decencia de recompensarte por eso.

La campaña de IA médica de AI-2 Tech y Nexgen AI sale al mundo esta mañana. Meses de trabajo, de reuniones en las oficinas del Meatpacking, de Ethan explicando la tecnología con ese entusiasmo que hay que frenar cada dos por tres, de Priya con sus

datos y Jake con sus ideas demasiado arriesgadas que a veces son exactamente lo que necesitábamos. Meses de Patrick y yo en los dos lados de la misma mesa, construyendo algo juntos que ninguno de los dos habría construido solo, en el trabajo y fuera de él.

Me giro hacia él.

Duerme con el brazo extendido hacia donde yo estaba y la cara vuelta en mi dirección, con esa versión suya de los domingos, aunque hoy es lunes, que no se parece a ninguna otra, más joven, sin la calma deliberada del trabajo sino la real, la que no cuesta nada. Le observo un momento con la luz de la mañana cruzándole el hombro en diagonal y pienso que hace seis meses no sabía que esto existía, este lunes por la mañana concreto con este hombre, en esta ciudad que empezó siendo provisional y que a estas alturas ya no tiene nada de temporal.

Dani está con Vanessa y lleva meses con esa sonrisa de quien no quiere admitir que está enamorado pero lo está, y Sara y Kevin van a casarse en primavera, y yo tengo un trabajo que me importa de verdad y un hueco en este ático de ventanales, porque las tres ventanas de Claudette se me quedaron en nada, que tiene luz suficiente para los dos.

Patrick abre los ojos. Me mira con el entrecejo arrugado que se le forma cuando se acaba de despertar y lo primero que encuentra es exactamente lo que quería ver, y eso, ese segundo pequeño e involuntario, vale más que cualquier cosa que pudiera decirme en voz alta.

—Hoy es el día —digo.

Extiende la mano y me aparta un mechón de la cara con los dedos, despacio, con esa manera que tiene de hacer las cosas que no ha cambiado desde el principio y que espero que no cambie nunca.

—Hoy es el día —confirma.

Y tiene razón, aunque no solo en el sentido del lanzamiento.

Llegué a Nueva York con una maleta demasiado grande y la vida en Minnesota empaquetada y lista para dejarla atrás, buscando distancia y aire y un proyecto que me importara. Encontré todo eso. Y encontré también un rellano y un ascensor y un hombre que se sienta en el suelo aunque haya un sofá carísimo disponible y que espera diez días antes de aparecer en una acera, porque sabe que las cosas importantes merecen el tiempo que necesitan.

No lo sabía buscar porque no sabía que existía.

Nueva York y Patrick. Para siempre.

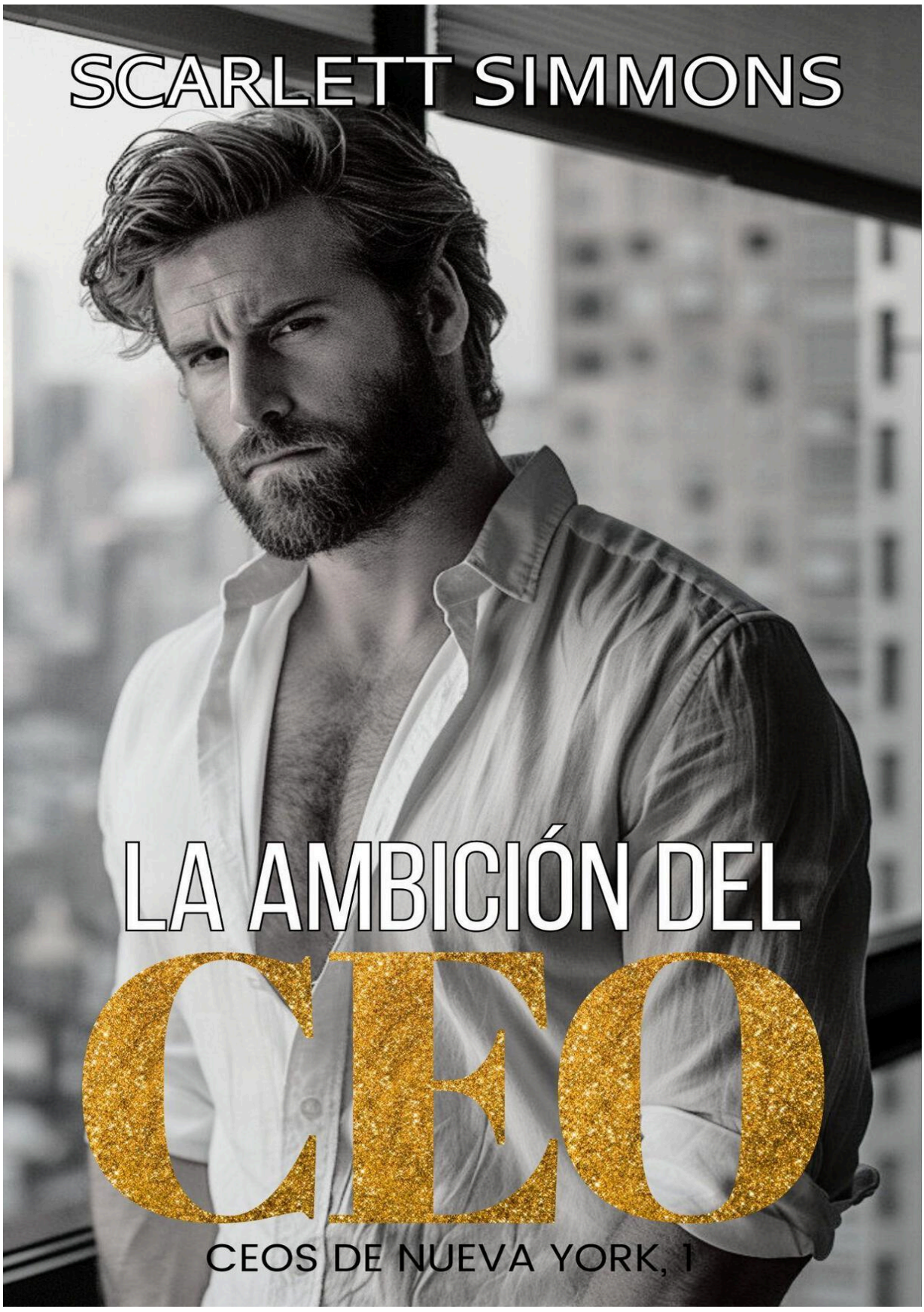
♥ 🗽

Gracias

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Si te ha gustado, te agradecería que apoyaras mi trabajo con una reseña en Amazon, entrando en este QR:

No te vayas todavía.
¿Conoces mi primera novela?
Como son autoconclusivas y puedes empezar por la que quieras,
te dejo el comienzo de CEOs de Nueva York:


SCARLETT SIMMONS
LA AMBICIÓN DEL
CEO
CEOS DE NUEVA YORK, 1

Capítulo 1

Chloe

No puedo creerme mi suerte

No podía creer mi suerte, o más bien, la falta de ella. Tras meses de enviar currículums y solo recibir rechazos, finalmente había conseguido un puesto como programadora en prácticas en CarterTech, una de las empresas de tecnología más importantes de Nueva York. Aunque ya había trabajado como ingeniera informática con contrato, no encontrar un trabajo en condiciones hizo que aceptara esta oportunidad, aunque fuera de becaria, mientras seguía buscando algo más acorde a mi experiencia y capacidad. Cualquier cosa menos marcharme de la ciudad de mis sueños.

Sin embargo, mi primer día no estaba yendo como esperaba.

Caminaba apresurada por el amplio y moderno vestíbulo del edificio de CarterTech, con los tacones resonando en el suelo de mármol. Era tarde y mi ansiedad iba en aumento con cada paso que daba. Los malditos tacones que me puse para impresionar y la falda de tubo no ayudaban a que fuera más ligera. Por si fuera poco, me había perdido en el metro y había olvidado los nervios que me provocaban los rascacielos. Entré en el ascensor casi corriendo, justo a tiempo para evitar que las puertas se cerraran.

Dentro del cubículo, un hombre alto y de porte imponente me observaba con el ceño fruncido, supongo que por hacerle esperar. Su presencia era intimidante: traje perfectamente ajustado, rostro cincelado y unos ojos azules penetrantes que parecían escrutar mi alma y unos labios carnosos apretados por su gesto de enfado. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda y me situé lo más lejos de él que pude, consultando mi pequeño reloj de pulsera de agujas, herencia de mi abuela, como si mirarlo fuera a detener el tiempo. Llegaba tarde y eso era imperdonable.

—Buenos días —dije con una sonrisa nerviosa tratando de ser educada, sobre todo al haber abierto las puertas cuando éstas estaban a punto de cerrarse, ganándome una mirada de hielo del enchaquetado que ocupaba el ascensor.

El hombre apenas asintió, manteniendo su mirada fija en mí. Sentí que mi corazón latía con fuerza mientras intentaba no parecer afectada por su presencia. Se puede estar muy bueno y ser amable, pensé sonriendo para mí misma. Compartir

espacio con un tío con semejante físico sí que podría considerarse suerte si el resto de las circunstancias no fueran en mi contra. Recordé la técnica que me enseñaron en un curso de hablar en público de imaginarte a la audiencia desnuda para perder el miedo y casi se me caen las bragas al pensar en cómo sería mi compañero de ascensor sin ese traje que, aunque le quedaba bien, seguro que ocultaba un cuerpo impresionante.

Mi media sonrisa me ayudó a relajarme mientras subíamos los treinta pisos, a pesar de sentir mi entrepierna más húmeda de lo recomendado en el primer día de trabajo.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el piso de CarterTech, salí rápidamente, agradecida por poder escapar de aquella atmósfera tensa creada por la actitud del hombre y mi perversa imaginación.

Llegué a la recepción, donde me esperaba una joven sonriendo.

—Hola, soy Chloe Thompson. Hoy empiezo mis prácticas.

—¡Bienvenida, Chloe! Soy Jenna, tu guía hasta que conozcas todo esto. Vamos, te llevaré a tu departamento —dijo la chica, conduciéndome por un laberinto de oficinas abiertas y salas de reuniones con paredes de vidrio.

Al llegar a mi destino, vi de nuevo al hombre del ascensor, esta vez en una acalorada discusión con otro ejecutivo. Jenna se inclinó hacia mí y susurró:

—Ese es Alexander Carter, el CEO.

Sentí que se me helaba la sangre. Había oído rumores sobre el magnate Alexander Carter. Sabía que era reservado, exigente, intransigente, huraño, antipático y con reputación de ser inaccesible. Toda una joya. Ahora entendía por qué.

Yo, que lo imaginaba como un señor mayor poco atractivo que se limitaba a dar órdenes sin más y no se mezclaba con la gente vulgar, jamás creí que fuera a encontrarme con él en la oficina, y menos aún en el ascensor.

Alexander se giró y nuestros ojos se encontraron nuevamente. Esta vez, su mirada azul era aún más intensa, como si me desafiara a demostrar que merecía estar en su empresa.

—Señor Carter, esta es Chloe Thompson, nuestra nueva ayudante —anunció Jenna con una sonrisa cuando en el recorrido por la oficina llegamos a su despacho.

Alexander me estudió por un momento antes de hablar.

—Espero que esté a la altura de mi empresa. No tengo tiempo para errores —dijo con frialdad antes de volver a su conversación, pasando totalmente de mí.

Sentí una mezcla de humillación y desafío. No iba a dejar que aquel hombre, por muy impresionante y dueño de la empresa que fuera, me hiciera sentir inferior.

Apreté los dientes y levanté la barbilla, decidida a demostrar mi valía.

El resto del día fue un torbellino de presentaciones, aprendizaje y puesta al día de la empresa y del que sería mi trabajo. Intentaba absorber toda la información posible, pero la presencia de Alexander parecía perseguirme. Cada vez que lo veía, por la moda de que las paredes de los despachos fuera cristales, sentía su mirada fija en mí, evaluándome, juzgándome.

Si trataba así a todos los nuevos empleados, no me extrañaba que siempre necesitaran cubrir los puestos de los que salían huyendo. No sería mi caso. Necesitaba el trabajo y una mirada hiriente no conseguiría que yo también saliera corriendo.

Finalmente, llegó la hora de irme. Recogí mis cosas y me dirigí al ascensor con los compañeros. El primer cubículo se llenó y bajaron todos menos yo, que tuve que esperar al siguiente. Cuando las puertas se abrieron, ahí estaba él nuevamente. Otra vez iba solo. Maldije mi suerte.

—¿Ya te vas? —preguntó él, rompiendo el incómodo silencio.

—Sí, ha sido un día largo —respondí, tratando de sonar tranquila aunque los nervios me comían por dentro.

Alexander asintió y me miró con curiosidad. De pronto soltó una carcajada. Lo miré interrogante.

—Perdona, es que… eres diferente. La mayoría de las nuevas empleadas se asustan en su primer día. Tú pareces más… pasota —me soltó con una media sonrisa.

Sentí un calor subir por mi cuello. No estaba segura si aquello era un cumplido o una prueba más a la que mi nuevo jefe me sometía.

—Estoy aquí para aprender y demostrar que puedo aportar algo a esta empresa. No me asustan los desafíos —dije con firmeza.

Alexander esbozó una leve sonrisa, apenas perceptible, pero suficiente para que sintiera una pequeña victoria en mi interior. Aunque él trataba de infundir temor, a mí me recorrió un escalofdrío de miedo a la vez que mi sexo palpitaba. Una combinación de lo más extraña.

Si quería ponerme a prueba mil veces, mil veces me iba a encontrar. Chloe Thompson no se amilanaba ante nadie.

—Bien. Espero que mantengas esa actitud. Nos veremos mañana —dijo con frialdad mientras las puertas se abrían en el vestíbulo.

Salí del ascensor con el corazón acelerado. Sabía que mi camino en CarterTech no sería fácil, pero estaba dispuesta a hacer frente a lo que viniera, al menos

mientras no encontrara otro trabajo en una ciudad tan difícil como Nueva York. Mientras caminaba por las calles de mi barrio hacia mi apartamento tras salir del metro, una sensación de coraje y una chispa de algo más —una atracción innegable hacia mi enigmático e inaguantable jefe— me impulsaban a seguir adelante.

A la mañana siguiente, llegué a la oficina temprano, decidida a dar mi mejor versión desde el primer momento y demostrar que merecía algo más que unas prácticas de programación. Mi nuevo escritorio estaba en una esquina tranquila de la planta, pero tenía una vista demasiado directa de la oficina de Alexander, cuyos cristales tintados, que se volvían transparentes cuando él deseaba, la hacían parecer una fortaleza impenetrable.

Mientras me instalaba, Jenna se acercó con una taza de café.

—Pensé que podrías necesitar esto. Sé que los primeros días en por aquí pueden ser un poco abrumadores.

—Gracias, Jenna —sonreí, agradecida—-. Es verdad que este lugar tiene mejor fama entre los clientes que entre los trabajadores.

Jenna se rio ante el comentario. Se sentó en el borde de mi escritorio y adoptó un tono más confidencial.

—Mira, Chloe, sé que el señor Carter puede parecer… difícil, pero es porque se preocupa profundamente por esta empresa. Ha construido todo esto desde cero, así que tiene estándares muy altos y está muy encima de sus negocios. Es muy exigente con todos. No te lo tomes como algo personal.

—Lo entiendo —asentí, agradeciendo el consejo—. Solo quiero hacer mi trabajo lo mejor que pueda; bastante me ha costado conseguirlo como para meter la pata a la primera de cambio. Yo también me exijo mucho a mí misma —confesé.

—Con esa actitud, estoy segura de que lo harás genial —dijo Jenna con una sonrisa alentadora antes de volver a su puesto—. Y tranquila si alguna vez se acerca a tu mesa. Le gusta sorprendernos y comprobar qué hacemos sin avisar. Más de uno vive aterrorizado por ello. No te asustes.

Sus dos últimas palabras me inquietaron, pero decidí no hacer caso. Si ella no temía al jefe, yo tampoco. Será humano, como todos…

A media mañana, estaba concentrada en mi primera tarea: revisar y optimizar una serie de algoritmos para un nuevo proyecto. Estaba tan absorta que no noté a Alexander acercarse hasta que él aclaró su garganta para llamar mi atención.

—Señorita Thompson, necesito hablar con usted en mi despacho —dijo en un tono tan formal y autoritario que me asustó.

Sentí un nudo en el estómago, pero mantuve la calma. Asentí y lo seguí a través de los diferentes espacios de la sala común hasta su despacho. Una vez dentro, Alexander cerró la puerta detrás de nosotros, aumentando la tensión en el ambiente.

El despacho era tan frío como él, carente de objetos personales. Una gran mesa de caoba presidía la estancia, con un gran ventanal a la Quinta Avenida a un lado y un enorme sillón de ruedas detrás. El único detalle que lo hacía normal era un ficus en una esquina. Me fijé en que la pared eran en realidad armarios de puertas blancas disimulados y en un lado vi lo que parecía una puerta, quizá al baño privado del jefe. En un pequeño mueble detrás de la mesa se podían ver una par de carpetas, varios dispositivos móviles cargándose, una cafetera de cápsulas, y una botella de agua de cristal y otra de whiskey junto a cuatro vasos que deberían de costar más que toda la vajilla que mi madre me quería regalar para mi inexistente futura boda.

—He revisado su currículum y su portafolio —dijo Alexander sacándome de mis pensamientos—. No es el que acostumbro a ver de una persona en prácticas. Ignoro por qué no ha conseguido algo mejor que esto y no quiero saberlo. Usted sabrá. Sin embargo, la he llamado para decirle que tiene mucho potencial, pero quiero dejar claro que aquí no toleramos la mediocridad. Cada línea de código, cada presentación, debe ser impecable. ¿Entendido?

—Sí, señor Carter. Lo entiendo perfectamente —respondí, sosteniendo su mirada.

Alexander me observó por un momento, como si evaluara si mis palabras eran sinceras, aunque lo que yo sentí fue una corriente de calor alrededor de mi vientre. Necesitaba salir de ese despacho.

—Muy bien. Aquí tiene algunos documentos que necesitará revisar. Quiero un informe detallado sobre esto para mañana a primera hora.

¿Otra prueba?, pensé.

Tomé los documentos, notando el grosor del paquete. Sería una noche larga, pero no iba a flaquear.

—Lo tendré listo, señor Carter.

Cuando salí del despacho me di cuenta de que las manos me temblaban ligeramente. La presión era intensa, pero también sentía una extraña emoción. Había algo en el desafío que me presentaba el infranqueable Alexander Carter, que me motivaba aún más. Mi vida se había convertido en un reto continuo.

El resto del día pasó rápidamente mientras me sumergía en mi trabajo. Cada vez que levantaba la vista, parecía que Carter me estaba observando desde su despacho. No podía evitar sentir una mezcla de irritación y atracción hacia él. Era arrogante y exigente, pero también increíblemente cautivador y carismático. Y

estaba como un queso. De eso nadie me había avisado pues mi jefe, a pesar de ser rico y frecuentar círculos sociales de altura, nunca salía en los medios de comunicación.

Cada cruce de miradas me ponía más nerviosa. El cosquilleo en mi vientre no me dejaba concentrarme y deseé que dejara de mirarme. Si quería desestabilizarme para fracasar en mi primer trabajo, lo iba a conseguir.

Al final del día decidí quedarme un poco más para trabajar en el informe. La oficina se fue vaciando lentamente hasta que solo quedaron las luces de emergencia y el suave zumbido de los equipos. Estaba tan concentrada que no escuché a Carter acercarse hasta que él habló.

—Veo que se toma en serio su trabajo —dijo con un tono de voz más suave que antes.

Levanté la vista, sorprendida de verlo todavía allí.

—Quiero hacer esto bien. Y sé que la única forma de hacerlo es esforzándome al máximo.

Carter asintió, y sus ojos azules brillaron bajo la luz tenue de una manera que me sorprendió. Su mirada profunda e intensa me tenía cautivada y tuve que hacer un esfuerzo para que no notara mi nerviosismo. ¿Quería meterme miedo o seducirme? En ese instante no lo tenía claro.

—Eso es lo que quiero ver. Buen trabajo, señorita Thompson —Se dio la vuelta para irse, pero luego se detuvo y añadió tuteándome—. Y Chloe, no te exijas demasiado. Encuentra un equilibrio.

Con eso, se fue, dejándome con una sensación de satisfacción y una pizca de desconcierto. Me permití un pequeño suspiro de alivio y sonreí.

Mientras recogía mis cosas para irme, no podía dejar de pensar en las palabras de Carter. Había algo en él, algo más allá de la fachada fría y distante, que me aceleraba el corazón. Una complejidad que me intrigaba y me atraía. Estaba decidida a descubrir qué era, aunque eso significara enfrentarme a mis propios miedos y desafíos.

Salí de la oficina sintiéndome más segura de mí misma. Si algo le gustaba a Chloe Thompson eran los retos.

Capítulo 2

Alexander

No es momento para desestabilizarme

Desde mi despacho, por culpa de las paredes acristaladas que mandé instalar para controlar a mis empleados, observaba a la nueva chica en prácticas que se movía por la planta. Chloe Thompson. Su nombre se quedó grabado enseguida en mi mente, junto con la firme resolución de no dejarme influir por su presencia por más que me llamara la atención. No era la típica estudiante en prácticas a las que la juventud e inexperiencia les hacía parecer perdidas y que vestían de manera poco seria, motivo por el que exijo un código de vestimenta. Ella tenía experiencia y hacía ya unos años que había acabado la universidad.

Me intrigaba que con ese curriculum no hubiera encontrado nada mejor que unas prácticas en mi empresa, pero lo entendía porque CarterTech siempre ha sido una compañía muy golosa y entrar con unas prácticas es una forma válida de hacerlo. No la podía culpar. Además, siempre necesitábamos gente por la cantidad de novatos que no aguantan un trabajo tan exigente. Los mediocres se iban o los echaba yo.

Chloe me llamó la atención también por su actitud y la sensualidad que emanaba. «Alex, no te líes con estos pensamientos», me reñía a mí mismo; me dije que tendría que llamar a alguna amiga, porque esas ideas solo podían venir de mi falta de sexo en los útimos meses. El trabajo me consumía demasiado.

Además, nunca fuí un hombre que se dejara llevar por las emociones en ningún ámbito. No en el trabajo, y mucho menos con una empleada.

La vi por primera vez esta mañana, apresurada y nerviosa, entrando en el ascensor justo cuando las puertas se estaban cerrando. No me gusta la impuntualidad, y cuando supe que era la nueva empleada en mi empresa, le puse un punto en contra. Intentó disculparse con una sonrisa nerviosa, pero no hice más que un asentimiento frío. Uno debe saber siempre dónde está y qué hace, y esta ciudad no perdona a los que no saben moverse en ella.

Mientras subíamos, la observé de reojo. No pude evitar notar su belleza, aunque eso no cambiaba nada. Los ojos grandes, la piel tersa y esos labios que parecían

susurrar secretos. Llevaba una falda de tubo que perfilaba sus curvas y unos tacones que, ¡madre mía! Dejé de mirar porque yo no era, ni soy, un hombre que se distraiga con nimiedades. En mi empresa hay mucho en juego, y no tengo tiempo para distracciones.

Llegamos a la planta de CarterTech y ella salió apresuradamente, como si quisiera escapar de mi presencia. No me extrañó. Mi reputación me precedía, y me esforzaba por mantenerla. Ser accesible y amigable nunca fue parte de mi trabajo. Mi responsabilidad era asegurarme de que mi empresa siga siendo la mejor, y eso requiere estándares altos e inquebrantables.

Más tarde, mientras discutía algunos temas con el responsable de compras, vi a Jenna llevar a Chloe hacia su mesa. Era inevitable cruzarnos, y cuando Jenna la presentó, pude ver el nerviosismo en sus ojos. Sin embargo, también había un destello de desafío. Eso me intrigó.

—Espero que esté a la altura de mi empresa. No tengo tiempo para errores —dije, observando su reacción.

Vi cómo apretaba los dientes y levantaba la barbilla, una señal clara de que no se dejaría intimidar fácilmente. Bien. Necesitaba a alguien con carácter, pero eso no significaba que le fuera a poner las cosas fáciles. En CarterTech, se gana el respeto a través del trabajo duro y la excelencia, no con miradas desafiantes.

El resto del día, mis ojos la siguieron discretamente. No puedo permitirme empleados mediocres, y necesitaba evaluar su capacidad. La observé mientras se esforzaba por absorber toda la información. Su dedicación era evidente, pero no suficiente para mí. Los resultados son lo único que importa, por eso expulsé de mi mente los pensamientos que llegaban sobre su cuerpo, sus labios, su voz que se me colaba por todos los poros de mi piel.

Al final del día, subí a los departamentos de la planta superior donde trabajan los contables y financieros. Al salir, el ascensor paró en la planta 30. Cuando las puertas se abrieron y nos encontramos nuevamente, pude ver la sorpresa en su rostro. Y algo más. Algo que no debería estar ahí.

—¿Ya te vas? —pregunté, rompiendo el incómodo silencio.

—Sí, ha sido un día largo —respondió, tratando de sonar tranquila, pero podía ver los nervios en sus ojos.

Me permití una carcajada, una rara indulgencia en mí.

—Perdona, es que… eres diferente. La mayoría de las nuevas se asustan en su primer día. Tú pareces más… pasota.

Su reacción fue interesante. Vi el rubor subir por su cuello, pero no se acobardó.

—Estoy aquí para aprender y demostrar que puedo aportar algo a esta empresa. No me asustan los desafíos —dijo con firmeza.

Sonreí levemente. Esa respuesta me gustó. Quizá tuviera más potencial del que esperaba. Sería exigente con ella hasta conseguir borrar esa sonrisa que me llevaba retando desde la mañana.

—Bien. Espero que mantengas esa actitud. Nos vemos —dije, recuperando mi tono frío mientras las puertas del ascensor se abrían en el vestíbulo.

La vi salir con determinación en sus pasos. Una parte de mí admiraba su coraje, pero no podía permitir que eso influyera en mis decisiones. Aquí no había lugar para favoritismos o debilidades. Era una más. Los débiles duran menos de un mes en CarterTech y los buenos tienen que aguantar fuertes desafíos como los que le haría pasar a ella.

Me pregunté cuánto tiempo sería capaz de aguantar. Quizá su actitud solo escondiera a una persona incapaz y de ahí esa máscara.

A la mañana siguiente, llegué temprano, como siempre. Desde mi despacho, observé cómo Chloe se instalaba en su escritorio. Jenna, siempre amable, le llevó una taza de café y se sentó a charlar con ella. Lo hacía con todos los nuevos para advertirles sobre mí y que se sintieran acogidos. Yo me mostraba frío y distante y ella era la que daba un toque de calidez para que no salieran espantados. Jenna hacía bien al advertirlos sobre mí y que no se llevaran sorpresas. No puedo permitirme ser menos que exigente.

Cuando vi que Chloe estaba concentrada en su primera tarea, decidí ponerla a prueba. Necesitaba ver de qué estaba hecha realmente. Me acerqué silenciosamente y me aclaré la garganta para llamar su atención.

—Señorita Thompson, necesito hablar con usted en mi despacho —dije en un tono formal y autoritario.

Imaginé por su expresión que un nudo se acababa de formar en su estómago, pero mantuvo la calma y me siguió. Cerré la puerta detrás de nosotros, incrementando la tensión en el ambiente.

El despacho, mi dominio, reflejaba mi personalidad: frío, eficiente y sin distracciones personales. Noté cómo sus ojos se movían, tomando nota de cada detalle, evaluando. Finalmente, hablé.

—He revisado su currículum y su portafolio. No es lo que acostumbro a ver en una persona en prácticas. Ignoro por qué no ha conseguido un trabajo mejor que este y no quiero saberlo. Usted sabrá. Sin embargo, la he llamado para decirle que tiene mucho potencial, pero quiero dejar claro que aquí no toleramos la mediocridad. Cada línea de código, cada presentación, debe ser impecable. ¿Entendido?

—Sí, señor Carter. Lo entiendo perfectamente —respondió, sosteniendo mi mirada con determinación.

La observé por un momento, evaluando si sus palabras eran sinceras. Decidí hacerle una prueba.

—Muy bien. Aquí tiene algunos documentos que necesitará revisar. Quiero un informe detallado sobre esto para mañana a primera hora.

Le entregué el *dossier* de documentos, algo que a los informáticos les pone nerviosos, porque no entienden que no se haga todo a través de los ordenadores. Sabía que sería una noche larga para ella, pero necesitaba ver si estaba a la altura.

—Lo tendré listo, señor Carter.

Salió del despacho con las manos temblorosas. La presión era intensa, lo sabía, pero necesitaba ver cómo manejaba el desafío. CarterTech no era un lugar para débiles.

El resto del día, observé cómo se sumergía en su trabajo. La concentración y dedicación eran evidentes. Sin embargo, el interés que producía en mí era diferente al resto de los empleados, normalmente inteligentes pero blandos. Tenía un magnetismo que me atraía y provocaba que no dejara de pensar en ella en toda la jornada. No, eso no estaba bien y no podía permitir que su belleza afectara mis decisiones.

Pensé que si le hacía la vida imposible, tal vez se fuera antes de acabar el contrato de prácticas. Una carta de recomendación para uno de mis colegas por no dejarla en la calle y adiós. Hasta nunca señorita Thompson.

Al final del día, decidí quedarme un poco más para ver cómo progresaba. La oficina se fue vaciando lentamente y el silencio se instaló en ella. Me acerqué a Chloe nuevamente.

—Veo que se toma en serio su trabajo —dije, con una voz más suave.

Levantó la vista, sorprendida de verme todavía allí.

—Quiero hacer esto bien. Y sé que la única forma de hacerlo es esforzándome al máximo.

Asentí, y mis ojos se encontraron con los suyos. Vi la determinación y algo más que me excitaba. Algo que no debería estar ahí porque iba a querer descubrirlo y no me convenía.

—Eso es lo que quiero ver. Buen trabajo, señorita Thompson. —Me di la vuelta para irme, pero luego me detuve y añadí—. Y Chloe, no te exijas demasiado.

Encuentra un equilibrio.

Con eso, me fui, dejándola con una sensación de desconcierto, justo lo que quería. Sabía que esto no era más que el principio de un largo camino. La batalla entre mantener la profesionalidad y la atracción latente sería dura, pero no me dejaría llevar por debilidades.

CarterTech necesitaba a los mejores, y yo me aseguraría de que Chloe Thompson fuera una de ellos, si demostraba estar a la altura. No había lugar para errores, y menos para malentendidos sexuales.

Me dirigí a casa, sintiendo la misma determinación que ella. Esta era mi empresa, y no permitiría que nada ni nadie, ni siquiera mis propias emociones, me desviaran del objetivo.

Capítulo 3

Chloe

Un sueño inesperado

Seguí un rato más en la oficina, trabajando en el informe que Carter me había pedido. Las luces tenues y el suave zumbido de los equipos me rodeaban mientras mis ojos seguían las líneas de código en la pantalla. De repente, sentí una presencia detrás de mí. Al girarme, vi a Alexander, con una expresión intensa y decidida en su mirada.

—Señor Carter —dije sorprendida—. Creía que se había marchado ya.

—Chloe —respondió él, con una voz ronca, profunda y cargada de algo más que simple autoridad.

Antes de que pudiera reaccionar, Alexander me tomó de la mano y me llevó hacia él. Sus labios se encontraron con los míos en un beso feroz, lleno de una pasión contenida que me hizo temblar. Respondí con igual fervor, deslizando las manos por su espalda. Sonreí de gusto al sentir los músculos tensos de mi jefe bajo la tela de su traje.

Alexander me empujó suavemente contra el escritorio, mientras con las manos exploraba mi cuerpo con una urgencia que hacía eco de sus propios deseos. Jadeé cuando él bajó los labios por mi cuello, dejando besos ardientes y encendiendo cada nervio de mi piel.

Me sentía húmeda y abrí las piernas para dejar paso al cuerpo de Alexander. Lo cogí de la cintura para no caerme y bajé un poco más recreándome en los glúteos prietos del hombre que me besaba con pasión.

De repente, se apartó un poco, y vi sus ojos azules fijos en los míos con una intensidad abrumadora.

SIGUE LEYENDO



GRACIAS

Sígueme en Facebook



y en Amazon

